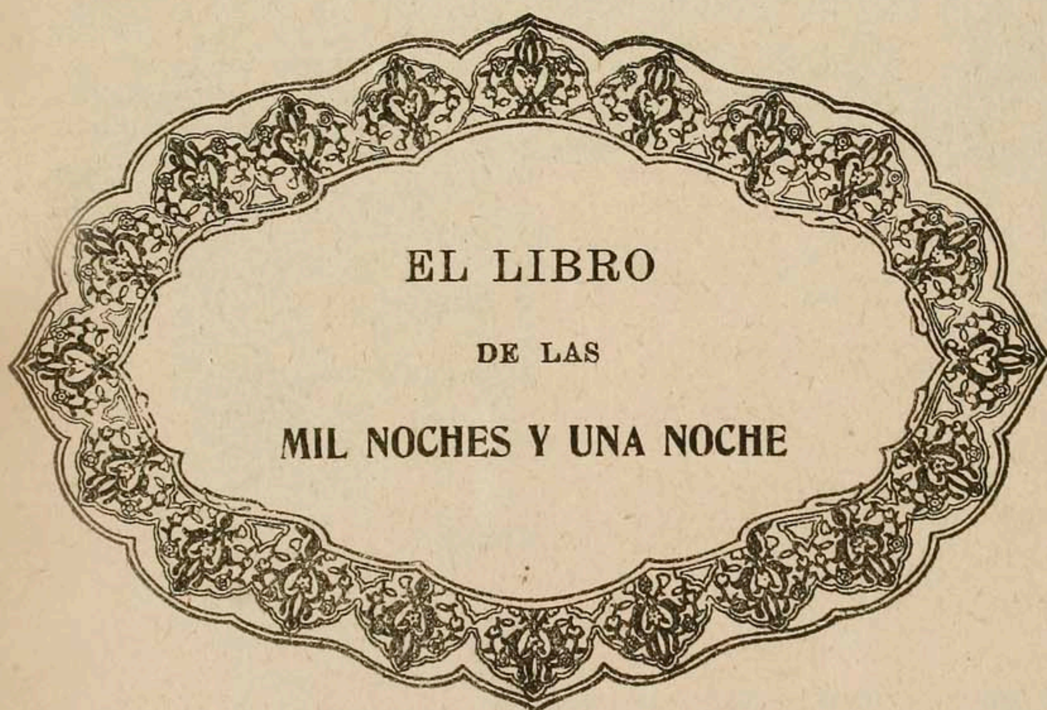
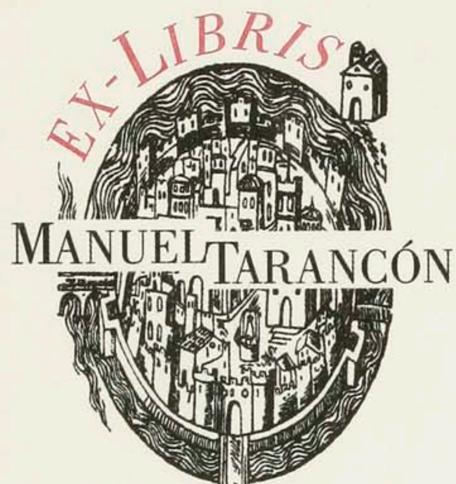


EL LIBRO DE LAS
MIL NOCHES Y UNA NOCHE
Povo
TRADUCCIÓN DIRECTA
Y LITERAL DEL ARABE
POR EL Dr J. C. MARDRUS
VERSIÓN ESPAÑOLA DE
• V. BLASCO IBAÑEZ •
PRÓLOGO DE E. GOMEZ CARRILLO
EDITORIAL
PROMETEO
VALENCIA

LIBROS CÉLEBRES
ESPAÑOLES
Y EXTRANJEROS

Director literario: V. Blasco Ibáñez


EL LIBRO
DE LAS
MIL NOCHES Y UNA NOCHE


EX-LIBRIS
MANUEL TARANCÓN



EL LIBRO

DE LAS

MIL NOCHES Y UNA NOCHE

TRADUCCIÓN DIRECTA Y LITERAL DEL ÁRABE POR EL

Doctor J. C. MARDRUS

Versión española de VICENTE BLASCO IBAÑEZ

PRÓLOGO DE E. GÓMEZ CARRILLO

TOMO OCTAVO

Historia de la docta Simpatía (continuación).—Aventuras del poeta Abu-Nowas.—Historia de Sindbad el Marino.—Historia de la bella Zumurrud y Alischar, hijo de Gloria.

PROMETEO

SOCIEDAD EDITORIAL

Germanías, 33.—VALENCIA

ESTA CARAVANA LA ORIENTO HACIA
EL SAPIENTÍSIMO Y CARÍSIMO

MAURICIO MAETERLINCK

YA QUE ASÍ LO QUIEREN
LA SABIDURÍA Y EL DESTINO

J. C. M.



HISTORIA DE LA DOCTA SIMPATIA

(CONTINUACIÓN)

PERO CUANDO LLEGÓ
LA 280.ª NOCHE



Ella dijo:

Simpatía contestó á la pregunta del médico: «¿Cómo puedes interrogarme acerca del vino, cuando el Libro es tan explícito sobre este particular? No obstante sus numerosas virtudes, está prohibido porque turba la razón y enardece los humores. ¡El vino y el juego de azar son dos cosas que debe evitar el creyente, bajo pena de las mayores calamidades!»

Él dijo: «Prudente es tu respuesta. ¿Puedes ahora hablarnos de la sangría?»

Ella contestó: «La sangría es necesaria á cuantas personas tienen demasiada sangre. Debe practicarse en ayunas, un día de primavera sin nu-

bes, ni viento, ni lluvia. Cuando ese día cae en martes, la sangría produce sus mejores efectos, sobre todo si tal día es el décimoséptimo del mes. Verdaderamente, nada hay tan bueno para la cabeza, los ojos y la sangre como la sangría. Pero nada peor que ella si se practica durante los grandes calores ó los grandes fríos, y si al mismo tiempo se comen cosas saladas ó ácidas, verificándose en miércoles ó en sábado.»

El sabio meditó un instante, y dijo: «Hasta ahora respondiste perfectamente; pero quiero hacerte todavía una pregunta capital, que nos demostrará si tu saber se extiende á todas las cosas esenciales en la vida. ¿Puedes hablarnos con claridad acerca de la copulación?»

Cuando oyó la joven tal pregunta, enrojeció y bajó la cabeza, lo cual hizo al califa creerla incapaz de responder. Pero no tardó ella en alzar la cabeza, y encarándose con el califa, le dijo: «¡Por Alah, oh Emir de los Creyentes! no se atribuya mi silencio á ignorancia sobre esta pregunta, cuya respuesta tengo en la punta de la lengua, y no quiero que salga de mis labios por respeto á nuestro señor el califa!». Pero él le dijo: «Tendría un placer extremado en oir de tu boca tal respuesta. ¡Desecha el temor, pues, y habla con claridad!»

Entonces dijo la docta Simpatía:

«La copulación es el acto que une sexualmente al hombre y la mujer. Se trata de una cosa excelente, y son numerosos sus beneficios y virtudes. La

copulación aligera el cuerpo y alivia el espíritu, aleja la melancolía, atempera el calor de la pasión, atrae al amor, alegra el corazón, consuela de la ausencia y hace recobrar el sueño perdido. Desde luego que nos estamos ocupando de la copulación de un hombre con una mujer joven; pero si la mujer es vieja, sucede todo lo contrario, porque entonces no hay fechoría que este acto no pueda engendrar. Copular con una vieja es exponerse á males sin cuento, entre otros, las afecciones de la vista, el dolor de riñones, el dolor de piernas y el dolor de espalda. ¡En una palabra, es peligroso! Conviene, pues, huir de ello como de un veneno sin remedio. ¡Para este acto debe escogerse una mujer experta, que comprenda al primer golpe de vista, que hable con pies y manos y que dispense á su propietario de tener un jardín y parterres floridos!

»Á toda copulación completa sigue la humedad. Esta humedad se produce en la mujer á causa de la emoción que sienten sus partes honorables, y en el hombre por el jugo que segregan sus dos compañones. Este jugo va por un camino muy complicado. Porque el hombre posee una gruesa vena de la que nacen todas las demás venas. La sangre que riega todas estas venas, cuyo número es de trescientas sesenta, acaba por canalizarse en un tubo que termina en el compañón izquierdo. En este compañón izquierdo, la sangre, á causa de agitarse, acaba por clarificarse y transformarse en un líquido blanco, que se espesa merced al calor del

compañón y cuyo olor recuerda el de la leche de palmera...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 282.ª NOCHE

Ella dijo:

»...un líquido blanco, que se espesa merced al calor del compañón y cuyo olor recuerda el de la leche de palmera.»

El sabio exclamó: «¡Con qué sagacidad has respondido! Pero todavía tengo que hacerte dos últimas preguntas. ¿Puedes decirme qué ser viviente no vive mas que aprisionado y muere en cuanto respira el aire libre? ¿Y qué frutas son las mejores?»

Ella contestó: «¡El primero es el pez, y las segundas son la taronja y la granada!»

Cuando oyó el médico todas estas respuestas de la bella Simpatía, no pudo por menos de declararse incapaz de cogerla en un error científico, y se dispuso á ocupar de nuevo su sitio. Pero se lo impidió con un gesto Simpatía, y le dijo: «Es preciso que á mi vez yo te haga una pregunta:

»¿Puedes decirme, ¡oh sabio! qué cosa hay re-

donda como la tierra y que se aloja en un ojo, ausentándose de este ojo unas veces y penetrando otras en él, que copula sin órgano masculino, que se separa de su compañero durante la noche para enlazarse á él durante el día y que elige su domicilio habitual en las extremidades?»

Á esta pregunta el sabio se atormentó en vano el espíritu, porque no supo responder, y después de quitarle su manto á instancia del califa, Simpatía contestó por sí misma: «¡Es el botón con el ojal!»

Tras de lo anterior, irguióse entre los venerables jeiques un astrónomo, que era el más famoso entre todos los astrónomos del reino, y á quien miró sonriendo la bella Simpatía, de antemano segura de que él la encontraría los ojos más enigmáticos que todas las estrellas de los cielos.

El astrónomo fué á sentarse ante la adolescente, y luego del acostumbrado preámbulo, le preguntó:

«¿De dónde sale el sol y adónde va cuando desaparece?»

Ella contestó: «Sabe que el sol sale de los manantiales de Oriente, y desaparece en los manantiales de Occidente. Ciento ochenta son estos manantiales. El sol es el sultán del día, como la luna es la sultana de las noches. Y dijo Alah en el Libro: «Soy yo quien otorgó su luz al sol y su resplandor á la luna, y quien les asignó lugares matemáti-

cos que permitiesen conocer el cálculo de los días y los años. ¡Yo soy quien fijó un límite á la carrera de los astros y prohibió á la luna que jamás esperase al sol, así como á la noche que se adelantase al día! ¡Por eso el día y la noche, las tinieblas y la luz, sin mezclar su esencia nunca, se identifican continuamente!»

El sabio astrónomo exclamó: «¡Qué respuesta tan maravillosa de precisión! Pero, ¡oh adolescente! ¿puedes hablarnos de los demás astros y decirnos sus influencias buenas y malas?»

Ella contestó: «Si tuviera que hablar de todos los astros necesitaría consagrar á ello más de una sesión. Sólo diré, pues, pocas palabras. Además del sol y la luna, existen otros cinco planetas, que son: Utared (Mercurio), El-Zohrat (Venus), El-Merrikh (Marte), El-Muschtari (Júpiter) y Zohal (Saturno).

»La Luna, fría y húmeda, de influencia buena, está en Cáncer, su apogeo es Tauro, tiene por inclinación á Escorpión y por perigeo á Capricornio.

»El planeta Saturno, frío y seco, de influencia maligna, está en Capricornio y Acuario, su apogeo es Libra, su inclinación Aries y su perigeo Capricornio y Leo.

»Júpiter, de influencia benigna, está en Tauro, tiene por apogeo á Piscis, por inclinación á Libra y por perigeo á Aries y á Escorpión.

»Mercurio, de influencia unas veces benigna y maligna otras, está en Géminis, tiene por apogeo

á Virgo, por inclinación á Piscis y por perigeo á Tauro.

»Por último, Marte, cálido y humedo, de influencia maligna, está en Aries, tiene por apogeo á Capricornio, por inclinación á Cáncer y por perigeo á Libra.»

Cuando el astrónomo hubo oido esta respuesta, admiró mucho la profundidad de los conocimientos de la joven Simpatía. Sin embargo, intentó turbarla con alguna pregunta más difícil, y la interrogó:

«¡Oh joven! ¿crees que este mes tendremos lluvias?»

Al escuchar semejante pregunta, la docta Simpatía bajó la cabeza y reflexionó bastante tiempo, lo cual hizo al califa suponer que se reconocía incapaz de contestar. Pero no tardó ella en alzar la cabeza, y dijo al califa: «¡No hablaré, ¡oh Emir de los Creyentes! mientras no me dés permiso para desarrollar mi pensamiento por completo!» Asombrado, dijo el califa: «¡Ya tienes permiso!» Ella dijo: «¡Entonces, ¡oh Emir de los Creyentes! déjame tu alfanje un instante para que corte la cabeza á este astrónomo, que no es mas que un impío y un descreido!»

Á estas palabras no pudieron por menos de reir el califa y todos los sabios de la asamblea. Pero Simpatía continuó: «¡Has de saber, ¡oh astrónomo! que hay cinco cosas que conoce sólo Alah: la hora de la muerte, cuándo va á llover, el sexo del niño

en el seno de su madre, los sucesos futuros y el sitio donde morirá cada uno!»

El astrónomo sonrió y le dijo: «No te hice esa pregunta mas que como prueba. ¿Puedes decirnos, y con ello no nos alejaremos del asunto, la influencia ejercida por los astros sobre los días de la semana?»

Ella contestó: «El domingo es el día consagrado al sol. Cuando comienza el año en domingo, es señal de que los pueblos tendrán que sufrir muchas tiranías y vejaciones de sus sultanes, de sus reyes y de sus gobernantes; habrá sequía, no prosperarán las lentejas, se agriarán las uvas y se librarán combates feroces entre los reyes. ¡Pero acerca de esto Alah es todavía más sabio!

»El lunes es el día consagrado á la Luna. Cuando comienza el año en lunes, es un buen augurio. Habrá abundantes lluvias, muchas uvas y cereales, pero estallará la peste, y luego no prosperará el lino, y será malo el algodón; y además la mitad del ganado morirá de epidemia. ¡Pero Alah es más sabio!

»Puede comenzar el año en martes, día consagrado á Marte. Caerán entonces heridos de muerte los grandes y los poderosos, subirá el precio de los cereales, lloverá poco, habrá escasez de pescado, la miel estará muy barata, las lentejas se venderán por nada, los granos de lino estarán caros, habrá una cosecha excelente de cebada. Pero se verterá mucha sangre, y una epidemia diezmará los

asnos, cuyo precio subirá muchísimo. ¡Pero Alah es más sabio!

»El miércoles es el día de Mercurio. Cuando comienza el año en miércoles, es señal de grandes catástrofes marítimas, de muchos días de tempestad y relámpagos, de carestía de cereales y de que los reponches y las cebollas subirán mucho de precio, sin contar una epidemia que se cebará en los niños. ¡Pero Alah es más sabio!

»El jueves es el día consagrado á Júpiter. Si abre el año, es indicio de concordia entre los pueblos, de justicia en gobernantes y visires, de integridad en los kadíes y de grandes beneficios para la humanidad, entre otros, abundancia de lluvias, de frutas, de grano, de algodón, de lino, de miel, de uva y de pescado. ¡Pero Alah es más sabio!

»El viernes es el día consagrado á Venus. Si abre el año, es señal de que el rocío será abundante y la primavera muy hermosa; nacerá una enorme multitud de niños de ambos sexos, y habrá muchos cohombros, sandías, calabazas, berenjenas y tomates, y también cotufas. ¡Pero Alah es más sabio!

»El sábado, por último, es el día de Saturno. ¡Malhaya el año que comienza en tal día! ¡Malhaya tal año! ¡Habrá una avaricia general del cielo y de la tierra, el hambre sucederá á la guerra, las enfermedades al hambre, y los habitantes de Egipto y de Siria se lamentarán bajo la opresión que han de sufrir y bajo la tiranía de los gobernantes! ¡Pero Alah es más sabio!

Cuando el astrónomo hubo oído tal respuesta, exclamó: «¡Cuán admirablemente respondiste á todo! Pero ¿puedes aún decirnos de qué punto ó piso del cielo están suspendidos los siete planetas?»

Simpatía contestó: «¡Desde luego! ¡El planeta Saturno está colgado del séptimo cielo exactamente; Júpiter está colgado del sexto cielo; Marte, del quinto; el Sol, del cuarto; Venus, del tercero; Mercurio, del segundo, y la Luna del primer cielo!»

Luego añadió Simpatía: «¡Voy á interrogarte á mi vez ahora!...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 284.ª NOCHE

Ella dijo:

»...¡Voy á interrogarte á mi vez ahora! ¿Cuáles son las tres clases de estrellas?»

En vano meditó el sabio levantando los ojos al cielo, porque no pudo salir del compromiso. Entonces, y tras de quitarle el manto, respondió Simpatía por sí misma á su propia pregunta:

«Las estrellas se dividen en tres clases, según la misión á que se las destina: unas cuelgan de la bóveda celeste como antorchas, y sirven para alum-

brar la tierra; otras están suspendidas de manera invisible en el aire, y sirven para alumbrar los mares; y las estrellas de la tercera categoría se mueven á voluntad entre los dedos de Alah; se las ve desfilar en la noche, y entonces sirven para lapidar y castigar á los demonios que osan infringir las órdenes del Altísimo.»

Á estas palabras, el astrónomo se declaró muy inferior á la bella adolescente en conocimientos, y retiróse de la sala. Entonces, por mandato del califa, le sucedió un filósofo, que fué á apostarse ante Simpatía, y le preguntó:

«¿Puedes hablarnos de la infidelidad y decirnos si es innata en el hombre?»

Ella contestó: «Quiero responderte acerca de esto con las propias palabras del Profeta (¡con él la plegaria y la paz!), que ha dicho: «La infidelidad circula entre los hijos de Adán como circula la sangre por las venas, no bien se dejen arrastrar por la blasfemia contra la tierra, y los frutos de la tierra, y las horas de la tierra. ¡El crimen mayor consiste en blasfemar del tiempo y del mundo; porque el tiempo es Dios mismo, y el mundo es hechura de Dios!»

El filósofo exclamó: «¡Sublimes y definitivas son esas palabras! Dime ahora quiénes son las cinco criaturas de Alah que bebieron y comieron sin expulsar de su cuerpo nada por delante ni por detrás.»

Ella contestó: «¡Esas cinco criaturas son: Adán,

Simeón, el dromedario de Saleh, el carnero de Ismael y el pájaro que vió el santo Abubekr en la caverna!»

Él le dijo: «¡Perfectamente! ¡Dime todavía qué cinco criaturas del Paraíso no son hombres, ni genios, ni ángeles!»

Ella contestó: «El lobo de Jacob, el perro de los siete durmientes, el asno de El-Azir, el dromedario de Saleh y la mula *Daldal* de nuestro santo Profeta. (¡Con él la plegaria y la paz!)»

Él preguntó: «¿Puedes decirme cuál es el hombre que, al ponerse en oración, no oraba ni en el cielo ni en la tierra?»

Ella contestó: «¡Soleimán, que se ponía en oración sobre una alfombra suspendida en el aire entre el cielo y la tierra!»

Él dijo: «¡Vas á explicarme el siguiente caso: un hombre mira por la mañana á una esclava, y comete con ello un acto ilícito; mira á esta misma esclava á mediodía, y el hecho es lícito entonces; la mira durante la siesta, y de nuevo resulta el hecho ilícito; á la puesta del sol le está permitido mirarla; se le prohibe hacerlo de noche, y á la mañana del otro día puede perfectamente acercarse á ella con toda libertad! ¿Sabrías explicarme qué distintas circunstancias logran sucederse con tanta rapidez en el espacio de un día y una noche?»

Ella contestó: «¡Es muy sencilla la explicación! Por la mañana, un hombre posa sus miradas en una esclava que no es suya, lo cual es ilícito, según el

Libro. Pero la compra á mediodía, y entonces puede mirarla y gozarla cuanto quiera; á la hora de la siesta, por cualquier causa, la devuelve la libertad, y en vista de ello ya no tiene derecho para dirigir á ella sus ojos. ¡Pero al ponerse el sol se casa con ella, y todo para él se torna lícito; por la noche, cree oportuno divorciarse y no puede ya acercarse á ella; pero á la mañana, de nuevo la toma por esposa, tras las ceremonias de costumbre, y entonces puede reanudar sus relaciones con aquella mujer!»

Dijo el filósofo: «¡Así es! ¿Puedes decirme cuál es la tumba que hubo de moverse con la persona que encerraba?»

Ella contestó: «¡La ballena que devoró al profeta Jonás!»

Él preguntó: «¿Qué valle alumbró el sol una vez únicamente y jamás volverá á alumbrarle hasta el día de la Resurrección?»

Ella contestó: «¡El valle formado por la vara de Moisés al hendir el mar para hacer paso á su pueblo fugitivo!»

Él preguntó: «¿Qué cola arrastró primero por el suelo?»

Ella contestó: «¡La cola del vestido de Agar, madre de Ismael, cuando barrió la tierra ante Sara!»

Él preguntó: «¿Qué cosa respira sin estar animada?»

Ella contestó: «¡La mañana! Porque dice el Libro: «Cuando la mañana respira...»

Él dijo: «Dime cuanto puedas acerca de este problema: una bandada de pajarillos se abate sobre la copa de un árbol; unos se posan en las ramas superiores y otros en las bajas. Los pajarillos que se hallan en lo alto del árbol dicen á los de abajo: «Si se juntase á nosotros uno de vosotros, nuestro grupo sería doble que el vuestro; pero si bajara uno de nosotros hacia vosotros, nos igualaríais en número.» ¿Cuántos pajarillos había?»

Ella contestó: «Había en total doce pajarillos. En efecto, estaban siete en lo alto del árbol y cinco en las ramas bajas. Si uno de los pajarillos de abajo se reuniese con los de arriba, el número de estos últimos ascendería á ocho, que es el doble de cuatro; pero si uno de los de arriba descendiese hasta juntarse con los de abajo, serían seis en cada sitio. ¡Pero Alah es más sabio!»

Al oir el filósofo las diversas respuestas, temió que le interrogara la adolescente, y para conservar su manto, se puso en fuga á toda prisa y desapareció.

Entonces fué cuando se levantó el hombre más sabio del siglo, el prudente Ibrahim ben-Sayar, que fué á ocupar el sitio del filósofo, y dijo á la bella Simpatía: «¡Quiero creer que con anterioridad á mis preguntas te declaras vencida, siendo, por tanto, ocioso interrogarte!»

Ella contestó: «¡Oh venerable sabio, mi consejo

es que envíes á buscar otro traje que el que llevas, pues no tardaré en quitártelo!»

El sabio dijo: «¡Vamos á verlo! ¿Qué cinco cosas creó el Altísimo antes que á Adán?»

Ella contestó: «¡El agua, la tierra, la luz, las tinieblas y el fuego!»

Él preguntó: «¿Qué obras son las formadas por las propias manos del Todopoderoso y no por el simple efecto de su voluntad, como fueron creadas todas las demás cosas?»

Ella contestó: «¡El Trono, el árbol del Paraíso, el Edén y Adán! ¡Sí, por las propias manos de Alah se crearon estas cuatro cosas, mientras que para crear todas las demás cosas, dijo: «¡Sean!», y fueron!»

Él preguntó: «¿Quién es tu padre en el Islam y quién es el padre de tu padre?»

Ella contestó: «¡Mi padre en el Islam es Mohamed (¡con él la plegaria y la paz!), y el padre de mi padre es Abraham, el amigo de Alah!»

«¿En qué consiste la fe del Islam?»

«En la simple profesión de fe: «¡La ilah ill'Alah, Mohamed rassul Alah!»

«¿Qué cosa empezó siendo de madera y terminó gozando vida propia?»

«La vara que tiró Moisés para que se convirtiese en serpiente. Según las circunstancias, esta misma vara, clavada en el suelo, podía transformarse en árbol frutal, en un frondoso árbol muy grande para resguardar del ardor del sol á Moisés,

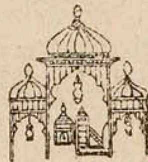
ó en un perro enorme que guardara el rebaño durante la noche.»

«¿Puedes decirme qué mujer fué engendrada por un hombre sin que una madre la llevase en el seno, y qué hombre fué engendrado por una mujer sin el concurso de un padre?»

«¡Eva, que nació de Adán, y Jesús, que nació de María!»

El sabio continuó...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 286.ª NOCHE

Ella dijo:

...El sabio continuó: «¡Háblame de las diversas clases de fuego!»

Ella contestó: «¡Hay un fuego que come y no bebe: el fuego del mundo; un fuego que come y bebe: el fuego del infierno; un fuego que bebe y no come: el fuego del sol; por último, un fuego que no come ni bebe: el fuego de la luna!»

«¿Cuál es la clave de este enigma? «Cuando bebo mana de mis labios la elocuencia, y camino y hablo sin hacer ruido. ¡Y sin embargo, á pesar

de estas cualidades, no tengo honores en mi vida, y después de mi muerte no me llora nadie!»

Ella contestó: «¡La pluma!»

«¿Y la clave de este otro enigma? «Soy pájaro, pero no tengo carne, ni sangre, ni plumas, ni plumón; me comen asado, ó cocido, ó al natural, y es muy difícil saber si estoy vivo ó muerto; en cuanto á mi color, es de plata y oro.»

Ella contestó: «En verdad que tienes gana de emplear palabras excesivas para hacerme saber que se trata del huevo. ¡Procura preguntarme algo más difícil!»

Él preguntó: «¿Cuántas palabras dijo en total Alah á Moisés?»

Ella contestó: «¡Alah dijo á Moisés, exactamente, mil quinientas quince palabras!»

Él preguntó: «¿Cuál es el origen de la Creación?»

Ella dijo: «Alah hizo á Adán con barro seco; el barro se formó con espuma; la espuma se sacó del mar; el mar de las tinieblas; las tinieblas de la luz; la luz de un monstruo marino; el monstruo marino de un rubí; el rubí de una roca; la roca del agua; y el agua fué creada por la palabra omnipotente: «¡Sea!»

«¿Y la clave de este otro enigma? «Como sin tener boca ni vientre, y me nutro de árboles y animales. ¡Los alimentos solos prolongan mi vida, en tanto que cualquier bebida me mata!»

«¡El fuego!»

«¿Y la clave de este enigma? «Son dos amigos que jamás gozaron, aunque pasan todas sus noches uno en brazos de otro. ¡Son los guardianes de la casa, y sólo se separan al llegar la mañana!»

«¡Las dos hojas de una puerta!»

«¿Qué significa lo que voy á decirte? «¡Arrastro largas colas tras de mí, tengo una oreja para no oir nada y hago trajes para no llevarlos nunca!»

«¡La aguja!»

«¿Cuáles son la longitud y la anchura del puente Sirat?»

«La longitud del puente Sirat, por el cual deben pasar todos los hombres el día de la Resurrección, es de tres mil años de camino, mil para subir á él, mil para atravesar su parte plana y mil para bajar de él. ¡Es más escarpado que un corte de sierra y más estrecho que un cabello.»

Preguntó él: «¿Puedes decirme ahora cuántas veces tiene derecho á interceder por cada creyente el Profeta? (¡Con él la plegaria y la paz!)»

Ella contestó: «¡Ni más ni menos de tres veces!»

«¿Quién abrazó primero la fe del Islam?»

«¡Abubekr!»

«Entonces, ¿no crees que fué musulmán Alí antes que Abubekr?»

«Alí, por gracia del Altísimo, no fué jamás idólatra, porque desde la edad de siete años Alah le hizo seguir el camino recto, iluminando su corazón y dotándolo de la fe de Mohamed. (¡Con él la plegaria y la paz!)»

«¡Sí! Pero yo quisiera saber cuál de los dos, entre Alí y Abbas, reune mayores méritos á tus ojos.»

Ante esta pregunta, con exceso insidiosa, advirtió Simpatía que el sabio trataba de arrancarle una respuesta comprometedora; porque si daba la preeminencia á Alí, yerno del Profeta, disgustaría al califa, que era descendiente de Abbas, tío de Mohamed. (¡Con él la plegaria y la paz!) Primero enrojeció, luego palideció, y tras un instante de reflexión, repuso:

«¡Sabe, ¡oh Ibrahim! que no hay ninguna preeminencia entre dos cuando cada cual de ellos tiene un mérito excelente!»

No bien el califa hubo oído esta respuesta, llegó al límite del entusiasmo, é irguiéndose sobre ambos pies, exclamó: «¡Por el Señor de la Kaaba! ¡Es admirable tal respuesta, ¡oh Simpatía!»

Pero el sabio continuó: «¿Puedes decirme de qué trata este enigma? «¡Es esbelta y tierna y de sabor delicioso; es derecha como la lanza, pero no tiene hierro agudo; es útil por su dulzura, y se come con gusto por la noche en el mes de Ramadán!»

Ella contestó: «¡De la caña de azúcar!»

Dijo él: «Todavía tengo que dirigirte algunas preguntas, y voy á hacerlo rápidamente. Puedes decirme en pocas palabras: ¿Qué hay más dulce que la miel? ¿Qué hay más cortante que el hacha? ¿Qué hay más rápido que el veneno en sus efectos? ¿Cuál

es el goce de un instante? ¿Cuál es la felicidad que dura tres días? ¿Cuál es el día más dichoso? ¿Cuál es el regocijo de una semana? ¿Cuál es la deuda que ni el malo deja de pagar? ¿Cuál es el suplicio que nos persigue hasta la tumba? ¿Cuál es la alegría del corazón? ¿Cuál es el sufrimiento del espíritu? ¿Cuál es la desolación de la vida? ¿Cuál es el mal que no tiene remedio? ¿Cuál es la vergüenza que no puede borrarse? ¿Cuál es el animal que vive en los lugares desiertos y habita lejos de las ciudades, huyendo del hombre, y reune la naturaleza de otros siete animales?»

Ella contestó: «¡Antes de hablar, deseo que me entregues tu manto!»

Entonces el califa Harún Al-Rachid dijo á Simpatía: «Sin duda tienes razón. Pero ¿no convendría más que, por consideración á su edad, contestases primero á sus preguntas?»

Y dijo ella: «¡El amor de los niños es más dulce que la miel! ¡La lengua es más cortante que el hacha! ¡El mal de ojo es más rápido que el veneno! ¡El goce del amor sólo dura un instante! ¡La felicidad que dura tres días es la que experimenta el marido en las épocas menstruales de su esposa, porque entonces él descansa! ¡El día más dichoso es el de ganancia en un negocio! ¡El regocijo que dura una semana es el de la boda! ¡La deuda que ha de pagar toda persona es la muerte! ¡La mala conducta de los hijos es la pena que nos persigue hasta la tumba! ¡La alegría del corazón es la mu-

jer sumisa para con el esposo! ¡El sufrimiento del espíritu es un sirviente malo! ¡La pobreza es la desolación de la vida! ¡El mal carácter es el mal sin remedio! ¡La vergüenza imborrable es el deshonor de una hija! ¡En cuanto al animal que vive en los lugares desiertos y detesta al hombre, es el saltamontes, que reune la naturaleza de otros siete animales: tiene, efectivamente, cabeza de caballo, cuello de toro, alas de águila, pies de camello, cola de serpiente, vientre de escorpión y cuernos de gacela!»

Ante tanta sagacidad y saber, el califa Harún Al-Rachid se sintió en extremo edificado, y ordenó al sabio Ibrahim ben-Sayar que diera su manto á la adolescente. Después de haberla entregado su manto, levantó la mano derecha el sabio, y manifestó en público que la joven habíale superado en conocimientos y que era la maravilla entre las maravillas del siglo.

Entonces preguntó el califa á Simpatía: «¿Sabes tocar instrumentos armónicos y cantar acompañándote?» Ella contestó: «¡Sí, por cierto!» Inmediatamente hizo traer un laúd en un estuche de raso rojo, rematado con una borla de seda amarilla y cerrado con un broche de oro. Simpatía sacó del estuche el laúd, y leyó en él estos versos grabados como orla con caracteres enlazados y floridos:

¡Era yo todavía una rama verde, y ya enseñábanse canciones las aves enamoradas!

¡En las rodillas de las jóvenes, ahora resueno bajo los dedos y canto cual las aves!

Entonces lo apoyó ella contra sí, inclinóse como una madre sobre su hijo, sacó del instrumento acordes de doce maneras distintas, y en medio del entusiasmo general cantó con una voz que hubo de repercutir en todos los corazones y arrancar lágrimas de emoción en los ojos todos.

Cuando acabó ella, irguióse sobre ambos pies el califa, y exclamó: «¡Aumente en ti sus dones Alah, ¡oh Simpatía! y tenga en su misericordia á quienes fueron tus maestros y á los autores de tus días!» Y acto seguido hizo contar diez mil dinares de oro en cien sacos para Abul-Hassán, y dijo á Simpatía: «Dime, ¡oh maravillosa adolescente! ¿prefieres entrar en mi harem y tener un palacio y tren de casa para ti sola, ó bien prefieres volver con este joven, tu antiguo amo?»

Á estas palabras, Simpatía besó la tierra entre las manos del califa...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 287.ª NOCHE

Ella dijo:

...Simpatía besó la tierra entre las manos del califa y contestó: «¡Extienda Alah sus gracias sobre nuestro dueño el califa! ¡Pero su esclava desea volver á la casa de su antiguo amo!»

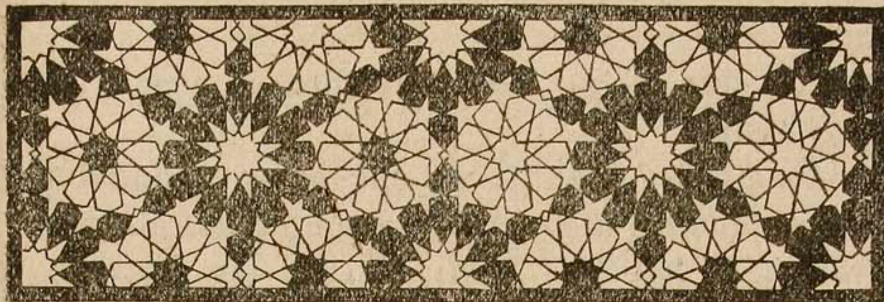
Lejos de mostrarse ofendido por esta preferencia, el califa accedió inmediatamente á su demanda, haciendo que como regalo le entregaran cinco mil dinares más, y le dijo: «¡Podrás acaso ser tan experta en amor como lo eres en conocimientos espirituales!» Luego quiso aún poner remate á su magnificencia, designando á Abul-Hassán para desempeñar un alto cargo en palacio, y le admitió en el número de sus favoritos más íntimos. Después levantó la sesión.

Entonces, agobiada bajo mantos de sabios Simpatía y cargado con sacos repletos de dinares de oro Abul-Hassán, salieron de la sala ambos, seguidos por todos los asistentes á la asamblea, que alzaban los brazos y exclamaban, maravillándose de cuanto acababan de ver y oir: «¿Dónde habrá en el mundo una generosidad semejante á la de los descendientes de Abbas?»

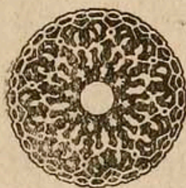
«Tales son, ¡oh rey afortunado!—continuó Schahrazada—las palabras que la docta Simpatía dijo en medio de la asamblea de sabios, y las cuales, transmitidas por los anales del reino, sirven para instruir á toda mujer musulmana.»

Luego, al ver Schahrazada que el rey Schahriar fruncía ya las cejas y meditaba de un modo inquietante, apresuróse á abordar las AVENTURAS DEL POETA ABU-NOWAS, y comenzó el relato en seguida, mientras la pequeña Doniazada, medio dormida hasta entonces, despertábase sobresaltada de repente, al oir pronunciar el nombre de Abu-Nowas, y toda oídos disponíase á escuchar.





AVENTURAS DEL POETA ABU-NOWAS



Se cuenta—pero Alah es más sabio—que una noche entre las noches, poseído de insomnio y con el espíritu preocupadísimo, el califa Harún Al-Rachid salió solo de su palacio y fué á dar una vuelta por sus jardines para distraer su hastío. De este modo llegó ante un pabellón cuya puerta permanecía abierta, pero en su umbral se atravesaba el cuerpo de un eunuco negro dormido. El califa saltó sobre el cuerpo del esclavo, penetrando en la única sala de que se componía el pabellón, y lo primero que se presentó á su vista fué un lecho con cortinas corridas é iluminado á derecha é izquierda por dos grandes antorchas. Había junto al lecho una mesita sosteniendo una bandeja con un cán-

taro de vino, al que servía de tapa un vaso puesto boca abajo.

Asombróse el califa de encontrar en aquel pabellón aquellas cosas de las que no tenía noticia, y avanzando hacia el lecho levantó las cortinas, y se quedó maravillado de la belleza que ofrecíase á su mirada. Era una joven esclava, tan hermosa cual la luna llena, y cuyo único velo consistía en su cabellera suelta.

Á su vista, el califa, en extremo encantado, cogió el vaso que coronaba el gollete del cántaro, lo llenó de vino y formuló en su alma: «¡Por las rosas de tus mejillas, ¡oh joven!», y lo bebió con lentitud. Luego inclinóse sobre el hermoso rostro y dejó un beso en un lunar negro que sonreía desde la comisura izquierda de los labios.

Pero aunque fué levísimo, aquel beso despertó á la joven, quien, al reconocer al Emir de los Creyentes, se incorporó en el lecho vivamente aterrada. Pero el califa la calmó y le dijo: «Cerca de ti hay un laúd, ¡oh joven esclava! y sin duda debes saber extraer de él deliciosos acordes. ¡Como á pesar de que no te conozco tengo determinado pasarme esta noche contigo, no me disgustaría verte manejarlo mientras te acompañas con la voz!»

Entonces tomó el laúd la joven, y tras de templarlo, sacó de él sonidos admirables, haciéndolo de veintiún modos diferentes, y con tanta maestría, que el califa se exaltó hasta el límite de la exaltación; advertido lo cual por la joven, no dejó de

aprovecharse de ello. Así, pues, le dijo ella: «¡Sufro rigores del Destino, ¡oh Comendador de los Creyentes!» El califa preguntó: «¿Y por qué?» Ella dijo: «Tu hijo El-Amin, ¡oh Comendador de los Creyentes! me compró hace algunos días por diez mil dinares, á fin de hacerte el regalo de mi persona. ¡Pero al tener conocimiento de tal proyecto, tu esposa Sett Zobeida reintegró á tu hijo el dinero que había invertido en comprarme, y me puso en manos de un eunuco negro para que me encerrase en este pabellón solitario!»

Cuando el califa hubo oído estas palabras, se sintió sumamente enfurecido y prometió á la joven darle desde el siguiente día un palacio para ella sola, con tren de casa digno de su belleza. Luego, tras de una toma de posesión, salió á toda prisa, despertando al eunuco dormido y ordenándole que inmediatamente fuese á prevenir al poeta Abu-Nowas para que se presentase en seguida en palacio.

Era costumbre del califa, en efecto, enviar que buscasen al poeta cuantas veces le asaltaban preocupaciones, con objeto de distraerse oyéndole improvisar poemas ó poner en verso cualquier aventura que le contara.

El eunuco se personó en la casa de Abu-Nowas, y como no le encontró allí, salió en su busca por todos los lugares públicos de Bagdad, y le encontró al fin en cierta mal afamada taberna, á lo último del barrio de la Puerta Verde. Se acercó á él y le

dijo: «¡Oh Abu-Nowas, por ti pregunta nuestro amo el califa!» Abu-Nowas se echó á reir, y contestó: «¿Cómo quieres, ¡oh padre de blancuras! que me mueva de aquí, si me retiene como rehén un jovencito amigo mío?» El eunuco preguntó: «¿Dónde está y quién es?» Y le contestó el otro: «Es menudo, imberbe y lindo. ¡Le prometí un regalo de mil dracmas, pero como no tengo encima esa cantidad, no me parece decente irme antes de satisfacer mi deuda!»

Á estas palabras exclamó el eunuco: «¡Por Alah! ¡Abu-Nowas, enséñame á ese joven, y si verdaderamente es tan gentil como me estás dando á entender, quedarás relevado de todo lo demás!»

En tanto hablaban ellos de este modo, el pequeño asomó su linda cabeza por la puerta entreabierta, y Abu-Nowas, señalándole, exclamó: «Si la rama se balancea, ¡qué armonioso no será el canto de los pájaros que en ella anidan!...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 288.ª NOCHE

Ella dijo:

«...Si la rama se balancea, ¡qué armonioso no será el canto de los pájaros que en ella anidan!»

Entonces acabó de entrar el joven en la sala. Realmente, era lo más bello posible, é iba vestido con tres túnicas superpuestas y de distintos colores: la primera, completamente blanca; la segunda, roja; la tercera, negra.

Cuando Abu-Nowas le vió vestido de blanco, sintió crepitar en su espíritu el fuego de la inspiración, é improvisó estos versos en honor suyo:

¡Se mostró vestido con un lino de blancura lechosa, y sus ojos languidecían bajo sus párpados azules, y las rosas tiernas de sus mejillas bendecían á Quien hubo de crearlas!

Y le dije: «¿Por qué pasas sin mirarme, cuando consientes que caiga en tus manos como la víctima bajo el arma del sacrificador?»

Me contestó: «Déjate de discursos y mira en silencio la obra del Creador: blanco es mi cuerpo y blanca mi túnica; blanco es mi rostro y blanco mi destino; ¡es blanco sobre blanco, y blanco sobre blanco!»

Al oir el joven estos versos, sonrió y se despojó de su túnica blanca para aparecer todo de rojo. Á su vista, sintió Abu-Nowas poseerle por completo la emoción poética, y acto seguido improvisó estos otros versos:

¡Se mostró vestido con una túnica roja como su proceder cruel!

Y exclamé, sorprendido: «¿Cómo, siendo de una blancura lunar, puedes aparecer con esas dos mejillas que se dirían enrojecidas por la sangre de nuestros corazones, y vestido con una túnica robada á las anémonas?»

Me contestó: «La aurora me había prestado antes su vestidura; pero ahora es el mismo sol quien me hizo el regalo de sus llamas: de llama son mis ojos y rojo mi traje; de llama son mis labios y rojo el vino que los colorea; ¡es rojo sobre rojo, y rojo sobre rojo!»

Al oir estos versos, el pequeño arrojó con un gesto su túnica roja y apareció vestido con la túnica negra que llevaba directamente sobre la piel, y acusaba con precisión el talle ceñido por un cinturón de seda. Y Abu-Nowas, al verlo, llegó al límite de la exaltación, é improvisó estos otros versos en honor suyo:

¡Se mostró vestido con una túnica negra como la noche, y no se dignó siquiera dirigirme una mirada! Y le dije: «¿No ves que mis enemigos y quienes me envidian se alegran del abandono en que me tienes?

»¡Ah! Ya lo comprendo: negras son tus vestiduras y negra tu cabellera; negros son tus ojos y negro mi destino; ¡es negro sobre negro, y negro sobre negro!»

Cuando el enviado del califa vió al joven y es-

cuchó estos versos, disculpó de todo corazón á Abu-Nowas, y volvió al instante á palacio, donde puso al califa en autos acerca de la aventura acaecida á Abu-Nowas, y le explicó que el poeta habíase constituído en rehén en la taberna por no poder pagar la suma prometida al hermoso mancebo.

Entonces, el califa, divertido á la vez que irritado, entregó al eunuco la suma necesaria para el rescate del rehén, y le ordenó que fuese á sacarle de allí en seguida, para llevarle, de grado ó por fuerza, á su presencia.

Se apresuró el eunuco á ejecutar la orden, y no tardó en volver sosteniendo con dificultad al poeta, que se tambaleaba por haber bebido demasiado. Y el califa le apostrofó con una voz que trató de hacer furiosa; luego, al ver que Abu-Nowas se echaba á reir, se acercó á él, le cogió de la mano, y en su compañía se encaminó hacia el pabellón donde se encontraba la esclava.

Cuando Abu-Nowas vió sentada en la cama y vestida toda de raso azul, y con el rostro cubierto por un ligero velo de seda azul, á aquella joven de grandes ojos negros que le sonreían en la faz, le pasó la embriaguez, pero en cambio sintióse inflamado de entusiasmo, y de pronto improvisó esta estrofa en honor suyo:

¡Di á la bella del velo azul que la suplico se compadezca de alguien que arde en deseo de su hermosura! Dile: «¡Te conjuro por la blancura de tu linda

tez, que no igualan ni la tierna rosa ni el jazmín, te conjuro por tu sonrisa, que hace palidecer las perlas y los rubíes, á que me dirijas una mirada en la cual no pueda yo leer la huella de las calumnias que acerca de mí inventaron quienes me envidian!»

Cuando hubo concluído su improvisación Abu-Nowas, la esclava presentó una bandeja con bebidas al califa, quien, para divertirse, invitó al poeta á que se bebiese él solo todo el vino de la copa. Abu-Nowas accedió á ello gustoso, y no tardó en sentir de nuevo en su corazón los efectos del licor enervante. En aquel momento se le ocurrió al califa levantarse súbito, á fin de asustar á Abu-Nowas, y espada en mano precipitóse sobre él como para cortarle la cabeza.

Al ver aquello, Abu-Nowas, aterrado, echó á correr por la sala dando grandes gritos; y el califa le perseguía por todos los rincones, pinchándole con la punta de la espada. Por último le dijo: «¡Ahora vuelve á tu sitio á beber otro trago todavía!» Y al mismo tiempo hizo una seña á la joven para que escondiese la copa, lo cual cumplió inmediatamente ella ocultándola con su vestido. Pero, á pesar de su embriaguez, lo advirtió Abu-Nowas, é improvisó esta estrofa:

¡Cuán extraña aventura es mi aventura! ¡Una cándida joven se transforma en ladrona y me arrebata la copa para esconderla bajo su traje, en cierto

sitio donde querría verme escondido yo! ¡Se trata de un lugar que no nombro por respeto al califa!

Al oir estos versos, se echó á reir el califa, y dijo á Abu-Nowas en broma: «¡Por Alah! Desde ahora quiero designarte para un alto empleo. ¡En lo sucesivo serás titulado jefe de los alcahuetes de Bagdad!» Chanceándose, respondió al instante Abu-Nowas: «¡En ese caso, ¡oh Comendador de los Creyentes! me pongo á tus órdenes, rogándote me digas en seguida si necesitas de mis alcahueterías!»

Á estas palabras, montó el califa en una cólera terrible, y gritó al eunuco que llamase inmediatamente á Massrur el portaalfanje, ejecutor de su justicia. Y algunos instantes después llegó Massrur, y el califa le ordenó que despojase de su ropa á Abu-Nowas...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 290.ª NOCHE

Ella dijo:

...y el califa le ordenó que despojase de su ropa á Abu-Nowas y le pusiese una albarda á la es-

palda, atándole un ronzal y hundiéndole una espuela en las posaderas, y de tal guisa le llevase por todos los pabellones de favoritas y demás esclavos, para que sirviese de irrisión á los habitantes todos de palacio, conduciéndole luego á la puerta de la ciudad, y ante el pueblo de Bagdad en masa le cortase la cabeza, sirviéndosela en una bandeja. Y contestó Massrur: «¡Escucho y obedezco!» Y al momento se dispuso á ejecutar las órdenes del califa.

Arrastró á Abu-Nowas, que juzgaba completamente inútil intentar eludir el furor del califa, y después de ponerle como queda dicho, comenzó á pasearle lentamente por delante de los diversos pabellones, cuyo número era igual al de los días del año.

Y hete aquí que Abu-Nowas, cuya reputación de chistoso era universal en palacio, no dejó de atraerse la simpatía de todas las mujeres, las cuales, para hacer más ostensible su piedad, empezaron á cubrirle de oro y joyas, y acabaron por agruparse y seguirle prodigándole palabras de consuelo; y entonces el visir Giafar Al-Barmaki, que pasaba por frente al grupo para personarse en palacio, reclamado por un asunto urgente, al ver al poeta llorando y lamentándose, se acercó á él y le dijo: «¿Pero eres tú, Abu-Nowas? ¿Qué crimen cometiste para ser castigado de tal modo?» El otro respondió: «¡Por Alah, no cometí ni la sombra de un crimen! ¡No hice otra cosa que recitar algunos

de mis más hermosos versos ante el califa, quien me ha regalado en agradecimiento sus mejores trajes!»

Como en aquel mismo instante se encontraba muy cerca de ellos el califa, oculto tras los tapices de un pabellón, no pudo por menos de echarse á reir al escuchar la respuesta de Abu-Nowas. Le perdonó, regalándole un ropón de honor y una fuerte suma de dinero, y continuó, como antes, haciendo de él su compañero inseparable en los momentos de mal humor.

Cuando Schahrazada acabó de contar esta aventura del poeta Abu-Nowas, la pequeña Doniazada, presa de un ataque de risa que en vano pretendía sofocar contra la alfombra en que se hallaba sentada, corrió á su hermana y le dijo: «¡Por Alah, hermana Schahrazada, cuán divertida fué la historia, y qué gracioso debía estar Abu-Nowas vestido de borrico! ¡Si nos contases alguna otra aventura de ese individuo serías muy amable!»

Pero exclamó el rey Schahriar: «¡Me resulta muy antipático el tal Abu-Nowas, y si deseas que te corten inmediatamente la cabeza, no tienes mas que continuar con el relato de sus aventuras! En otro caso, puedes contarme alguna historia de viajes para amenizarme el resto de la noche; porque me he aficionado á todo lo referente á viajes instructivos desde el día en que emprendí una excursión á lejanos países con mi hermano Schahzamán, rey de Samarcanda Al-Ajam, después de lo ocurrido con mi maldita mujer, á la que hice cortar la cabeza. Así, pues, si conoces un cuento verdaderamente delicioso

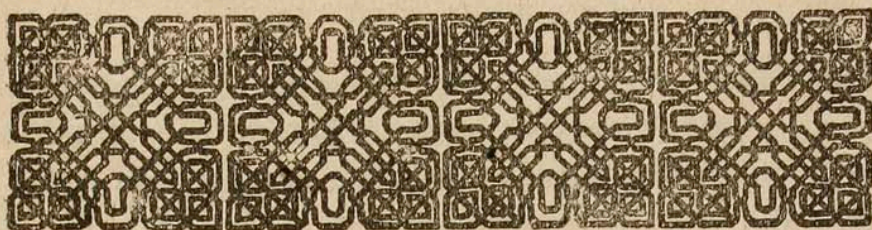
para quien lo escuche, no dejes de contarlo desde luego, ya que esta noche es más tenaz que nunca mi insomnio.»

Al oir del rey Schahriar tales palabras, se apresuró á decir la discreta Schahrazada: «Justamente, las más asombrosas y gratas entre todas las que conozco son las historias de viajes. En seguida vas á juzgar, ¡oh rey afortunado! porque, en verdad, no hay en los libros historia comparable á la del viajero llamado SINDBAD EL MARINO (1). ¡Y con esta historia es precisamente con la que te voy á entretener, ¡oh rey afortunado! desde el momento en que tienes á bien el permitírmelo!»

Y acto seguido comenzó á narrar Schahrazada:

---

(1) Sindbad, vocablo consagrado por el uso en Francia, en lugar de *Sindabad*, pronunciación árabe.



HISTORIA DE SINDBAD EL MARINO [1]



He llegado á saber que, en tiempo del califa Harún Al-Rachid, vivía en la ciudad de Bagdad un hombre llamado Sindbad el Cargador. Era de condición pobre, y para ganarse la vida acostumbraba á transportar bultos en su cabeza. Un día entre los días hubo de llevar cierta carga muy pesada; y aquel día precisamente sentíase un calor tan excesivo, que sudaba el cargador, abrumado por el peso que llevaba encima. Intolerable se había hecho ya la temperatura, cuando el cargador pasó por de-

---

(1) El traductor introduce en este volumen y en los siguientes alguna modificación, justificada por ciertas divergencias entre los textos árabes, respecto al orden con que propúsose en un principio que se sucedieran los cuentos. Por tanto, se ha puesto aquí la *Historia de Sindbad*, aunque primitivamente no debía aparecer hasta más adelante.—*J. C. M.*

lante de la puerta de una casa que debía pertenecer á algún mercader rico, á juzgar por el suelo bien barrido y regado alrededor con agua de rosas. Soplaba allí una brisa gratísima, y cerca de la puerta aparecía un ancho banco para sentarse. Al verlo, el cargador Sindbad soltó su carga sobre el banco en cuestión, con objeto de descansar y respirar aquel aire agradable, sintiendo á poco que desde la puerta llegaba á él un aura pura y mezclada con delicioso aroma; y tanto le deleitó, que fué á sentarse en un extremo del banco. Entonces advirtió un concierto de laúdes é instrumentos diversos, acompañados por magníficas voces que cantaban canciones en un lenguaje escogido; y advirtió también píos de aves canoras que glorificaban de modo encantador á Alah el Altísimo; distinguió, entre otros, acentos de tórtolas, de ruiseñores, de mirlos, de bulbuls, de palomas de collar y de perdices domésticas. Maravillóse mucho, é impulsado por el placer enorme que todo aquello le causaba, asomó la cabeza por la rendija abierta de la puerta y vió en el fondo un jardín inmenso, donde se apiñaban servidores jóvenes, y esclavos, y criados, y gente de todas calidades, y había allí cosas que no se encontrarían mas que en alcázares de reyes y sultanes.

Tras esto llegó hasta él una tufarada de manjares realmente admirables y deliciosos, á la cual se mezclaba todo género de fragancias exquisitas procedentes de diversas vituallas y bebidas de

buena calidad. Entonces no pudo por menos de suspirar, y alzó al cielo los ojos y exclamó: «¡Gloria á Ti, Señor Creador, ¡oh Donador! ¡Sin calcular, repartes cuantos dones te placen, ¡oh Dios mío! ¡Pero no creas que clamo á ti para pedirte cuentas de tus actos ó para preguntarte acerca de tu justicia y de tu voluntad, porque á la criatura le está vedado interrogar á su dueño omnipotente! Me limito á observar. ¡Gloria á ti! ¡Enriqueces ó empobreces, elevas ó humillas, conforme á tus deseos, y siempre obras con lógica, aunque á veces no podamos comprenderla! He ahí al amo de esta casa... ¡Es dichoso hasta los límites extremos de la felicidad! ¡Disfruta las delicias de esos aromas encantadores, de esas fragancias agradables, de esos manjares sabrosos, de esas bebidas superiormente deliciosas! ¡Vive feliz, tranquilo y contentísimo, mientras otros, como yo, por ejemplo, nos hallamos en el último confín de la fatiga y la miseria!»

Luego apoyó el cargador su mano en la mejilla, y á toda voz cantó los siguientes versos que iba improvisando:

¡Suele ocurrir que un desgraciado sin albergue se despierte de pronto á la sombra de un palacio creado por su Destino! ¡Pero ¡ay! yo cada mañana me despierto más miserable que la víspera!

¡Por instantes aumenta mi infortunio, como la carga que á mi espalda pesa fatigosa, en tanto que

otros viven dichosos y contentos en el seno de los bienes que la suerte les prodiga!

¿Cargó nunca el Destino la espalda de un hombre con carga parecida á la aguantada por mi espalda?... ¡Sin embargo, no dejan de ser mis semejantes otros que están ahitos de honores y reposo!

¡Y aunque no dejan de ser mis semejantes, entre ellos y yo puso la suerte alguna diferencia, pareciéndome yo á ellos como el vinagre amargo y rancio se parece al vino!

¡Pero no pienses que te acuso lo más mínimo, ¡oh mi Señor! porque nunca haya gozado yo de tu largueza! ¡Eres grande, magnánimo y justo, y bien sé que juzgas con sabiduría!

Al concluir de cantar tales versos, Sindbad el Cargador se levantó y quiso poner de nuevo la carga en su cabeza, continuando su camino, cuando se destacó en la puerta del palacio y avanzó hacia él un esclavito de semblante gentil, de formas delicadas y vestiduras muy hermosas, que, cogiéndole de la mano, le dijo: «Entra á hablar con mi amo, que desea verte.» Muy intimidado, el cargador intentó encontrar cualquier excusa que le dispensase de seguir al joven esclavo, mas en vano. Dejó, pues, su cargamento en el vestíbulo, y penetró con el niño en el interior de la morada.

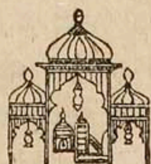
Vió una casa espléndida, llena de personas graves y respetuosas, y en el centro de la cual se abría una gran sala, donde le introdujeron. Se en-

contró allí ante una asamblea numerosa compuesta de personajes que parecían honorables, y debían ser convidados de importancia. También encontró allí flores de todas especies, perfumes de todas clases, confituras secas de todas calidades, golosinas, pastas de almendras, frutas maravillosas y una cantidad prodigiosa de bandejas cargadas con corderos asados y manjares suntuosos, y más bandejas cargadas con bebidas extraídas del zumo de las uvas. Encontró asimismo instrumentos armónicos que sostenían en sus rodillas unas esclavas muy hermosas, sentadas ordenadamente en el sitio asignado á cada una.

En medio de la sala, entre los demás convidados, vislumbró el cargador á un hombre de rostro imponente y digno, cuya barba blanqueaba á causa de los años, cuyas facciones eran correctas y agradables á la vista, y cuya fisonomía toda denotaba gravedad, bondad, nobleza y grandeza.

Al mirar todo aquello, el cargador Sindbad...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 291.ª NOCHE

Ella dijo:

...Al mirar todo aquello, el cargador Sindbad quedó sobrecogido, y se dijo: «¡Por Alah! ¡Esta morada debe ser un palacio del país de los genios poderosos, ó la residencia de un rey muy ilustre ó de un sultán!» Luego se apresuró á tomar la actitud que requerían la cortesía y la mundanidad, deseó la paz á todos los asistentes, hizo votos por ellos, besó la tierra entre sus manos, y acabó manteniéndose de pie, con la cabeza baja, demostrando respeto y modestia.

Entonces el dueño de la casa le dijo que se aproximara, y le invitó á sentarse á su lado después de desearle la bienvenida con acento muy amable; le sirvió de comer, ofreciéndole lo más delicado, y lo más delicioso, y lo más hábilmente condimentado entre todos los manjares que cubrían las bandejas. Y no dejó Sindbad el Cargador de hacer honor á la invitación luego de pronunciar la fórmula invocadora. Así es que comió hasta hartarse; después dió las gracias á Alah, diciendo: «¡Loores á Él siempre!» Tras de lo cual, se lavó las manos y agradeció á todos los convidados su amabilidad.

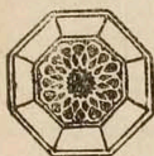
Solamente entonces dijo el dueño de la casa al cargador, siguiendo la costumbre que no permite hacer preguntas al huésped mas que cuando se le ha servido de comer y beber: «¡Sé bienvenido, y obra con toda libertad! ¡Bendiga Alah tus días! Pero ¿puedes decirme tu nombre y profesión, ¡oh huésped mío!?» Y contestó el otro: «¡Oh señor! me llamo Sindbad el Cargador, y mi profesión consiste en transportar bultos sobre mi cabeza mediante un salario.» Sonrió el dueño de la casa, y le dijo: «¡Sabe, ¡oh cargador! que tu nombre es igual que mi nombre, pues me llamo Sindbad el Marino!»

Luego continuó: «¡Sabe también, ¡oh cargador! que si te rogué que vinieras aquí fué para oirte repetir las hermosas estrofas que cantabas cuando estabas sentado en el banco ahí fuera!»

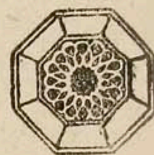
Á estas palabras sonrojóse el cargador, y dijo: «¡Por Alah sobre ti! ¡No me guardes rencor á causa de tan desconsiderada acción, ya que las penas, las fatigas y las miserias, que nada dejan en la mano, hacen descortés, necio é insolente al hombre!» Pero Sindbad el Marino dijo á Sindbad el Cargador: «No te avergüences de lo que cantaste, ni te turbes, porque en adelante serás mi hermano. ¡Sólo te ruego que te des prisa á cantar esas estrofas que escuché y me maravillaron mucho!» Entonces cantó el cargador las estrofas en cuestión, que gustaron en extremo á Sindbad el Marino.

Concluídas que fueron las estrofas, Sindbad el

Marino se encaró con Sindbad el Cargador, y le dijo: «¡Oh cargador! sabe que yo también tengo una historia asombrosa, y que me reservo el derecho de contarte á mi vez. Te explicaré, pues, todas las aventuras que me sucedieron y todas las pruebas que sufrí antes de llegar á esta felicidad y de habitar este palacio. Y verás entonces á costa de cuán terribles y extraños trabajos, á costa de cuántas calamidades, de cuántos males y de cuántas desgracias iniciales adquirí estas riquezas en medio de las que me ves vivir en mi vejez. Porque sin duda ignoras los siete viajes extraordinarios que he realizado, y cómo cada cual de estos viajes constituye por sí solo una cosa tan prodigiosa, que únicamente con pensar en ella queda uno sobrecogido y en el límite de todos los estupores. ¡Pero cuanto voy á contarte á ti y á todos mis honorables invitados no me sucedió, en suma, mas que porque el Destino lo había dispuesto de antemano y porque toda cosa escrita debe acaecer, sin que sea posible rehuirla ó evitarla!»



La primera historia de las historias de Sindbad el Marino, que trata del primer viaje



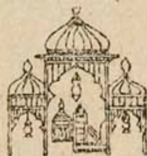
«Sabed todos vosotros, ¡oh señores ilustrísimos, y tú, honrado cargador, que te llamas, como yo, Sindbad! que mi padre era un mercader de rango entre los mercaderes. Había en su casa numerosas riquezas, de las cuales hacía uso sin cesar para distribuir á los pobres dádivas con largueza, si bien con prudencia, ya que á su muerte me dejó muchos bienes, tierras y poblados enteros, siendo yo muy pequeño todavía.

Cuando llegué á la edad de hombre, tomé posesión de todo aquello, y me dediqué á comer manjares extraordinarios y á beber bebidas extraordinarias, alternando con la gente joven, y presumiendo de trajes excesivamente caros, y cultivando el trato de amigos y camaradas. Y estaba convencido de que aquello había de durar siempre, para mayor ventaja mía. Continué viviendo mucho tiempo así, hasta que un día, curado de mis errores y vuelto á mi razón, hube de notar que mis riquezas habíanse disipado, mi condición había cambiado y mis bienes habían huído. Entonces desperté completamente de mi inacción, sintiéndome poseído por el temor

y el espanto de llegar á la vejez un día sin tener qué ponerme. También entonces me vinieron á la memoria estas palabras que mi difunto padre se complacía en repetir, palabras de nuestro Señor Soleimán ben-Daud (¡con ambos la plegaria y la paz!): *Hay tres cosas preferibles á otras tres: el día en que se muere es menos penoso que el día en que se nace, un perro vivo vale más que un león muerto, y la tumba es mejor que la pobreza.*

Tan pronto como me asaltaron estos pensamientos, me levanté, reuní lo que me restaba de muebles y vestidos, y sin pérdida de momento lo vendí en almoneda pública con los residuos de mis bienes, propiedades y tierras. De ese modo me hice con la suma de tres mil dracmas...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 292.ª NOCHE

Ella dijo:

...me hice con la suma de tres mil dracmas, y en seguida se me antojó viajar por las comarcas y países de los hombres, porque me acordé de las palabras del poeta, que ha dicho:

¡Las penas hacen más hermosa aún la gloria que se adquiere! ¡La gloria de los humanos es la hija inmortal de muchas noches pasadas sin dormir!

¡Quien desea encontrar el tesoro sin igual de las perlas del mar, blancas, grises ó rosadas, tiene que hacerse buzo antes de conseguirlas!

Á la muerte llegaría en su esperanza vana quien quisiera alcanzar la gloria sin esfuerzo!

Así, pues, sin tardanza corrí al zoco, donde tuve cuidado de comprar mercancías diversas y pacotillas de todas clases. Lo transporté inmediatamente todo á bordo de un navío, en el que se encontraban ya dispuestos á partir otros mercaderes, y con el alma deseosa de marinas andanzas, vi cómo se alejaba de Bagdad el navío y descendía por el río hasta Bassra, yendo á parar al mar.

En Bassra el navío dirigió la vela hacia alta mar, ¡y entonces navegamos durante días y noches, tocando en islas y en islas, y entrando en un mar después de otro mar, y llegando á una tierra después de otra tierra! Y en cada sitio en que desembarcábamos vendíamos unas mercancías para comprar otras, y hacíamos trueques y cambios muy ventajosos.

Un día en que navegábamos sin ver tierra desde hacía varios días, vimos surgir del mar una isla que por su vegetación nos pareció algún jardín maravilloso entre los jardines del Edén. Al advertirla, el capitán del navío quiso tomar allí tie-

rra, dejándonos desembarcar una vez que anclamos.

Descendimos todos los comerciantes, llevando con nosotros cuantos víveres y utensilios de cocina nos eran necesarios. Encargáronse algunos de encender lumbre, y preparar la comida, y lavar la ropa, en tanto que otros se contentaron con pasearse, divertirse y descansar de las fatigas marítimas. Yo fuí de los que prefirieron pasearse y gozar las bellezas de la vegetación que cubría aquellas costas, sin olvidarme de comer y beber.

Mientras de tal manera reposábamos, sentimos de repente que temblaba la isla toda con tan ruda sacudida, que fuimos despedidos á algunos pies de altura sobre el suelo. Y en aquel momento vimos aparecer en la proa del navío al capitán, que nos gritaba con una voz terrible y gestos alarmantes: «¡Salvaos pronto, ¡oh pasajeros! ¡Subid en seguida á bordo! ¡Dejadlo todo! ¡Abandonad en tierra vuestros efectos y salvad vuestras almas! ¡Huid del abismo que os espera! ¡Porque la isla donde os encontráis no es una isla, sino una ballena gigantesca que eligió en medio de este mar su domicilio desde antiguos tiempos, y merced á la arena marina crecieron árboles en su lomo! ¡La despertasteis ahora de su sueño, turbasteis su reposo, excitasteis sus sensaciones encendiendo lumbre sobre su lomo, y hela aquí que se despereza! ¡Salvaos, ó si no, os sumergirá en el mar, que ha de tragaros sin remedio! ¡Salvaos! ¡Dejadlo todo, que he de partir!»

Al oir estas palabras del capitán, los pasajeros, aterrados, dejaron todos sus efectos, vestidos, utensilios y hornillas, y echaron á correr hacia el navío, que á la sazón levaba el ancla. Pudieron alcanzarlo á tiempo algunos; otros no pudieron. Porque la ballena se había ya puesto en movimiento, y tras unos cuantos saltos espantosos se sumergía en el mar con cuantos tenía encima del lomo, y las olas, que chocaban y se entrechocaban, cerráronse para siempre sobre ella y sobre ellos.

¡Yo fuí de los que se quedaron abandonados encima de la ballena y habían de ahogarse!

Pero Alah el Altísimo veló por mí y me libró de ahogarme, poniéndome al alcance de la mano una especie de cubeta grande de madera, llevada allí por los pasajeros para lavar su ropa. Me aferré primero á aquel objeto, y luego pude ponerme á horcajadas sobre él, gracias á los esfuerzos extraordinarios de que me hacían capaz el peligro y el cariño que tenía yo á mi alma, que me era preciosísima. Entonces me puse á batir el agua con mis pies á manera de remos, mientras las olas jugueteaban conmigo haciéndome zozobrar á derecha y á izquierda.

En cuanto al capitán, se dió prisa á alejarse á toda vela con los que se pudieron salvar, sin ocuparse de los que sobrenadaban todavía. No tardaron en perecer éstos, mientras yo ponía á contribución todas mis fuerzas para servirme de mis pies á fin de alcanzar al navío, al cual hube de

seguir con los ojos hasta que desapareció de mi vista, y la noche cayó sobre el mar, dándome la certeza de mi perdición y mi abandono.

Durante una noche y un día enteros estuve en lucha contra el abismo. El viento y las corrientes me arrastraron á las orillas de una isla escarpada, cubierta de plantas trepadoras que descendían á lo largo de los acantilados hundiéndose en el mar. Me así á estos ramajes, y ayudándome con pies y manos conseguí trepar hasta lo alto del acantilado.

Habiéndome escapado de tal modo de una perdición segura, pensé entonces en examinar mi cuerpo, y vi que estaba lleno de contusiones y tenía los pies hinchados y con huellas de mordeduras de peces, que habíanse llenado el vientre á costa de mis extremidades. Sin embargo, no sentía dolor ninguno, de tan insensibilizado como estaba por la fatiga y el peligro que corrí. Me eché de bruces, como un cadáver, en el suelo de la isla, y me desvanecí, sumergido en un aniquilamiento total.

Permanecí dos días en aquel estado, y me desperté cuando caía sobre mí á plomo el sol. Quise levantarme; pero mis pies hinchados y doloridos se negaron á socorrerme, y volví á caer en tierra. Muy apesadumbrado entonces por el estado á que me hallaba reducido, hube de arrastrarme, á gatas unas veces y de rodillas otras, en busca de algo para comer. Llegué, por fin, á una llanura cubierta

de árboles frutales y regada por manantiales de agua pura y excelente. Y allí reposé durante varios días, comiendo frutas y bebiendo en las fuentes. Así que no tardó mi alma en revivir, reanimándose mi cuerpo entorpecido, que logró ya moverse con facilidad y recobrar el uso de sus miembros, aunque no del todo, porque vime todavía precisado á confeccionarme, para andar, un par de muletas que me sostuvieran. De esta suerte pude pasearme lentamente entre los árboles, comiendo frutas, y pasaba largos ratos admirando aquel país y extasiándome ante la obra del Todopoderoso.

Un día que me paseaba por la ribera, vi aparecer en lontananza una cosa que me pareció un animal salvaje ó algún monstruo entre los monstruos del mar. Tanto hubo de intrigarme aquella cosa, que, á pesar de los sentimientos diversos que en mí se agitaban, me acerqué á ella, ora avanzando, ora retrocediendo. Y acabé por ver que era una yegua maravillosa atada á un poste. Tan bella era, que intenté aproximarme más, para verla todo lo cerca posible, cuando de pronto me aterró un grito espantoso, dejándome clavado en el suelo, por más que mi deseo fuera huir cuanto antes; y en el mismo instante surgió de debajo de la tierra un hombre, que avanzó á grandes pasos hacia donde yo estaba, y exclamó: «¿Quién eres? ¿Y de dónde vienes? ¿Y qué motivo te impulsó á aventurarte hasta aquí?»

Yo contesté: «¡Oh señor! Sabe que soy un ex-

tranjero que iba á bordo de un navío y naufragué con otros varios pasajeros. ¡Pero Alah me facilitó una cubeta de madera, á la que me así, y que me sostuvo hasta que fuí despedido á esta costa por las olas!»

Cuando oyó mis palabras, cogióme de la mano y me dijo: «¡Sígueme!» Y le seguí. Entonces me hizo bajar á una caverna subterránea y me obligó á entrar en un salón, en cuyo sitio de honor me invitó á sentarme, y me llevó algo de comer, porque yo tenía hambre. Comí hasta hartarme y apaciguar mi ánimo. Entonces me interrogó acerca de mi aventura, y se la conté desde el principio al fin; y se asombró prodigiosamente. Luego añadí: «¡Por Alah sobre ti, ¡oh dueño mío! no te enfades demasiado por lo que voy á preguntarte! ¡Acabo de contarte la verdad de mi aventura, y ahora anhelaría saber el motivo de tu estancia en esta sala subterránea y la causa por qué atas sola á esa yegua en la orilla del mar!»

Él me dijo: «Sabe qne somos varios los que estamos en esta isla, situados en diferentes lugares...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 293.ª NOCHE

Ella dijo:

»...Sabe que somos varios los que estamos en esta isla, situados en diferentes lugares, para guardar los caballos del rey Mihraján. Todos los meses, al salir la luna nueva, cada uno de nosotros trae aquí una yegua de pura raza, virgen todavía, la ata en la ribera y en seguida se oculta en la gruta subterránea. Atraído entonces por el olor á hembra, sale del agua un caballo entre los caballos marinos, que mira á derecha y á izquierda, y al no ver á nadie salta sobre la yegua y la cubre. Luego, cuando ha acabado su cosa con ella, desciende de sus ancas é intenta llevarla consigo. Pero ella no puede seguirle, porque está atada al poste; entonces relincha muy fuerte él y le da cabezazos y coces, y relincha cada vez más fuerte. Le oímos nosotros y comprendemos que ha acabado de cubrirla; inmediatamente salimos por todos lados, y corremos hacia él lanzando grandes gritos, que le asustan y le obligan á entrar en el mar de nuevo. En cuanto á la yegua, queda preñada y pare un potro ó una potra que vale todo un tesoro, y que no puede tener igual en toda la haz de la tierra. Y precisamente hoy ha de venir el caballo marino.

Y te prometo que, una vez terminada la cosa, te llevaré conmigo para presentarte á nuestro rey Mihraján y darte á conocer nuestro país. ¡Bendice, pues, á Alah, que te hizo encontrarme, porque sin mí morirías de tristeza en esta soledad, sin volver á ver nunca á los tuyos y á tu país y sin que nunca supiese de ti nadie!»

Al oir tales palabras, di muchas gracias al guardián de la yegua, y continué departiendo con él, en tanto que el caballo marino salía del agua, saltando sobre la yegua y la cubría. Y cuando hubo terminado lo que tenía que terminar, descendió de sobre ella y quiso llevársela; mas ella no podía desatarse del poste, y se encabritaba y relinchaba. Pero el guardián de la yegua se precipitó fuera de la caverna, llamó con grandes voces á sus compañeros, y provistos todos de hachas, lanzas y escudos, se abalanzaron al caballo marino, que lleno de terror soltó su presa, y como un búfalo, fué á tirarse al mar y desapareció bajo las aguas.

Entonces, todos los guardianes, cada uno con su yegua, se agruparon á mi alrededor y me prodigaron mil amabilidades, y después de facilitarme aún más comida y de comer conmigo, me ofrecieron una buena montura, y en vista de la invitación que me hizo el primer guardián, me propusieron que les acompañara á ver al rey su señor. Acepté desde luego, y partimos todos juntos.

Cuando llegamos á la ciudad, se adelantaron mis compañeros para poner á su señor al corriente

de lo que me había acaecido. Tras de lo cual volvieron á buscarme y me llevaron al palacio; y en uso del permiso que se me concedió, entré en la sala del trono y fuí á ponerme entre las manos del rey Mihraján, al cual le deseé la paz.

Correspondiendo á mis deseos de paz, el rey me dió la bienvenida, y quiso oir de mi boca el relato de mi aventura. Obedecí en seguida, y le conté cuanto me había sucedido, sin omitir un detalle.

Al escuchar semejante historia, el rey Mihraján se maravilló, y me dijo: «¡Por Alah, hijo mío, que si tu suerte no fuera tener una vida larga, sin duda á estas horas habrías sucumbido á tantas pruebas y sinsabores! ¡Pero da gracias á Alah por tu liberación!» Todavía me prodigó muchas más frases benévolas, quiso admitirme en su intimidad para lo sucesivo, y á fin de darme un testimonio de sus buenos propósitos con respecto á mí, y de lo mucho que estimaba mis conocimientos marítimos, me nombró desde entonces director de los puertos y radas de su isla, é interventor de las llegadas y salidas de todos los navíos.

No me impidieron mis nuevas funciones personarme en palacio todos los días para cumplimentar al rey, quien de tal modo se habituó á mí, que me prefirió á todos sus íntimos, probándomelo diariamente con grandes obsequios. Con lo cual tuve tanta influencia sobre él, que todas las peticiones y todos los asuntos del reino eran intervenidos por mí, para bien general de los habitantes.

Pero estos cuidados no me hacían olvidar mi país ni perder la esperanza de volver á él. Así que jamás dejaba yo de interrogar á cuantos viajeros y á cuantos marinos llegaban á la isla, diciéndoles si conocían Bagdad, y hacia qué lado estaba situada. Pero ninguno podía responderme, y todos me aseguraban que jamás oyeron hablar de tal ciudad, ni tenían noticia del paraje en que se encontrase. Y aumentaba mi pena paulatinamente al verme condenado á vivir en tierra extranjera, y llegaba á sus límites mi perplejidad ante estas gentes que, no sólo ignoraban en absoluto el camino que conducía á mi ciudad, sino que ni siquiera sabían de su existencia.

Durante mi estancia en aquella isla, tuve ocasión de ver cosas asombrosas, y he aquí algunas de ellas entre mil.

Un día que fuí á visitar al rey Mihraján, como era mi costumbre, trabé conocimiento con unos personajes indios que, tras mutuas zalemas, se prestaron gustosos á satisfacer mi curiosidad, y me enseñaron que en la India hay gran número de castas, entre las cuales son las dos principales la casta de los kchatryas, compuesta de hombres nobles y justos que nunca cometen exacciones ó actos reprensibles, y la casta de los bracmanes, hombres puros que jamás beben vino y son amigos de la alegría, de la dulzura en los modales, de los caballos, del fasto y de la belleza. Aquellos sabios indios me enseñaron también que las castas principales se

dividen en otras setenta y dos castas que no tienen entre sí relación ninguna. Lo cual hubo de asombrarme hasta el límite del asombro.

En aquella isla tuve asimismo ocasión de visitar una tierra perteneciente al rey Mihraján y que se llamaba Cabil. Todas las noches se oían en ella resonar timbales y tambores. Y pude observar que sus habitantes estaban muy fuertes en materia de silogismos y eran fértiles en hermosos pensamientos. De ahí que se hallasen muy reputados entre viajeros y mercaderes.

En aquellos mares lejanos vi cierto día un pez de cien codos de longitud, y otros peces cuyo rostro se parecía al rostro de los buhos.

En verdad, ¡oh amigos! que aún vi cosas más extraordinarias y prodigiosas, cuyo relato me apartaría demasiado de la cuestión. Me limitaré á añadir que viví todavía en aquella isla el tiempo necesario para aprender muchas cosas, y enriquecerme con diversos cambios, ventas y compras.

Un día, según mi costumbre, estaba yo de pie á la orilla del mar, en el ejercicio de mis funciones, y permanecía apoyado en mi muleta, como siempre, cuando vi entrar en la rada un navío enorme lleno de mercaderes. Esperé á que el navío hubiese anclado sólidamente y soltado su escala, para subir á bordo y buscar al capitán á fin de inscribir su cargamento. Los marineros iban desembarcando todas las mercancías, que al propio tiempo yo anotaba, y cuando terminaron su trabajo, pregun-

té al capitán: «¿Queda aún alguna cosa en tu navío?» Me contestó: «Aún quedan, ¡oh mi señor! algunas mercancías en el fondo del navío; pero están en depósito únicamente, porque se ahogó hace mucho tiempo su propietario, que viajaba con nosotros. ¡Y quisiéramos vender esas mercancías, para entregar su importe á los parientes del difunto en Bagdad, morada de paz!»

Emocionado entonces hasta el último límite de la emoción, exclamé: «¿Y cómo se llamaba ese mercader, ¡oh capitán!?» Me contestó: «¡Sindbad el Marino!»

Á estas palabras miré con más detenimiento al capitán, y reconocí en él al dueño del navío que se vió precisado á abandonarnos encima de la ballena. Y grité con toda mi voz: «¡Yo soy Sindbad el Marino!»

Luego añadí: «Cuando se puso en movimiento la ballena á causa del fuego que encendieron en su lomo, yo fuí de los que no pudieron ganar tu navío y cayeron al agua. Pero me salvé gracias á la cubeta de madera que habían transportado los mercaderes para lavar allí su ropa. Efectivamente, me puse á horcajadas sobre aquella cubeta y agité los pies á manera de remos. ¡Y sucedió lo que sucedió con la venia del Ordenador!»

Y conté al capitán cómo pude salvarme y á través de cuántas vicisitudes había llegado á ejercer las altas funciones de escriba marítimo al lado del rey Mihraján.

Al escucharme el capitán, exclamó: «¡No hay recursos y poder mas que en Alah el Altísimo, el Omnipotente!...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 294.ª NOCHE

Ella dijo:

»...¡No hay recursos y poder mas que en Alah el Altísimo, el Omnipotente! ¡Ya no queda conciencia ni honradez en ninguna criatura de este mundo! ¿Cómo osas afirmar que eres Sindbad el Marino, ¡oh escriba astuto! cuando todos nosotros le vimos por nuestros propios ojos ahogarse con los demás mercaderes? ¡Vergüenza sobre ti por mentir con impudicia tanta!»

Entonces le contesté: «¡Cierto, ¡oh capitán! que la mentira es la renta de los bellacos! ¡Pero escúchame, porque voy á probarte que soy Sindbad el ahogado!» Y conté al capitán diversos incidentes que sólo conocíamos él y yo, y que sobrevinieron durante aquella maldita travesía. El capitán entonces no dudó ya de mi identidad y llamó á los que iban en el barco, y todos me felicitaron por mi salvamento, y me dijeron: «¡Por Alah, no po-

demos creer que lograras librarte de perecer ahogado! ¡Alah te concedió una segunda vida!»

Tras de lo cual apresuróse el capitán á devolverme mis mercancías, que yo hice transportar al zoco en el mismo momento, después de asegurarme de que no faltaba nada y de que todavía aparecían en los fardos mi nombre y mi sello.

Una vez en el zoco, abrí mis fardos y vendí mis mercancías con un beneficio de ciento por uno; pero tuve cuidado de reservarme algunos objetos de valor, que me apresuré á ofrecer como presente al rey Mihraján.

Le relaté la llegada del capitán del navío, y el rey asombróse en extremo de este acontecimiento inesperado, y como me quería mucho, no quiso ser menos amable que yo, y á su vez me hizo regalos inestimables que contribuyeron no poco á enriquecerme completamente. Porque yo me di prisa á vender todo aquello, realizando así una fortuna considerable que transporté á bordo del mismo navío donde había emprendido antes mi viaje.

Efectuado esto, fuí á palacio para despedirme del rey Mihraján y darle gracias por todas sus generosidades y por su protección. Me despidió con frases muy conmovedoras, y no me dejó partir sin haberme ofrecido aún más presentes suntuosos y objetos de valor, que ya no me decidí á vender, y que, por cierto, estáis viendo ahora en esta sala, ¡oh mis honorables invitados! Tuve igualmente cuidado de llevar conmigo por todo equipaje los

perfumes que estáis aspirando aquí, madera de áloe, alcanfor, incienso y sándalo, productos de aquella isla lejana.

Subí en seguida á bordo, y á poco dióse á la vela el navío con la autorización de Alah. Porque nos favoreció la Fortuna y nos ayudó el Destino en aquella travesía, que duró días y noches, y por último, una mañana llegamos con salud á la vista de Bassra, donde no nos detuvimos mas que muy escaso tiempo para ascender por el río y entrar al fin, con el alma regocijada, en la ciudad de paz, Bagdad, mi tierra.

Cargado de riquezas y con la mano pronta para las dádivas, llegué á mi calle así, y entré en mi casa, donde volví á ver con buena salud á mi familia y á mis amigos. Y al punto compré gran cantidad de esclavos de uno y otro sexo, mamalik, mujeres hermosas, negros, tierras, casas y propiedades, como no tuve nunca, ni aun cuando murió mi padre.

Con esta nueva vida olvidé las vicisitudes pasadas, las penas y los peligros sufridos, la tristeza del destierro, los sinsabores y fatigas del viaje. Tuve amigos numerosos y deliciosos, y durante largo tiempo viví una vida llena de agrado y de placeres y exenta de preocupaciones y molestias, disfrutando con toda mi alma de cuanto me gustaba y comiendo manjares admirables y bebiendo bebidas deliciosas.

¡Y tal es el primero de mis viajes!

Pero mañana, si Alah quiere, os contaré, ¡oh invitados míos! el segundo de los siete viajes que emprendí, y que es bastante más extraordinario que el primero.»

Y Sindbad el Marino se encaró con Sindbad el Cargador y le rogó que cenase con él. Luego, tras de haberle tratado con mucho miramiento y afabilidad, hizo que le entregaran mil monedas de oro, y antes de despedirle le invitó á volver al día siguiente, diciéndole: «¡Para mí, tu urbanidad será siempre un placer y tus buenos modales una delicia!» Y contestó Sindbad el Cargador: «¡Por encima de mi cabeza y de mis ojos! ¡Obedezco con respeto! ¡Y sea continua en tu casa la alegría, ¡oh señor mío!»

Salió entonces de allí, después de dar las gracias y llevarse consigo el regalo que acababa de recibir, y retornó á su hogar, maravillándose hasta el límite de la maravilla, y pensó toda la noche en lo que acababa de escuchar y de experimentar.

Así es que en cuanto amaneció apresuróse á volver á casa de Sindbad el Marino...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.

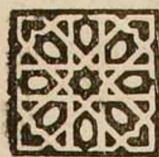


PERO CUANDO LLEGÓ LA 295.ª NOCHE

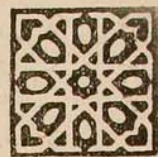
Ella dijo:

...apresuróse á volver á casa de Sindbad el Marino, que le recibió con aire afable, y le dijo: «¡Séate cosa fácil la amistad aquí! ¡Y la confianza sea contigo!» Y el cargador quiso besarle la mano, y al ver que Sindbad no consentía en ello, le dijo: «¡Dilate Alah tus días y consolide sobre ti sus beneficios!» Y como ya habían llegado los demás invitados, comenzaron por sentarse en torno del mantel extendido en que vertían su grasa los corderos asados y se doraban los pollos rellenos deliciosamente con pastas de alfónsigos, de nueces y de uvas. Y comieron, y bebieron, y se divirtieron, y se regalaron el espíritu y el oído escuchando cantar á los instrumentos bajo los dedos expertos de sus tañedores.

Cuando acabaron, habló Sindbad en estos términos, en medio del silencio de los convidados:



La segunda historia de las historias de Sindbad el Marino, que trata del segundo viaje



«Verdaderamente disfrutaba de la más sabrosa vida, cuando un día entre los días asaltó mi espíritu la idea de los viajes por las comarcas de los hombres; y de nuevo sintió mi alma con ímpetu el anhelo de correr y gozar con la vista el espectáculo de tierras é islas, y mirar con curiosidad cosas desconocidas, sin descuidar jamás la compra y venta por diversos países.

Hice hincapié en este proyecto, y me dispuse á ejecutarlo en seguida. Fuí al zoco, donde, mediante una importante suma de dinero, compré mercancías apropiadas al tráfico que pretendía explotar; las acondicioné en fardos sólidos y las transporté á la orilla del agua, no tardando en descubrir un navío hermoso y nuevo, provisto de velas de buena calidad y lleno de marineros, y de un conjunto imponente de maquinarias de todas formas. Su aspecto me inspiró confianza, y transporté á él mis fardos inmediatamente, siguiendo el ejemplo de otros varios mercaderes conocidos míos, y con los que no me disgustaba hacer el viaje.

Partimos aquel mismo día, y tuvimos una navegación excelente. Viajamos de isla en isla y de

mar en mar durante días y noches, y á cada escala íbamos en busca de los mercaderes de la localidad, y de los notables, y de los vendedores, y de los compradores, y vendíamos y comprábamos, y verificábamos cambios ventajosos. Y de tal suerte continuábamos navegando, y nuestro destino nos guió á una isla muy hermosa, cubierta de frondosos árboles, abundante en frutas, rica en flores, habitada por el canto de los pájaros, regada por aguas puras, pero absolutamente virgen de toda vivienda y de todo ser humano.

El capitán accedió á nuestro deseo de detenernos unas horas allí, y echó el ancla junto á tierra. Desembarcamos en seguida, y fuimos á respirar el aire grato en las praderas sombreadas por árboles donde holgábanse las aves. Llevando algunas provisiones de boca, fuí á sentarme á orillas de un arroyo de agua límpida, resguardado del sol por ramajes frondosos, y tuve un placer extremado en comer un bocado y beber de aquella agua deliciosa. Por si eso fuera poco, una brisa suave modulaba dulces acordes é invitaba al reposo absoluto. Así es que me tendí en el césped, y dejé que se apoderara de mí el sueño en medio de la frescura y los aromas del ambiente.

Cuando desperté no vi ya á ninguno de los pasajeros, y el navío había partido sin que nadie se enterase de mi ausencia. En vano hube de mirar á derecha y á izquierda, adelante y atrás, pues no distinguí en toda la isla á otra persona que á

mí mismo. A lo lejos se alejaba por el mar una vela que muy pronto perdí de vista.

Entonces quedé sumido en un estupor sin igual é insuperable; y sentí que mi vejiga biliar estaba á punto de estallar de tanto dolor y tanta pena. Porque ¿qué podía ser de mí en aquella isla, habiendo dejado en el navío todos mis efectos y todos mis bienes? ¿Qué desastre iba á ocurrirme en esta soledad desconocida? Ante tan desconsoladores pensamientos, exclamé: «¡Pierde toda esperanza, Sindbad el Marino! ¡Si la primera vez saliste del apuro merced á circunstancias suscitadas por el Destino propicio, no creas que ocurrirá lo mismo siempre, pues, como dice el proverbio, *se rompe el jarro cuando se cae dos veces!*

En tal punto me eché á llorar, gimiendo, lanzando luego gritos espantosos, hasta que la desesperación se apoderó por completo de mi corazón. Me golpeé entonces la cabeza con las dos manos, y exclamé todavía: «¿Qué necesidad tenías de viajar ¡oh miserable! cuando en Bagdad vivías entre delicias? ¿No poseías manjares excelentes, líquidos excelentes y trajes excelentes? ¿Qué te faltaba para ser dichoso? ¿No fué próspero tu primer viaje?» Entonces me arrojé al suelo de bruces, llorando ya la propia muerte, y diciendo: «¡Pertenecemos á Alah y hemos de tornar á él!» Y aquel día creí volverme loco.

Pero como por último comprendí que eran inútiles todos mis lamentos y mi arrepentimiento de-

masiado tardío, hube de conformarme con mi destino. Me erguí sobre mis piernas, y tras de haber andado algún tiempo sin rumbo, tuve miedo de un encuentro desagradable con cualquier animal salvaje ó con un enemigo desconocido, y trepé á la copa de un árbol, desde donde me puse á observar con más atención á derecha y á izquierda; pero no pude distinguir otra cosa que el cielo, la tierra, el mar, los árboles, los pájaros, la arena y las rocas. Sin embargo, al fijarme más atentamente en un punto del horizonte, me pareció distinguir un fantasma blanco y gigantesco. Entonces me bajé del árbol, atraído por la curiosidad; pero, paralizado de miedo, fuí avanzando muy lentamente y con mucha cautela hacia aquel sitio. Cuando me encontré más cerca de la masa blanca, advertí que era una inmensa cúpula, de blancura resplandeciente, ancha de base y altísima. Me aproximé á ella más aún y la di por completo la vuelta; pero no descubrí la puerta de entrada que buscaba. Entonces quise encaramarme á lo alto; pero era tan lisa y tan escurridiza, que no tuve destreza, ni agilidad, ni posibilidad de ascender. Hube de contentarme, pues, con medirla; puse una señal sobre la huella de mi primer paso en la arena y de nuevo la di la vuelta contando mis pasos. Por este procedimiento supe que su circunferencia exacta era de cincuenta pasos, más bien más que menos.

Mientras reflexionaba sobre el medio de que me valdría para dar con alguna puerta de entrada ó

salida de la tal cúpula, advertí que de pronto desaparecía el sol y que el día se tornaba en una noche negra. Primero lo creí debido á cualquier nube inmensa que pasase por delante del sol, aunque la cosa fuera imposible en pleno verano. Alcé, pues, la cabeza para mirar la nube que tanto me asombraba, y vi un pájaro enorme, de alas formidables, que volaba por delante de los ojos del sol, esparciendo la obscuridad sobre la isla.

Mi asombro llegó entonces á sus límites extremos, y me acordé de lo que en mi juventud me habían contado viajeros y marineros acerca de un pájaro de tamaño extraordinario, llamado «rokh», que se encontraba en una isla muy remota y que podía levantar un elefante. Saqué entonces como conclusión que el pájaro que yo veía debía ser el rokh, y la cúpula blanca á cuyo pie me hallaba debía ser un huevo entre los huevos de aquel rokh. Pero, no bien me asaltó esta idea, el pájaro descendió sobre el huevo y se posó encima como para empollarle. ¡En efecto, extendió sobre el huevo sus alas inmensas, dejó descansando á ambos lados en tierra sus dos patas, y se durmió encima! (¡Bendito Él que no duerme en toda la eternidad!)

Entonces, yo, que me había echado de bruces en el suelo, y precisamente me encontraba debajo de una de las patas, la cual me pareció más gruesa que el tronco de un árbol añoso, me levanté con viveza, desenrollé la tela de mi turbante...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 296.ª NOCHE

Ella dijo:

...me levanté en seguida, desenrollé la tela de mi turbante, y luego de doblarla, la retorcí para servirme de ella como de una soga. La até sólidamente á mi cintura y sujeté ambos cabos con un nudo resistente á un dedo del pájaro. Porque me dije para mí: «Este pájaro enorme acabará por remontar el vuelo, con lo que me sacará de esta soledad y me transportará á cualquier punto donde pueda ver seres humanos. ¡De cualquier modo, el lugar en que caiga será preferible á esta isla desierta, de la que soy el único habitante!»

¡Eso fué todo! ¡Y á pesar de mis movimientos, el pájaro no se cuidó de mi presencia más que si se tratara de alguna mosca sin importancia ó alguna humilde hormiga que por allí se pasease!

Así permanecí toda la noche, sin poder pegar ojo por temor de que el pájaro echase á volar y me llevase durante mi sueño. Pero no se movió hasta que fué de dia. Sólo entonces se quitó de encima de su huevo, lanzó un grito espantoso y remontó el vuelo, llevándome consigo. Subió y subió tan

alto, que creí tocar la bóbeda del cielo; pero de pronto descendió con tanta rapidez, que ya no sentía yo mi propio peso, y abatióse conmigo en tierra firme. Se posó en un sitio escarpado, y yo, en seguida, sin esperar más, me apresuré á desatar el turbante, con un gran terror de ser izado otra vez antes de que tuviese tiempo de librarme de mis ligaduras. Pero conseguí desasirme sin dificultad, y después de estirar mis miembros y arreglarme el traje, me alejé apresuradamente hasta hallarme fuera del alcance del pájaro, á quien de nuevo vi elevarse por los aires. Llevaba entonces en sus garras un enorme objeto negro, que no era otra cosa que una serpiente de inmensa longitud y de forma detestable. No tardó en desaparecer, dirigiendo hacia el mar su vuelo.

Conmovido en extremo por cuanto acababa de ocurrirme, lancé una mirada en torno de mí y quedé inmóvil de espanto. Porque me encontraba en un valle ancho y profundo, rodeado por todas partes de montañas tan altas, que para medirlas con la vista tuve que alzar de tal modo la cabeza, que rodó por mi espalda mi turbante al suelo. ¡Además, eran tan escarpadas aquellas montañas, que se hacía imposible subir por ellas, y juzgué inútil toda tentativa en tal sentido!

Al darme cuenta de ello no tuvieron límite mi desolación y mi desesperación, y me dije: «¡Ah, cuánto más hubiérame valido no abandonar la isla desierta en que me hallaba y que era mil veces

preferible á esta soledad desolada y árida, donde no hay nada que comer ni beber! ¡Allí, al menos, había frutas que llenaban los árboles y arroyos de agua deliciosa; pero aquí sólo rocas hostiles y desnudas, para morir de hambre y de sed! ¡Qué calamidad! ¡No hay recurso y poder mas que en Alah el Omnipotente! ¡Cada vez que escapo de una catástrofe, es para caer en otra peor y definitiva!»

En seguida me levanté del sitio en que me encontraba y recorrí aquel valle para explorarle un poco, observando que estaba enteramente creado con rocas de diamante. Por todas partes á mi alrededor aparecía sembrado el suelo de diamantitos desprendidos de la montaña y que en ciertos sitios formaban montones de la altura de un hombre.

Comenzaba yo á mirarlos ya con algún interés, cuando me inmovilizó de terror un espectáculo más espantoso que todos los horrores experimentados hasta entonces. Entre las rocas de diamante vi circular á sus guardianes, que eran innumerables serpientes negras, más gruesas y mayores que palmeras, y cada una de las cuales muy bien podría devorar á un elefante grande. En aquel momento comenzaban á meterse en sus antros; porque durante el día se ocultaban para que no las cogiese su enemigo el pájaro rokh, y únicamente salían de noche.

Entonces intenté con precauciones infinitas alejarme de allí, mirando bien dónde ponía los pies y pensando desde el fondo de mi alma: «¡He aquí

lo que ganaste á trueque de haber querido abusar de la clemencia del Destino, ¡oh Sindbad! hombre de ojos insaciables y siempre vacíos!» Y presa de un cúmulo de terrores, continué en mi caminar sin rumbo por el valle de diamantes, descansando de vez en cuando en los parajes que me parecían más resguardados, y así estuve hasta que llegó la noche.

Durante todo aquel tiempo me había olvidado por completo de comer y beber, y no pensaba mas que en salir del mal paso y en salvar de las serpientes mi alma. Y he aquí que acabé por descubrir, junto al lugar en que me dejé caer, una gruta cuya entrada era muy angosta, aunque suficiente para que yo pudiese franquearla. Avancé, pues, y penetré en la gruta, cuidando de obstruir la entrada con un peñasco que conseguí arrastrar hasta allí. Seguro ya, me aventuré por su interior, en busca del lugar más cómodo para dormir, esperando el día, y pensé: «¡Mañana al amanecer saldré para enterarme de lo que me reserva el Destino!»

Iba ya á acostarme, cuando advertí que lo que á primera vista tomé por una enorme roca negra era una espantosa serpiente enroscada sobre sus huevos para incubarlos. Sintió entonces mi carne todo el horror de semejante espectáculo, y la piel se me encogió como una hoja seca y tembló en toda su superficie; y caí al suelo sin conocimiento, y permanecí en tal estado hasta la mañana.

Entonces, al convencerme de que no había sido

devorado todavía, tuve alientos para deslizarme hasta la entrada, separar la roca y lanzarme fuera, como ebrio, y sin que mis piernas pudieran sostenerme de tan agotado como me encontraba por la falta de sueño y de comida, y por aquel terror sin tregua.

Miré á mi alrededor, y de repente vi caer á algunos pasos de mi nariz un gran trozo de carne, que chocó contra el suelo con estrépito. Aturdido al pronto, alcé los ojos luego para ver quién quería aporrearme con aquello; pero no vi á nadie. Entonces me acordé de cierta historia oída antaño en boca de los mercaderes, viajeros y exploradores de la montaña de diamantes, de la que se contaba que, como los buscadores de diamantes no podían bajar á este valle inaccesible, recurrían á un medio curioso para procurarse esas piedras preciosas. Mataban unos carneros, los partían en cuartos y los arrojaban al fondo del valle, donde iban á caer sobre las puntas de diamantes, que se incrustaban en ellos profundamente. Entonces se abalanzaban sobre aquella presa los rokhs y las águilas gigantescas, sacándola del valle para llevársela á sus nidos en lo alto de las rocas y que sirviera de sustento á sus crías. Los buscadores de diamantes se precipitaban entonces sobre el ave, haciendo muchos gestos y lanzando grandes gritos para obligarla á soltar su presa y á emprender de nuevo el vuelo. Registraban entonces el cuarto de carne y cogían los diamantes que tenía adheridos.

Asaltóme á la sazón la idea de que podía tratar aún de salvar mi vida y salir de aquel valle que se me antojó había de ser mi tumba. Me incorporé, pues, y comencé á amontonar una gran cantidad de diamantes, escogiendo los más gordos y los más hermosos. Me los guardé en todas partes, abarroté con ellos mis bolsillos, me los introduje entre el traje y la camisa, llené mi turbante y mi calzón, y hasta metí algunos entre los pliegues de mi ropa. Tras de lo cual, desenrollé la tela de mi turbante, como la primera vez...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 297.ª NOCHE

Ella dijo:

...Tras de lo cual, desenrollé la tela de mi turbante, como la primera vez, y me la rodeé á la cintura, yendo á situarme debajo del cuarto de carnero, que até sólidamente á mi pecho con las dos puntas del turbante.

Permanecía ya algún tiempo en esta posición, cuando súbitamente me sentí llevado por los aires, como una pluma, entre las garras formidables de un rokh y en compañía del cuarto de carne de car-

nero. Y en un abrir y cerrar los ojos me encontré fuera del valle, sobre la cúspide de una montaña, en el nido del rokh, que se dispuso en seguida á despedazar la carne aquella y mi propia carne para sustentar á sus rokhecillos. Pero de pronto se alzó hacia nosotros un estrépito de gritos que asustaron al ave y la obligaron á emprender de nuevo el vuelo, abandonándome. Entonces desaté mis ligaduras y me erguí sobre ambos pies, con huellas de sangre en mis vestidos y en mi rostro.

Vi á la sazón aproximarse al sitio en que yo estaba á un mercader, que se mostró muy contrariado y asombrado al percibirme. Pero advirtiendo que yo no le quería mal y que ni aun me movía, se inclinó sobre el cuarto de carne y lo escudriñó, sin encontrar en él los diamantes que buscaba. Entonces alzó al cielo sus largos brazos y se lamentó, diciendo: «¡Qué desilusión! ¡Estoy perdido! ¡No hay recurso mas que en Alah! ¡Me refugio en Alah contra el Maldito, el Malhechor!» Y se golpeó una con otra las palmas de las manos, como señal de una desesperación inmensa.

Al advertir aquello, me acerqué á él y le deseé la paz. Pero él, sin corresponder á mi zalema, me arañó furioso y exclamó: «¿Quién eres? ¿Y de dónde viniste para robarme mi fortuna?» Le respondí: «No temas nada, ¡oh digno mercader! porque no soy ningún ladrón, y tu fortuna en nada ha disminuído. Soy un ser humano y no un genio malhechor, como creías, por lo visto. Soy incluso un

hombre honrado entre la gente honrada, y antiguamente, antes de correr aventuras tan extrañas, yo tenía también el oficio de mercader. En cuanto al motivo de mi venida á este paraje, es una historia asombrosa, que te contaré al punto. ¡Pero de antemano, quiero probarte mis buenas intenciones gratificándote con algunos diamantes recogidos por mí mismo en el fondo de esa sima, que jamás fué sondeada por la vista humana!»

Saqué en seguida de mi cinturón algunos hermosos ejemplares de diamantes, y se los entregué, diciéndole: «¡He aquí una ganancia que no habrías osado esperar en tu vida!» Entonces el propietario del cuarto de carnero manifestó una alegría inconcebible y me dió muchas gracias, y tras de mil zalemas, me dijo: «¡La bendición está contigo, ¡oh mi señor! ¡Uno solo de estos diamantes bastaría para enriquecerme hasta la más dilatada vejez! ¡Porque en mi vida hube de verlos semejantes ni en la corte de los reyes y sultanes!» Y me dió gracias otra vez, y finalmente llamó á otros mercaderes que allí se hallaban y que se agruparon en torno mío, deseándome la paz y la bienvenida. Y les conté mi rara aventura desde el principio hasta el fin. Pero no sería útil repetirla.

Entonces, vueltos de su asombro los mercaderes, me felicitaron mucho por mi liberación, diciéndome: «¡Por Alah! ¡Tu destino te ha sacado de un abismo del que nadie regresó nunca!» Después, al verme extenuado por la fatiga, el hambre y la

sed, se apresuraron á darme de comer y beber con abundancia, y me condujeron á una tienda, donde velaron mi sueño, que duró un día entero y una noche.

Á la mañana, los mercaderes me llevaron con ellos, en tanto que comenzaba yo á regocijarme de modo intenso por haber escapado á aquellos peligros sin precedente. Al cabo de un viaje bastante corto, llegamos á una isla muy agradable, donde crecían magníficos árboles de copa tan espesa y amplia, que con facilidad podrían dar sombra á cien hombres. De estos árboles es precisamente de los que se extrae la substancia blanca, de olor cálido y grato, que se llama alcanfor. Á tal fin, se hace una incisión en lo alto del árbol, recogiendo en una cubeta que se pone al pie el jugo que destila, y que al principio parece como gotas de goma, y no es otra cosa que la miel del árbol.

También en aquella isla vi al espantable animal que se llama «karkadann» y pace exactamente como pacen las vacas y los búfalos en nuestras praderas. El cuerpo de esa fiera es mayor que el cuerpo del camello; al extremo del morro tiene un cuerno de diez codos de largo y en el cual se halla labrada una cara humana. Es tan sólido este cuerno, que le sirve al karkadann para pelear y vencer al elefante, enganchándole y teniéndole en vilo hasta que muere. Entonces la grasa del elefante muerto va á parar á los ojos del karkadann, cegándole y haciéndole caer. Y desde lo alto de los

aires se abate sobre ellos el terrible rokh y los transporta á su nido para alimentar á sus crías.

Vi asimismo en aquella isla diversas clases de búfalos.

Vivimos algún tiempo allí, respirando el aire embalsamado; tuve con ello ocasión de cambiar mis diamantes por más oro y plata de lo que podría contener la cala de un navío. ¡Después nos marchamos de allí; y de isla en isla, y de tierra en tierra, y de ciudad en ciudad, admirando á cada paso la obra del Creador, y haciendo acá y allá algunas ventas, compras y cambios, acabamos por bordear Bassra, país de bendición, para ascender hasta Bagdad, morada de paz!

Me faltó el tiempo entonces para correr á mi calle y entrar en mi casa, enriquecido con sumas considerables, dinares de oro y hermosos diamantes que no tuve alma para vender. Y he aquí que, tras las efusiones propias del retorno entre mis parientes y amigos, no dejé de comportarme generosamente, repartiendo dádivas á mi alrededor, sin olvidar á nadie.

Luego disfruté alegremente de la vida, comiendo manjares exquisitos, bebiendo licores delicados, vistiéndome con ricos trajes y sin privarme de la sociedad de las personas deliciosas. Así es que todos los días tenía numerosos visitantes notables que, al oir hablar de mis aventuras, me honraban con su presencia para pedirme que les narrara mis viajes y les pusiera al corriente de lo que sucedía

en las tierras lejanas. Y yo experimentaba una verdadera satisfacción instruyéndoles acerca de tantas cosas, lo que inducía á todos á felicitarme por haber escapado de tan terribles peligros, maravillándose con mi relato hasta el límite de la maravilla. Y así es como acaba mi segundo viaje.

¡Pero mañana, ¡oh mis amigos!...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 298.ª NOCHE

Ella dijo:

...¡Pero mañana, ¡oh mis amigos! os contaré las peripecias de mi tercer viaje, el cual, sin duda, es mucho más interesante y estupefaciente que los dos primeros!»

Luego calló Sindbad. Entonces los esclavos sirvieron de comer y de beber á todos los invitados, que se hallaban prodigiosamente asombrados de cuanto acababan de oir. Después Sindbad el Marino hizo que dieran cien monedas de oro á Sindbad el Cargador, que las admitió, dando muchas gracías, y se marchó invocando sobre la cabeza de su huésped las bendiciones de Alah, y llegó á su casa

maravillándose de cuanto acababa de ver y de escuchar.

Por la mañana se levantó el cargador Sindbad, hizo la plegaria matinal y volvió á casa del rico Sindbad, como le indicó éste. Y fué recibido cordialmente y tratado con muchos miramientos, é invitado á tomar parte en el festín del día y en los placeres, que duraron toda la jornada. Tras de lo cual, en medio de sus convidados, atentos y graves, Sindbad el Marino empezó su relato de la manera siguiente:



La tercera historia de las historias de Sindbad el Marino, que trata del tercer viaje



«Sabed, ¡oh mis amigos!—¡pero Alah sabe las cosas mejor que la criatura!—que con la deliciosa vida de que yo disfrutaba desde el regreso de mi segundo viaje, acabé por perder completamente, entre las riquezas y el descanso, el recuerdo de los sinsabores sufridos y de los peligros que corrí, aburriéndome á la postre de la inacción monótona de mi existencia en Bagdad. Así es que mi alma deseó con ardor la mudanza y el espectáculo de las cosas de viaje. Y la misma afición al comercio, con su

ganancia y su provecho, me tentó otra vez. En el fondo, siempre la ambición es causa de nuestras desdichas. En breve debía yo comprobarlo del modo más espantoso.

Puse en ejecución inmediatamente mi proyecto, y después de proveerme de ricas mercancías del país, partí de Bagdad para Bassra. Allí me esperaba un gran navío lleno ya de pasajeros y mercaderes, todos gente de bien, honrada, con buen corazón, hombres de conciencia y capaces de servirle á uno, por lo que se podría vivir con ellos en buenas relaciones. Así es que no dudé en embarcarme en su compañía dentro de aquel navío; y no bien me encontré á bordo, nos hicimos á la vela con la bendición de Alah para nosotros y para nuestra travesía.

Bajo felices auspicios comenzó, en efecto, nuestra navegación. En todos los lugares que abordábamos hacíamos negocios excelentes, á la vez que nos paseábamos é instruíamos con todas las cosas nuevas que veíamos sin cesar. Y nada, verdaderamente, faltaba á nuestra dicha, y nos hallábamos en el límite del desahogo y la opulencia.

Un día entre los días, estábamos en alta mar, muy lejos de los países musulmanes, cuando de pronto vimos que el capitán del navío se golpeaba con fuerza el rostro, se mesaba los pelos de la barba, desgarraba sus vestiduras y tiraba al suelo su turbante, después de examinar durante largo tiempo el horizonte. Luego empezó á lamentarse, á gemir y á lanzar gritos de desesperación.

Al verlo, rodeamos todos al capitán, y le dijimos: «¿Qué pasa, ¡oh capitán!?» Contestó: «Sabed, ¡oh pasajeros de paz! que estamos á merced del viento contrario, y habiéndonos desviado de nuestra ruta, nos hemos lanzado á este mar siniestro. Y para colmar nuestra mala suerte, el Destino hace que toquemos en esa isla que veis delante de vosotros, y de la cual jamás pudo salir con vida nadie que arribara á ella. ¡Esa isla es la Isla de los Monos! ¡Me da el corazón que estamos perdidos sin remedio!»

Todavía no había acabado de explicarse el capitán, cuando vimos que rodeaba al navío una multitud de seres velludos cual monos, y más innumerables que una nube de langostas, en tanto que desde la playa de la isla otros monos, en cantidad incalculable, lanzaban chillidos que nos helaron de estupor. Y no osamos maltratar, atacar, ni siquiera espantar á ninguno de ellos, por miedo á que se abalanzasen todos sobre nosotros y nos matasen hasta el último, vista su superioridad numérica; porque no cabe duda de que la certidumbre de esta superioridad numérica aumenta el valor de quienes la poseen. No quisimos, pues, hacer ningún movimiento, aunque por todos lados nos invadían aquellos monos, que empezaban á apoderarse ya de cuanto nos pertenecía. Eran muy feos. Eran incluso más feos que las cosas más feas que he visto hasta este día de mi vida. ¡Eran peludos y velludos, con ojos amarillos en sus caras negras; tenían

poquísima estatura, apenas cuatro palmos, y sus muecas y sus gritos resultaban más horribles que cuanto á tal respecto pudiera imaginarse! Por lo que afecta á su lenguaje, en vano nos hablaban y nos insultaban chocando las mandíbulas, ya que no lográbamos comprenderles, á pesar de la atención que á tal fin poníamos. No tardamos, por desgracia, en verles ejecutar el más funesto de los proyectos. Treparon por los palos, desplegaron las velas, cortaron con los dientes todas las amarras y acabaron por apoderarse del timón. Entonces, impulsado por el viento, marchó el navío contra la costa, donde encalló. Y los monos apoderáronse de todos nosotros, nos hicieron desembarcar sucesivamente, nos dejaron en la playa, y sin ocuparse más de nosotros para nada, embarcaron de nuevo en el navío, al cual consiguieron poner á flote, y desaparecieron todos con él á lo lejos del mar.

Entonces, en el límite de la perplejidad, juzgamos inútil permanecer de tal modo en la playa contemplando el mar, y avanzamos por la isla, donde al fin descubrimos algunos árboles frutales y agua corriente, lo que nos permitió reponer un tanto nuestras fuerzas á fin de retardar lo más posible una muerte que todos creíamos segura.

Mientras seguíamos en aquel estado, nos pareció ver entre los árboles un edificio muy grande que se diría abandonado. Sentimos la tentación de acercarnos á él, y cuando llegamos á alcanzarle, advertimos que era un palacio...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 299.ª NOCHE

Ella dijo:

...advertimos que era un palacio de mucha altura, cuadrado, rodeado por sólidas murallas y que tenía una gran puerta de ébano de dos hojas. Como esta puerta estaba abierta y ningún portero la guardaba, la franqueamos y penetramos en seguida en una inmensa sala tan grande como un patio. Tenía por todo mobiliario la tal sala enormes utensilios de cocina y asadores de una longitud desmesurada; el suelo, por toda alfombra, montones de huesos, ya calcinados unos, otros sin quemar aún. Dentro reinaba un olor que perturbó en extremo nuestro olfato. Pero como estábamos extenuados de fatiga y de miedo, nos dejamos caer cuan largos éramos y nos dormimos profundamente.

Ya se había puesto el sol, cuando nos sobresaltó un ruido estruendoso, despertándonos de repente; y vimos descender ante nosotros desde el techo á un ser negro con rostro humano, tan alto como una palmera, y cuyo aspecto era más horrible que el de todos los monos reunidos. Tenía los ojos rojos como dos tizones inflamados, los dientes largos y salien-

tes como los colmillos de un cerdo, una boca enorme, tan grande como el brocal de un pozo, labios que le colgaban sobre el pecho, orejas movibles como las del elefante y que le cubrían los hombros, y uñas ganchudas cual las garras del león.

Á su vista, nos llenamos de terror, y después nos quedamos rígidos como muertos. Pero él fué á sentarse en un banco alto adosado á la pared, y desde allí comenzó á examinarnos en silencio y con toda atención uno á uno. Tras de lo cual se adelantó hacia nosotros, fué derecho á mí, prefiriéndome á los demás mercaderes, tendió la mano y me cogió de la nuca, cual podía cogerse un lío de trapos. Me dió vueltas y vueltas en todas direcciones, palpándome como palparía un carnicero cualquier cabeza de carnero. Pero sin duda no debió encontrarme de su gusto, liquidado por el terror como yo estaba y con la grasa de mi piel disuelta por las fatigas del viaje y la pena. Entonces me dejó, echándome á rodar por el suelo, y se apoderó de mi vecino más próximo y lo manoseó, como me había manoseado á mí, para rechazarle luego y apoderarse del siguiente. De este modo fué cogiendo uno tras de otro á todos los mercaderes, y le tocó ser el último en el turno al capitán del navío.

Aconteció que el capitán era un hombre gordo y lleno de carne, y naturalmente, era el más robusto y sólido de todos los hombres del navío. Así es que el espantoso gigante no dudó en fijarse en

él al elegir: le cogió entre sus manos cual un carnicero cogería un cordero, le derribó en tierra, le puso un pie en el cuello y le desnucó con un solo golpe. Empuñó entonces uno de los inmensos asadores en cuestión y se lo introdujo por la boca, haciéndolo salir por el ano. Entonces encendió mucha leña en el hogar que había en la sala, puso entre las llamas al capitán ensartado, y comenzó á darle vueltas lentamente hasta que estuvo en sazón. Le retiró del fuego entonces y empezó á trincharle en pedazos, como si se tratara de un pollo, sirviéndose para el caso de sus uñas. Hecho aquello, le devoró en un abrir y cerrar de ojos. Tras de lo cual chupó los huesos, vaciándolos de la médula, y los arrojó en medio del montón que se alzaba en la sala.

Concluída esta comida, el espantoso gigante fué á tenderse en el banco para digerir, y no tardó en dormirse, roncando exactamente igual que un búfalo á quien se degollara ó como un asno á quien se incitara á rebuznar. Y así permaneció dormido hasta por la mañana. Le vimos entonces levantarse y alejarse como había llegado, mientras permanecíamos inmóviles de espanto.

Cuando tuvimos la certeza de que había desaparecido, salimos del silencio que guardamos toda la noche, y nos comunicamos mutuamente nuestras reflexiones y empezamos á sollozar y gemir pensando en la suerte que nos esperaba.

Y con tristeza nos decíamos: «Mejor hubiera

sido perecer en el mar ahogados ó comidos por los monos, que ser asados en las brasas. ¡Por Alah, que se trata de una muerte detestable! Pero ¿qué hacer? ¡Ha de ocurrir lo que Alah disponga! ¡No hay recurso mas que en Alah el Todopoderoso!»

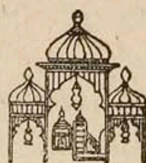
Abandonamos entonces aquella casa y vagamos por toda la isla en busca de algún escondrijo donde resguardarnos; pero fué en vano, porque la isla era llana y no había en ella cavernas ni nada que nos permitiese sustraernos á la persecución. Así es que, como caía la tarde, nos pareció más prudente volver al palacio.

Pero apenas llegamos, hizo su aparición en medio del ruido atronador el horrible hombre negro, y después del palpamiento y el manoseo, se apoderó de uno de mis compañeros mercaderes, ensartándole en seguida, asándole y haciéndole pasar á su vientre, para tenderse luego en el banco y roncar hasta la mañana como un bruto degollado. Despertóse entonces y se desperezó, gruñendo ferozmente, y se marchó sin ocuparse de nosotros y cual si no nos viera.

Cuando partió, como habíamos tenido tiempo de reflexionar sobre nuestra triste situación, exclamamos todos á la vez: «Vamos á tirarnos al mar para morir ahogados, mejor que perecer asados y devorados. ¡Porque debe ser una muerte terrible!» Al ir á ejecutar este proyecto, se levantó uno de nosotros y dijo: «¡Escuchadme, compañeros! ¿No creéis que vale quizá más matar al hombre negro

antes de que nos extermine?» Entonces levanté á mi vez yo el dedo y dije: «¡Escuchadme, compañeros! ¡Caso de que verdaderamente hayáis resuelto matar al hombre negro, sería preciso antes comenzar por utilizar los trozos de madera de que está cubierta la playa, con objeto de construirnos una balsa en la cual podamos huir de esta isla maldita después de librar á la Creación de tan bárbaro comedor de musulmanes! ¡Bordearemos entonces cualquier isla donde esperaremos la clemencia del Destino, que nos enviará algún navío para regresar á nuestro país! De todos modos, aunque naufrague la balsa y nos ahoguemos, habremos evitado que nos asen y no habremos cometido la mala acción de matarnos voluntariamente. ¡Nuestra muerte será un martirio que se tendrá en cuenta el día de la Retribución!...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 300.ª NOCHE

Ella dijo:

...¡Nuestra muerte será un martirio que se tendrá en cuenta el día de la Retribución!» Entonces exclamaron los mercaderes: «¡Por Alah! ¡Es una idea excelente y una acción razonable!»

Al momento nos dirigimos á la playa y construímos la balsa en cuestión, en la cual tuvimos cuidado de poner algunas provisiones, tales como frutas y hierbas comestibles; luego volvimos al palacio para esperar, temblando, la llegada del hombre negro.

Llegó precedido de un ruido atronador, y creímos ver entrar á un enorme perro rabioso. Todavía tuvimos necesidad de presenciar sin un murmullo cómo ensartaba y asaba á uno de nuestros compañeros, á quien escogió por su grasa y buen aspecto, tras del palpamiento y manoseo. Pero cuando el espantoso bruto se durmió y comenzó á roncar de un modo estrepitoso, pensamos en aprovecharnos de su sueño con objeto de hacerle inofensivo para siempre.

Cogimos á tal fin dos de los inmensos asadores de hierro, y los calentamos al fuego hasta que estuvieron al rojo blanco; luego los empuñamos fuertemente por el extremo frío, y como eran muy pesados, llevamos entre varios cada uno. Nos acercamos á él quedamente, y entre todos hundimos á la vez ambos asadores en ambos ojos del horrible hombre negro que dormía, y apretamos con todas nuestras fuerzas para que cegase en absoluto.

Debió sentir seguramente un dolor extremado, porque el grito que lanzó fué tan espantoso, que al oirlo rodamos por el suelo á una distancia respetable. Y saltó él á ciegas, y aullando y corriendo en todos sentidos, intentó coger á alguno

de nosotros. Pero habíamos tenido tiempo de evitarlo y echarnos al suelo de bruces á su derecha y á su izquierda, de manera que á cada vez sólo se encontraba con el vacio. Asi es que, viendo que no podía realizar su propósito, acabó por dirigirse á tientas á la puerta y salió dando gritos espantosos.

Entonces, convencidos de que el gigante ciego moriría por fin en su suplicio, comenzamos á tranquilizarnos, y nos dirigimos al mar con paso lento. Arreglamos un poco mejor la balsa, nos embarcamos en ella, la desamarramos de la orilla, y ya íbamos á remar para alejarnos, cuando vimos al horrible gigante ciego que llegaba corriendo, guiado por una hembra gigante, todavía más horrible y antipática que él. Llegados que fueron á la playa, lanzaron gritos amendrentadores al ver que nos alejábamos; después cada uno de ellos comenzó á apedrearnos, arrojando á la balsa trozos de peñasco. Por aquel procedimiento consiguieron alcanzarnos con sus proyectiles y ahogar á todos mis compañeros, excepto dos. En cuanto á los tres que salimos con vida, pudimos al fin alejarnos y ponernos fuera del alcance de los peñascos que lanzaban.

Pronto llegamos á alta mar, donde nos vimos á merced del viento y empujados hacia una isla que distaba dos días de aquella en que creimos perecer ensartados y asados. Pudimos encontrar allí frutas, con lo que nos libramos de morir de hambre; luego, como la noche iba ya avanzada, trepamos á un gran árbol para dormir en él.

Por la mañana, cuando nos despertamos, lo primero que se presentó ante nuestros ojos asustados fué una terrible serpiente tan gruesa como el árbol en que nos hallábamos, y que clavaba en nosotros sus ojos llameantes y abría una boca tan ancha como un horno. Y de pronto se irguió, y su cabeza nos alcanzó en la copa del árbol. Cogió con sus fauces á uno de mis dos compañeros y lo engulló hasta los hombros, para devorarle por completo casi inmediatamente. Y al punto oímos los huesos del infortunado crujir en el vientre de la serpiente, que bajó del árbol y nos dejó aniquilados de espanto y de dolor. Y pensamos: «¡Por Alah, este nuevo género de muerte es más detestable que el anterior! ¡La alegría de haber escapado del asador del hombre negro, se convierte en un presentimiento peor aún que cuanto hubiéramos de experimentar! ¡No hay recurso mas que en Alah!»

Tuvimos en seguida alientos para bajar del árbol y recoger algunas frutas, que nos comimos, satisfaciendo nuestra sed con el agua de los arroyos. Tras de lo cual, vagamos por la isla en busca de cualquier abrigo más seguro que el de la precedente noche, y acabamos por encontrar un árbol de una altura prodigiosa, que nos pareció podría protegernos eficazmente. Trepamos á él al hacerse de noche, y ya instalados lo mejor posible, empezábamos á dormirnos, cuando nos despertó un silbido seguido de un rumor de ramas tronchadas, y antes de que tuviésemos tiempo de hacer un movi-

miento para escapar, la serpiente cogió á mi compañero, que se había encaramado por debajo de mí, y de un solo golpe le devoró hasta las tres cuartas partes. La vi luego enroscarse al árbol, haciendo rechinar los huesos de mi último compañero hasta que terminó de devorarle. Después se retiró, dejándome muerto de miedo.

Continué en el árbol sin moverme hasta por la mañana, y únicamente entonces me decidí á bajar. Mi primer movimiento fué para tirarme al mar con objeto de concluir una vida miserable y llena de alarmas cada vez más terribles; en el camino me paré, porque mi alma, don precioso, no se avenía á tal resolución; y me sugirió una idea á la cual debo el haberme salvado.

Empecé á buscar leña, y encontrándola en seguida, me tendí en tierra y cogí una tabla grande que sujeté á las plantas de mis pies en toda su extensión; cogí luego una segunda tabla que até á mi costado izquierdo, otra á mi costado derecho, la cuarta me la puse en el vientre, y la quinta, más ancha y más larga que las anteriores, la sujeté á mi cabeza. De este modo me encontraba rodeado por una muralla de tablas que oponían en todos sentidos un obstáculo á las fauces de la serpiente. Realizado aquello, permanecí tendido en el suelo, y esperé lo que me reservaba el Destino.

Al hacerse de noche, no dejó de ir la serpiente. En cuanto me vió, arrojóse sobre mí dispuesta á sepultarme en su vientre; pero se lo im-

pidieron las tablas. Se puso entonces á dar vueltas á mi alrededor, intentando cogerme por algún lado más accesible; pero no pudo lograr su propósito, á pesar de todos sus esfuerzos y aunque tiraba de mí en todas direcciones. Así pasó toda la noche haciéndome sufrir, y yo me creía ya muerto y sentía en mi rostro su aliento nauseabundo. Al amanecer me dejó por fin, y se alejó muy furiosa, en el límite de la cólera y de la rabia.

Cuando estuve seguro de que se había alejado del todo...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 301.ª NOCHE

Ella dijo:

...Cuando estuve seguro de que se había alejado del todo, saqué la mano y me desembaracé de las ligaduras que me ataban á las tablas. Pero había estado en una postura tan incómoda, que en un principio no logré moverme, y durante varias horas creí no poder recobrar el uso de mis miembros. Pero al fin conseguí ponerme en pie, y poco á poco pude andar y pasearme por la isla. Me encaminé hacia el mar, y apenas llegué, descubrí en

lontananza un navío que bordeaba la isla velozmente á toda vela.

Al verlo me puse á agitar los brazos y gritar como un loco; luego desplegué la tela de mi turbante, y atándola á una rama de árbol, la levanté por encima de mi cabeza y me esforcé en hacer señales para que me advirtiesen desde el navío.

El Destino quiso que mis esfuerzos no resultasen inútiles. No tardé, efectivamente, en ver que el navío viraba y se dirigía á tierra; y poco después fuí recogido por el capitán y sus hombres.

Una vez á bordo del navío, empezaron por proporcionarme vestidos y ocultar mi desnudez, ya que desde hacía tiempo había yo destrozado mi ropa; luego me ofrecieron manjares para que comiera, lo cual hice con mucho apetito, á causa de mis pasadas privaciones; pero lo que me llegó especialmente al alma fué cierta agua fresca en su punto y deliciosa en verdad, de la que bebí hasta saciarme. Entonces se calmó mi corazón y se tranquilizó mi espíritu, y sentí que el reposo y el bienestar descendían por fin á mi cuerpo extenuado.

Comencé, pues, á vivir de nuevo tras de ver á dos pasos de mí la muerte, y bendije á Alah por su misericordia, y le di gracias por haber interrumpido mis tribulaciones. Así es que no tardé en reponerme completamente de mis emociones y fatigas, hasta el punto de casi llegar á creer que todas aquellas calamidades habían sido un sueño.

Nuestra navegación resultó excelente, y con la venia de Alah el viento nos fué favorable todo el tiempo, y nos hizo tocar felizmente en una isla llamada Salahata, donde debíamos hacer escala, y en cuya rada ordenó anclar el capitán, para permitir á los mercaderes desembarcar y despachar sus asuntos.

Cuando estuvieron en tierra los pasajeros, como era el único á bordo que carecía de mercancías para vender ó cambiar, el capitán se acercó á mí y me dijo: «¡Escucha lo que voy á decirte! Eres un hombre pobre y extranjero, y por ti sabemos cuántas pruebas has sufrido en tu vida. ¡Así, pues, quiero serte de alguna utilidad ahora y ayudarte á regresar á tu país, con el fin de que cuando pienses en mí lo hagas gustoso é invoques para mi persona todas las bendiciones!» Yo le contesté: «Ciertamente, ¡oh capitán! que no dejaré de hacer votos en tu favor.» Y él dijo: «Sabe que hace algunos años vino con nosotros un viajero que se perdió en una isla en que hicimos escala. Y desde entonces no hemos vuelto á tener noticias suyas, ni sabemos si ha muerto ó si vive todavía. Como están en el navío depositadas las mercancías que dejó aquel viajero, abrigo la idea de confiártelas para que, mediante un corretaje provisional sobre la ganancia, las vendas en esta isla y me des su importe, á fin de que á mi regreso á Bagdad pueda yo entregarlo á sus parientes ó dárselo á él mismo, si consiguió volver á su ciudad.» Y contesté yo: «¡Te soy

deudor del bienestar y la obediencia, ¡oh mi señor! ¡Y verdaderamente, eres acreedor á mi mucha gratitud, ya que quieres proporcionarme una honrada ganancia!»

Entonces el capitán ordenó á los marineros que sacasen de la cala las mercancías y las llevaran á la orilla, para que yo me hiciera cargo de ellas. Después llamó al escriba del navío y le dijo que las contase y las anotara fardo por fardo. Y contestó el escriba: «¿Á quién pertenecen estos fardos y á nombre de quién debo inscribirlos?» El capitán respondió: «El propietario de estos fardos se llamaba Sindbad el Marino. Ahora inscríbelos á nombre de ese pobre pasajero y pregúntale cómo se llama.»

Al oir aquellas palabras del capitán, me asombré prodigiosamente, y exclamé: «¡Pero si Sindbad el Marino soy yo!» Y mirando atentamente al capitán, reconocí en él al que al comienzo de mi segundo viaje me abandonó en la isla donde me quedé dormido.

Ante descubrimiento tan inesperado, mi emoción llegó á sus últimos límites, y añadí: «¡Oh capitán! ¿No me reconoces? ¡Soy el propio Sindbad el Marino, oriundo de Bagdad! ¡Escucha mi historia! Acuérdate, ¡oh capitán! de que fuí yo quien desembarcó en la isla hace tantos años sin que hubiera vuelto. En efecto, me dormí á la orilla de un arroyo delicioso, después de haber comido, y cuando desperté ya había zarpado el barco. ¡Por

cierto que me vieron muchos mercaderes de la montaña de diamantes, y podrían atestiguar que soy yo el propio Sindbad el Marino!»

Aún no había acabado de explicarme, cuando uno de los mercaderes que habían subido por mercaderías á bordo se acercó á mí, me miró atentamente, y en cuanto terminé de hablar, palmoteó sorprendido, y exclamó: «¡Por Alah! Ninguno me creyó cuando hace tiempo relaté la extraña aventura que me acaeció un día en la montaña de diamantes, donde, según dije, vi á un hombre atado á un cuarto de carnero y transportado desde el valle á la montaña por un pájaro llamado rokh. ¡Pues bien; he aquí aquel hombre! ¡Este mismo es Sindbad el Marino, el hombre generoso que me regaló tan hermosos diamantes!» Y tras de hablar así, el mercader corrió á abrazarme como un hermano ausente que encontrara de pronto á su hermano.

Entonces me contempló un instante el capitán del navío y en seguida me reconoció también por Sindbad el Marino. Y me tomó en sus brazos como lo hubiera hecho con su hijo, me felicitó por estar con vida todavía, y me dijo: «¡Por Alah, ¡oh mi señor! que es asombrosa tu historia y prodigiosa tu aventura! ¡Pero bendito sea Alah, que permitió nos reuniéramos, é hizo que encontraras tus mercancías y tu fortuna!» Luego dió orden de que llevaran mis mercancías á tierra para que yo las vendiese, aprovechándome de ellas por completo aquella vez. Y

efectivamente, fué enorme la ganancia que me proporcionaron, indemnizándome con mucho de todo el tiempo que había perdido hasta entonces.

Después de lo cual, dejamos la isla Salahata y llegamos al país de Sind, donde vendimos y compramos igualmente.

En aquellos mares lejanos vi cosas asombrosas y prodigios innumerables, cuyo relato no puedo detallar. Pero, entre otras cosas, vi un pez que tenía el aspecto de una vaca y otro que parecía un asno. Vi también un pájaro que nacía del nácar marino y cuyas crías vivían en la superficie de las aguas, sin volar nunca sobre tierra.

Más tarde continuamos nuestra navegación, con la venia de Alah, y á la postre llegamos á Bassra, donde nos detuvimos pocos días, para entrar por último en Bagdad.

Entonces me dirigí á mi calle, penetré en mi casa, saludé á mis parientes, á mis amigos y á mis antiguos compañeros, é hice muchas dádivas á viudas y á huérfanos. Porque había regresado más rico que nunca, á causa de los últimos negocios hechos al vender mis mercancías.

Pero mañana, si Alah quiere, ¡oh amigos míos! os contaré la historia de mi cuarto viaje, que supera en interés á las tres que acabáis de oir.»

Luego Sindbad el Marino, como los anteriores días, hizo que dieran cien monedas de oro á Sindbad el Cargador, invitándole á volver al día siguiente.

No dejó de obedecer el cargador, y volvió al otro día para escuchar lo que había de contar Sindbad el Marino cuando terminase la comida...

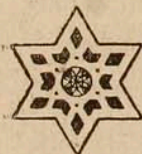
En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 302.ª NOCHE

Ella dijo:

...para escuchar lo que había de contar Sindbad el Marino cuando terminase la comida.



La cuarta historia de las historias de Sindbad el Marino, que trata del cuarto viaje



Y dijo Sindbad el Marino:

«Ni las delicias ni los placeres de la vida de Bagdad, ¡oh amigos míos! me hicieron olvidar los viajes. Al contrario, casi no me acordaba de las fatigas sufridas y los peligros corridos. Y el alma pérfida que vivía en mí no dejó de mostrarme lo ventajoso que sería recorrer de nuevo las comar-

cas de los hombres. Así es que no pude resistirme á sus tentaciones, y abandonando un día la casa y las riquezas, llevé conmigo una gran cantidad de mercaderías de precio, bastante más que las que había llevado en mis últimos viajes, y de Bagdad partí para Bassra, donde me embarqué en un gran navío en compañía de varios notables mercaderes prestigiosamente conocidos.

Al principio fué excelente nuestro viaje por el mar, gracias á la bendición. Fuimos de isla en isla y de tierra en tierra, vendiendo y comprando y realizando beneficios muy apreciables, hasta que un día, en alta mar, hizo anclar el capitán, diciéndonos: «¡Estamos perdidos sin remedio!» Y de improviso un golpe de viento terrible hinchó todo el mar, que se precipitó sobre el navío, haciéndolo crujir por todas partes, y arrebató á los pasajeros, incluso el capitán, los marineros y yo mismo. Y se hundió todo el mundo, y yo igual que los demás.

Pero, merced á la misericordia, pude encontrar sobre el abismo una tabla del navío, á la que me agarré con manos y pies, y encima de la cual navegamos durante medio día yo y algunos otros mercaderes que lograron asirse conmigo á ella.

Entonces, á fuerza de bregar con pies y manos, ayudados por el viento y la corriente, caímos en la costa de una isla, cual si fuésemos un montón de algas, medio muertos ya de frío y de miedo.

Toda una noche permanecimos sin movernos, aniquilados, en la costa de aquella isla. Pero al día

siguiente pudimos levantarnos é internarnos por ella, vislumbrando una casa, hacia la cual nos encaminamos.

Cuando llegamos á ella, vimos que por la puerta de la vivienda salía un grupo de individuos completamente desnudos y negros, quienes se apoderaron de nosotros sin decirnos palabra y nos hicieron penetrar en una vasta sala, donde aparecía un rey sentado en alto trono.

El rey nos ordenó que nos sentáramos, y nos sentamos. Entonces pusieron á nuestro alcance platos llenos de manjares como no los habíamos visto en toda nuestra vida. Sin embargo, su aspecto no excitó mi apetito, al revés de lo que ocurría á mis compañeros, que comieron glotonamente para aplacar el hambre que les torturaba desde que naufragamos. En cuanto á mí, por abstenerme conservo la existencia hasta hoy.

Efectivamente, desde que tomaron los primeros bocados, apoderóse de mis compañeros una gula enorme, y estuvieron durante horas y horas devorando cuanto les presentaban, mientras hacían gestos de locos y lanzaban extraordinarios gruñidos de satisfacción.

En tanto que caían en aquel estado mis amigos, los hombres desnudos llevaron un tazón lleno de cierta pomada con la que untaron todo el cuerpo á mis compañeros, resultando asombroso el efecto que hubo de producirles en el vientre. Porque vi que se les dilataba poco á poco en todos senti-

dos hasta quedar más gordo que un pellejo inflado. Y su apetito aumentó proporcionalmente, y continuaron comiendo sin tregua, mientras yo les miraba asustado al ver que no se llenaba su vientre nunca.

Por lo que á mí respecta, persistí en no tocar aquellos manjares, y me negué á que me untaran con la pomada al ver el efecto que produjo en mis compañeros. Y en verdad que mi sobriedad fué provechosa, porque averigüé que aquellos hombres desnudos comían carne humana, y empleaban diversos medios para cebar á los hombres que caían entre sus manos y hacer de tal suerte más tierna y más jugosa su carne. En cuanto al rey de estòs antropófagos, descubrí que era ogro. Todos los días le servían asado un hombre, cebado por aquel método; á los demás no les gustaba el asado y comían la carne humana al natural, sin ningún aderezo.

Ante tan triste descubrimiento, mi ansiedad sobre mi suerte y la de mis compañeros no conoció límites cuando advertí en seguida una disminución notable de la inteligencia de mis camaradas, á medida que se hinchaba su vientre y engordaba su individuo. Acabaron por embrutecerse del todo á fuerza de comer, y cuando tuvieron el aspecto de unas bestias buenas para el matadero, se les confió á la vigilancia de un pastor, que á diario les llevaba á pacer en el prado.

En cuanto á mí, por una parte el hambre, y el miedo por otra, hicieron de mi persona la sombra

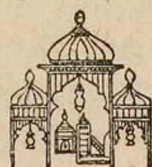
de mí mismo y la carne se me secó encima del hueso. Así es que, cuando los indígenas de la isla me vieron tan delgado y seco, no se ocuparon ya de mí y me olvidaron enteramente, juzgándome sin duda indigno de servirme asado ni siquiera á la parrilla ante su rey.

Tal falta de vigilancia por parte de aquellos insulares negros y desnudos me permitió un día alejarme de su vivienda y marchar en dirección opuesta á ella. En el camino me encontré al pastor que llevaba á pacer á mis desgraciados compañeros, embrutecidos por culpa de su vientre. Me di prisa á esconderme entre las hierbas altas, andando y corriendo para perderlos de vista, pues su aspecto me producía torturas y tristeza.

Ya se había puesto el sol, y yo no dejaba de andar. Continué camino adelante toda la noche, sin sentir necesidad de dormir, porque me despabilaba el miedo de caer en manos de los negros comedores de carne humana. Y anduve aún durante todo el otro día, y también los seis siguientes, sin perder mas que el tiempo necesario para hacer una comida diaria que me permitiese seguir mi carrera en pos de lo desconocido. Y por todo alimento cogía hierbas y me comía las indispensables para no sucumbir de hambre.

Al amanecer del octavo día...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGO LA 303.ª NOCHE

Ella dijo:

...Al amanecer del octavo día llegué á la orilla opuesta de la isla y me encontré con hombres como yo, blancos y vestidos con trajes, que se ocupaban en quitar granos de pimienta de los árboles de que estaba cubierta aquella región. Cuando me advirtieron, se agruparon en torno mío y me hablaron en mi lengua, el árabe, que no escuchaba yo desde hacía tiempo. Me preguntaron quién era y de dónde venía. Contesté: «¡Oh buenas gentes, soy un pobre extranjero!» Y les enumeré cuantas desgracias y peligros había experimentado. Mi relato les asombró maravillosamente, y me felicitaron por haber podido escapar de los devoradores de carne humana; me ofrecieron de comer y de beber, me dejaron reposar una hora, y después me llevaron á su barca para presentarme á su rey, cuya residencia se hallaba en otra isla vecina.

La isla en que reinaba este rey tenía por capital una ciudad muy poblada, abundante en todas las cosas de la vida, rica en zocos y en mercaderes cuyas tiendas aparecían provistas de objetos preciosos, cruzada por calles en que circulaban

numerosos jinetes en caballos espléndidos, aunque sin sillas ni estribos. Así es que cuando me presentaron al rey, tras de las zalemas hube de participarle mi asombro por ver cómo los hombres montaban á pelo en los caballos. Y le dije: «¿Por qué motivo, ¡oh mi señor y soberano! no se usa aquí la silla de montar? ¡Es un objeto tan cómodo para ir á caballo! ¡Y además aumenta el dominio del jinete!»

Sorprendióse mucho de mis palabras el rey, y me preguntó: «¿Pero en qué consiste una silla de montar? ¡Se trata de una cosa que nunca en nuestra vida vimos!» Yo le dije: «¿Quieres, entonces, que te confeccione una silla, para que puedas comprobar su comodidad y experimentar sus ventajas?» Me contestó: «¡Sin duda!»

Dije que pusieran á mis órdenes un carpintero hábil, y le hice trabajar á mi vista la madera de una silla conforme exactamente á mis indicaciones. Y permanecí junto á él hasta que la terminó. Entonces yo mismo forré la madera de la silla con lana y cuero, y acabé guarneciéndola alrededor con bordados de oro y borlas de diversos colores. Hice que viniese á mi presencia luego un herrero, al cual le enseñé el arte de confeccionar un bocado y estribos; y ejecutó perfectamente estas cosas, porque no le perdí de vista un instante.

Cuando estuvo todo en condiciones, escogí el caballo más hermoso de las cuadras del rey, y le ensillé y embridé, y le enjaecé espléndidamente,

sin olvidarme de ponerle diversos accesorios de adorno, como largas gualdrapas, borlas de seda y oro, penacho y collera azul. Y fuí en seguida á presentárselo al rey, que lo esperaba con mucha impaciencia desde hacía algunos días.

Inmediatamente lo montó el rey, y se sintió tan á gusto y le satisfizo tanto la invención, que me probó su contento con regalos suntuosos y grandes prodigalidades.

Cuando el gran visir vió aquella silla y comprobó su superioridad, me rogó que le hiciera una parecida. Y yo accedí gustoso. Entonces todos los notables del reino y los altos dignatarios quisieron asimismo tener una silla, y me hicieron la oportuna demanda. Y tanto me obsequiaron, que en poco tiempo hube de convertirme en el hombre más rico y considerado de la ciudad.

Me había hecho amigo del rey, y un día que fuí á verle, según era mi costumbre, se encaró conmigo, y me dijo: «¡Ya sabes, Sindbad, que te quiero mucho! En mi palacio llegaste á ser como de mi familia, y no puedo pasarme sin ti ni soportar la idea de que venga un día en que nos dejes. ¡Deseo, pues, pedirte una cosa sin que me la rehuses!» Contesté: «¡Ordena, ¡oh rey! ¡Tu poder sobre mí lo consolidaron tus beneficios y la gratitud que te debo por todo el bien que de ti recibí desde mi llegada á este reino!» Contestó él: «Deseo casarte entre nosotros con una mujer bella, bonita, perfecta, rica en oro y en cualidades, con el fin de que ella

te decida á permanecer siempre en nuestra ciudad y en mi palacio. ¡Espero, pues, de ti que no rechaces mi ofrecimiento y mis palabras!»

Al oir aquel discurso quedé confundido, bajé la cabeza y no pude responder de tanta timidez como me embargaba. De manera que el rey me preguntó: «¿Por qué no me contestas, hijo mío?» Yo repliqué: «¡Oh rey del tiempo, tus deseos son los míos y en mí tienes un esclavo!» Al punto envió él á buscar al kadí y á los testigos, y acto seguido dióme por esposa á una mujer noble de alto rango, poderosamente rica, dueña de propiedades edificadas y de tierras, y dotada de gran belleza. Al propio tiempo, me hizo el regalo de un palacio completamente amueblado, con sus esclavos de ambos sexos y un tren de casa verdaderamente regio.

Desde entonces viví en medio de una tranquilidad perfecta y llegué al límite del desahogo y el bienestar. Y de antemano me regocijaba la idea de poder un día escaparme de aquella ciudad y volver á Bagdad con mi esposa; porque la amaba mucho, y ella también me amaba, y nos llevábamos muy bien. Pero cuando el Destino dispone algo, ningún poder humano logra torcer su curso. ¿Y qué criatura puede conocer el porvenir? Aún había yo de comprobar una vez más ¡ay! que todos nuestros proyectos son juegos infantiles ante los designios del Destino.

Un día, por orden de Alah, murió la esposa de

mi vecino. Como el tal vecino era amigo mío, fuí á verle y traté de consolarle, diciéndole: «¡No te aflijas más de lo permitido, ¡oh vecino mío! ¡Pronto te indemnizará Alah dándote una esposa más bendita todavía! ¡Prolongue Alah tus días!» Pero mi vecino, asombrado de mis palabras, levantó la cabeza y me dijo: «¿Cómo puedes desearme larga vida, cuando bien sabes que sólo me queda ya una hora de vivir?» Entonces me asombré á mi vez y le dije: «¿Por qué hablas así, vecino mío, y á qué vienen semejantes presentimientos? ¡Gracias á Alah, eres robusto y nada te amenaza! ¿Pretendes, pues, matarte por tu propia mano?» Contestó: «¡Ah! Bien veo ahora tu ignorancia acerca de los usos de nuestro país. Sabe, pues, que la costumbre quiere que todo marido vivo sea enterrado vivo con su mujer cuando ella muere, y que toda mujer viva sea enterrada viva con su marido cuando muere él. ¡Es cosa inviolable! ¡Y en seguida debo ser enterrado vivo yo con mi mujer muerta! ¡Aquí ha de cumplir tal ley, establecida por los antepasados, todo el mundo, incluso el rey!»

Al escuchar aquellas palabras, exclamé: «¡Por Alah, qué costumbre tan detestable! ¡Jamás podré conformarme con ella!»

Mientras hablábamos en estos términos, entraron los parientes y amigos de mi vecino y se dedicaron, en efecto, á consolarle por su propia muerte y la de su mujer. Tras de lo cual, se procedió á los funerales. Pusieron en un ataúd descubierto el

cuerpo de la mujer, después de revestirla con los trajes más hermosos y adornarla con las más preciosas joyas. Luego se formó el acompañamiento; el marido iba á la cabeza, detrás del ataúd, y todo el mundo, incluso yo, se dirigió al sitio del entierro.

Salimos de la ciudad, llegando á una montaña que daba sobre el mar. En cierto paraje vi una especie de pozo inmenso, cuya tapa de piedra levantaron en seguída. Bajaron por allí el ataúd donde yacía la mujer muerta adornada con sus alhajas; luego se apoderaron de mi vecino, que no opuso ninguna resistencia; por medio de una cuerda le bajaron hasta el fondo del pozo, proveyéndole de un cántaro con agua y siete panes. Hecho lo cual, taparon el brocal del pozo con las piedras grandes que lo cubrían, y nos volvimos por donde habíamos ido.

Asistí á todo esto en un estado de alarma inconcebible, pensando: «¡La cosa es aún peor que todas cuantas he visto!» Y no bien regresé á palacio, corrí en busca del rey y le dije: «¡Oh señor mío! ¡muchos paises recorrí hasta hoy; pero en ninguna parte vi una costumbre tan bárbara como esa de enterrar al marido vivo con su mujer muerta! Por tanto, desearía saber, ¡oh rey del tiempo! si el extranjero ha de cumplir también esta ley al morir su esposa.» El rey contestó: «¡Sin duda que se le enterrará con ella!»

Cuando hube oído aquellas palabras, sentí que en el hígado me estallaba la vejiga de la hiel á

causa de la pena, salí de allí loco de terror y marché á mi casa, temiendo ya que hubiese muerto mi esposa durante mi ausencia y que se me obligase á sufrir el horroroso suplicio que acababa de presenciar. En vano intenté consolarme diciendo: «¡Tranquilízate, Sindbad! ¡Seguramente morirás tú primero! ¡Por consiguiente, no tendrás que ser enterrado vivo!» Tal consuelo de nada había de servirme, porque poco tiempo después mi mujer cayó enferma, guardó cama algunos días y murió, á pesar de todos los cuidados con que no cesé de rodearla día y noche.

Entonces mi dolor no tuvo límites; porque si realmente resultaba deplorable el hecho de ser devorado por los comedores de carne humana, no lo resultaba menos el de ser enterrado vivo. Cuando vi que el rey iba personalmente á mi casa para darme el pésame por mi entierro, no dudé ya de mi suerte. El soberano quiso hacerme el honor de asistir, acompañado por todos los personajes de la corte, á mi entierro, yendo al lado mío á la cabeza del acompañamiento, detrás del ataúd en que yacía muerta mi esposa, cubierta con sus joyas y adornada con todos sus atavíos.

Cuando estuvimos al pie de la montaña que daba sobre el mar, se abrió el pozo en cuestión, haciendo bajar al fondo del agujero el cuerpo de mi esposa; tras de lo cual, todos los concurrentes se acercaron á mí y me dieron el pésame, despidiéndose. Entonces yo quise intentar que el rey y los con-

currentes me dispensaran de aquella prueba, y exclamé llorando: «¡Soy extranjero, y no parece justo que me someta á vuestra ley! ¡Además, en mi país tengo una esposa que vive é hijos que necesitan de mí!»

Pero en vano hube de gritar y sollozar, porque cogiéronme sin escucharme, me echaron cuerdas por debajo de los brazos, sujetaron á mi cuerpo un cántaro de agua y siete panes, como era costumbre, y me descolgaron hasta el fondo del pozo. Cuando llegué abajo, me dijeron: «¡Desátate, para que nos llevemos las cuerdas!» Pero no quise desligarme y continué con ellas, por si se decidían á subirme de nuevo. Entonces abandonaron las cuerdas, que cayeron sobre mí, taparon otra vez con las grandes piedras el brocal del pozo y se fueron por su camino, sin escuchar mis gritos que movían á piedad...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 304.ª NOCHE

Ella dijo:

...sin escuchar mis gritos que movían á piedad.

Á poco me obligó á taparme las narices la hediondez de aquel lugar subterráneo. Pero no me

impidió inspeccionar, merced á la escasa luz que descendía de lo alto, aquella gruta mortuoria llena de cádaveres antiguos y recientes. Era muy espaciosa, y se dilataba hasta una distancia que mis ojos no podían sondear. Entonces me tiré al suelo llorando, y exclamé: «¡Bien merecida tienes tu suerte, Sindbad de alma insaciable! Y luego, ¿qué necesidad tenías de casarte en esta ciudad? ¡Ah! ¿Por qué no perecistes en el valle de los diamantes, ó por qué no te devoraron los comedores de hombres? ¡Era preferible que te hubiese tragado el mar en uno de tus naufragios y no tendrías que sucumbir ahora á tan espantosa muerte!» Y al punto comencé á golpearme con fuerza en la cabeza, en el estómago y en todo mi cuerpo. Sin embargo, acosado por el hambre y la sed, no me decidí á dejarme morir de inanición, y desaté de la cuerda los panes y el cántaro de agua, y comi y bebí, aunque con prudencia, en previsión de los siguientes días.

De esto modo viví durante algunos días, habituándome paulatinamente al olor insoportable de aquella gruta, y para dormir me acostaba en un lugar que tuve buen cuidado de limpiar de los huesos que en él aparecían. Pero no podía retrasar más el momento en que se me acabaran el pan y el agua. Y llegó ese momento. Entonces, poseído por la más absoluta desesperación, hice mi acto de fe, y ya iba á cerrar los ojos para aguardar la muerte, cuando vi abrirse por encima de mi cabeza el agujero del pozo y descender en un ataúd á un

hombre muerto, y tras de él su esposa con los siete panes y el cántaro de agua.

Entonces esperé á que los hombres de arriba tapasen de nuevo el brocal, y sin hacer el menor ruido, muy sigilosamente, cogí un gran hueso de muerto y me arrojé de un salto sobre la mujer, rematándola de un golpe en la cabeza; y para cerciorarme de su muerte, todavía la propiné un segundo y un tercer golpe con toda mi fuerza. Me apoderé entonces de los siete panes y del agua, con lo que tuve provisiones para algunos días.

Al cabo de ese tiempo, abrióse de nuevo el orificio, y esta vez descendieron una mujer muerta y un hombre. Con objeto de seguir viviendo—¡porque el alma es preciosa!—no dejé de rematar al hombre, robándole sus panes y su agua. Y así continué viviendo durante algún tiempo, matando en cada oportunidad á la persona á quien se enterraba viva y robándola sus provisiones.

Un día entre los días, dormía yo en mi sitio de costumbre, cuando me desperté sobresaltado al oír un ruido insólito. Era cual un resuello humano y un rumor de pasos. Me levanté y cogí el hueso que me servía para rematar á los individuos enterrados vivos, dirigiéndome al lado de donde parecía venir el ruido. Después de dar unos pasos, creí entrever algo que huía resollando con fuerza. Entonces, siempre armado con mi hueso, perseguí mucho tiempo á aquella especie de sombra fugitiva, y continué corriendo en la obscuridad tras ella, y

tropezando á cada paso con los huesos de los muertos; pero de pronto creí ver en el fondo de la gruta como una estrella luminosa que tan pronto brillaba como se extinguía. Proseguí avanzando en la misma dirección, y conforme avanzaba veía aumentar y ensancharse la luz. Sin embargo, no me atreví á creer que fuese aquello una salida por donde pudiese escaparme, y me dije: «¡Indudablemente debe ser un segundo agujero de este pozo por el que bajan ahora algún cadáver!» Así, que cuál no sería mi emoción al ver que la sombra fugitiva, que no era otra cosa que un animal, saltaba con ímpetu por aquel agujero. Entonces comprendí que se trataba de una brecha abierta por las fieras para ir á comerse en la gruta los cadáveres. Y salté detrás del animal y me hallé al aire libre bajo el cielo.

Al darme cuenta de la realidad caí de rodillas, y con todo mi corazón di gracias al Altísimo por haberme libertado, y calmé y tranquilicé mi alma.

Miré entonces al cielo, y vi que me encontraba al pie de una montaña junto al mar; y observé que la tal montaña no debía comunicarse de ninguna manera con la ciudad, por lo escarpada é impracticable que era. Efectivamente, intenté ascender por ella, pero en vano. Entonces, para no morirme de hambre, entré en la gruta por la brecha en cuestión y cogí pan y agua; y volví á alimentarme bajo el cielo, verificándolo con bastante mejor apetito que mientras duró mi estancia entre los muertos.

Todos los días continué yendo á la gruta para quitarles los panes y el agua, matando, á los que se enterraba vivos. Luego tuve la idea de recoger todas las joyas de los muertos, diamantes, brazaletes, collares, perlas, rubíes, metales cincelados, telas preciosas y cuantos objetos de oro y plata había por allí. Y poco á poco iba transportando mi botín á la orilla del mar, esperando que llegara día en que pudiese salvarme con tales riquezas. Y para que todo estuviese preparado, hice fardos bien envueltos en los trajes de los hombres y mujeres de la gruta.

Estaba yo sentado un día á la orilla del mar, pensando en mis aventuras y en mi actual estado, cuando vi que pasaba un navío por cerca de la montaña. Me levanté en seguida, desarrollé la tela de mi turbante y me puse á agitarla con bruscos ademanes y dando muchos gritos mientras corría por la costa. Gracias á Alah, la gente del navío advirtió mis señales, y destacaron una barca para que fuese á recogerme y transportarme á bordo. Me llevaron con ellos y también se encargaron muy gustosos de mis fardos.

Cuando estuvimos á bordo, el capitán se acercó á mí y me dijo: «¿Quién eres y cómo te encontrabas en esa montaña donde nunca vi mas que animales salvajes y aves de rapiña, pero no un ser humano, desde que navego por estos parajes? Contesté: «¡Oh señor mío, soy un pobre mercader extranjero en estas comarcas! Embarqué en un navío

enorme que naufragó junto á esta costa; y gracias á mi valor y á mi resistencia, yo solo entre mis compañeros pude salvarme de perecer ahogado y salvé conmigo mis fardos de mercancías, poniéndolos en una tabla grande que me proporcioné cuando el navío vióse á merced de las olas. El Destino y mi suerte me arrojaron á esa orilla, y Alah ha querido que no muriese yo de hambre y de sed.» Y esto fué lo que dije al capitán, guardándome mucho de decirle la verdad sobre mi matrimonio y mi enterramiento, no fuera que á bordo hubiese alguien de la ciudad donde reinaba la espantosa costumbre de que estuve á punto de ser víctima.

Al acabar mi discurso al capitán, saqué de uno de mis paquetes un hermoso objeto de precio y se lo ofrecí como presente, para que me tuviese consideración durante el viaje. Pero con gran sorpresa por mi parte, dió prueba de un raro desinterés, sin querer aceptar mi obsequio, y me dijo con acento benévolo: «No acostumbro á hacerme pagar las buenas acciones. No eres el primero á quien hemos recogido en el mar. Á otros náufragos socorrimos, transportándoles á su país, ¡por Alah! y no sólo nos negamos á que nos pagaran, sino que, como carecían de todo, les dimos de comer y de beber y les vestimos, y siempre ¡por Alah! hubimos de proporcionarles lo preciso para subvenir á sus gastos de viaje. ¡Porque el hombre se debe á sus semejantes, por Alah!»

Al escuchar tales palabras, di gracias al capi-

tán é hice votos en su favor, deseándole larga vida, en tanto que él ordenaba desplegar las velas y ponía en marcha al navío.

Durante días y días navegamos en excelentes condiciones, de isla en isla y de mar en mar, mientras yo me pasaba las horas muertas deliciosamente tendido, pensando en mis extrañas aventuras y preguntándome si en realidad había yo experimentado todos aquellos sinsabores ó si no eran un sueño. Y al recordar algunas veces mi estancia en la gruta subterránea con mi esposa muerta, creía volverme loco de espanto.

Pero al fin, por obra y gracia de Alah, llegamos con buena salud á Bassra, donde no nos detuvimos mas que algunos días, entrando luego en Bagdad.

Entonces, cargado con riquezas infinitas, tomé el camino de mi calle y de mi casa, adonde entré y encontré á mis parientes y á mis amigos; festejaron mi regreso y se regocijaron en extremo, felicitándome por mi salvación. Yo, entonces, guardé con cuidado en los armarios mis tesoros, sin olvidarme de distribuir muchas limosnas á los pobres, á las viudas y á los huérfanos, así como valiosas dádivas entre mis amigos y conocimientos. Y desde entonces no cesé de entregarme á todas las diversiones y á todos los placeres en compañía de personas agradables.

¡Pero cuanto os conté hasta aquí no es nada, verdaderamente, en comparación de lo que me reservo para contároslo mañana, si Alah quiere!»

¡Así habló aquel día Sindbad! Y no dejó de mandar que dieran cien monedas de oro al cargador, invitándole á cenar con él, en compañía asimismo de los notables que se hallaban presentes. Y todo el mundo maravillóse de aquello.

En cuanto á Sindbad el Cargador...

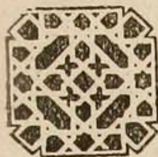
En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



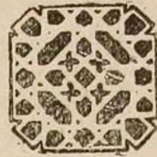
PERO CUANDO LLEGÓ LA 306.ª NOCHE

Ella dijo:

...En cuanto á Sindbad el Cargador, llegó á su casa, donde soñó toda la noche con el relato asombroso. Y cuando al día siguiente estuvo de vuelta en casa de Sindbad el Marino, todavía se hallaba emocionado á causa del enterramiento de su huésped. Pero como ya habían extendido el mantel, se hizo sitio entre los demás, y comió, y bebió, y bendijo al Bienhechor. Tras de lo cual, en medio del general silencio, escuchó lo que contaba Sindbad el Marino.



La quinta historia de las historias de Sindbad el Marino, que trata del quinto viaje



Dijo Sindbad:

«Sabed, ¡oh amigos míos! que al regresar del cuarto viaje me dediqué á hacer una vida de alegría, de placeres y de diversiones, y con ello olvidé en seguida mis pasados sufrimientos, y sólo me acordé de las ganancias admirables que me proporcionaron mis aventuras extraordinarias. Así es que no os asombraréis si os digo que no dejé de atender á mi alma, la cual induciame á nuevos viajes por los países de los hombres.

Me aposté, pues, á seguir aquel impulso, y compré las mercaderías que á mi experiencia parecieron de más fácil salida y de ganancia segura y fructífera; hice que las encajonasen, y partí con ellas para Bassra.

Allí fuí á pasearme por el puerto, y vi un navío grande, nuevo completamente, que me gustó mucho y que acto seguido compré para mí solo. Contraté á mi servicio á un buen capitán experimentado y á los necesarios marineros. Después mandé que cargaran las mercaderías mis esclavos, á los cuales mantuve á bordo para que me sirvieran. También acepté en calidad de pasajeros

á algunos mercaderes de buen aspecto, que me pagaron honradamente el precio del pasaje. De esta manera, convertido entonces en dueño de un navío, podía ayudar al capitán con mis consejos, merced á la experiencia que adquirí en asuntos marítimos.

Abandonamos Bassra con el corazón confiado y alegre, deseándonos mutuamente todo género de bendiciones. Y nuestra navegación fué muy feliz, favorecida de continuo por un viento propicio y un mar clemente. Y después de haber hecho diversas escalas con objeto de vender y comprar, arribamos un día á una isla completamente deshabitada y desierta, y en la cual se veía como única vivienda una cúpula blanca. Pero al examinar más de cerca aquella cúpula blanca, adiviné que se trataba de un huevo de rokh. Me olvidé de advertirlo á los pasajeros, los cuales, una vez que desembarcaron, no encontraron para entretenerse nada mejor que tirar gruesas piedras á la superficie del huevo; y algunos instantes más tarde sacó del huevo una de sus patas el rokhecillo.

Al verlo, continuaron rompiendo el huevo los mercaderes; luego mataron á la cría del rokh, cortándola en pedazos grandes, y fueron á bordo para contarme la aventura.

Entonces llegué al límite del terror, y exclamé: «¡Estamos perdidos! ¡En seguida vendrán el padre y la madre del rokh para atacarnos y hacernos perecer! ¡Hay que alejarse, pues, de esta isla lo más

de prisa posible!» Y al punto desplegamos la vela y nos pusimos en marcha, ayudados por el viento.

En tanto, los mercaderes ocupábanse en asar los cuartos del rokh; pero no habían empezado á saborearlos, cuando vimos sobre los ojos del sol dos gruesas nubes que lo tapaban completamente. Al hallarse más cerca de nosotros estas nubes, advertimos no eran otra cosa que dos gigantescos rokhs, el padre y la madre del muerto. Y les oímos batir las alas y lanzar graznidos más terribles que el trueno. Y en seguida nos dimos cuenta de que estaban precisamente encima de nuestras cabezas, aunque á una gran altura, sosteniendo cada cual en sus garras una roca enorme, mayor que nuestro navío.

Al verlo no dudamos ya de que la venganza de los rokhs nos perdería. Y de repente uno de los rokhs dejó caer desde lo alto la roca en dirección al navío. Pero el capitán tenía mucha experiencia; maniobró con la barra tan rápidamente, que el navío viró á un lado, y la roca, pasando junto á nosotros, fué á dar en el mar, el cual abrióse de tal modo, que vimos su fondo, y el navío se alzó, bajó y volvió á alzarse espantablemente. Pero quiso nuestro destino que en aquel mismo instante soltase el segundo rokh su piedra, que, sin que pudiésemos evitarlo, fué á caer en la popa, rompiendo el timón en veinte pedazos y hundiendo la mitad del navío. Al golpe, mercaderes y marineros quedaron aplastados ó sumergidos. Yo fuí de los que se sumergieron.

Pero tanto luché con la muerte, impulsado por el instinto de conservar mi alma preciosa, que pude salir á la superficie del agua. Y por fortuna, logré agarrarme á una tabla de mi destrozado navío.

Al fin conseguí ponerme á horcajadas encima de la tabla, y remando con los pies y ayudado por el viento y la corriente, pude llegar á una isla en el preciso instante en que iba á entregar mi último aliento, pues estaba extenuado de fatiga, hambre y sed. Empecé por tenderme en la playa, donde permanecí aniquilado una hora, hasta que descansaron y se tranquilizaron mi alma y mi corazón. Me levanté entonces y me interné en la isla, con objeto de reconocerla.

No tuve necesidad de caminar mucho para advertir que aquella vez el Destino me había transportado á un jardín tan hermoso, que podría compararse con los jardines del paraíso. Ante mis ojos extáticos aparecían por todas partes árboles de dorados frutos, arroyos cristalinos, pájaros de mil plumajes diferentes y flores arrebatadoras. Por consiguiente, no quise privarme de comer de aquellas frutas, beber de aquella agua y aspirar aquellas flores; y todo lo encontré lo más excelente posible...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 307.ª NOCHE

Ella dijo:

...y todo lo encontré lo más excelente posible. Así es que no me moví del sitio en que me hallaba, y continué reposando de mis fatigas hasta que acabó el día.

Pero cuando llegó la noche y me vi en aquella isla solo entre los árboles, no pude por menos de tener un miedo atroz, á pesar de la belleza y la paz que me rodeaban; no logré dormirme mas que á medias, y durante el sueño me asaltaron pesadillas terribles en medio de aquel silencio y aquella soledad.

Al amanecer me levanté más tranquilo y avancé en mi exploración. De esta suerte pude llegar junto á un estanque donde iba á dar el agua de un manantial, y á la orilla del estanque hallábase sentado, inmóvil, un venerable anciano cubierto con amplio manto hecho de hojas de árbol. Y pensé para mí: «¡También este anciano debe ser algún náufrago que se refugiara antes que yo en esta isla!»

Me acerqué, pues, á él y le deseé la paz. Me devolvió el saludo, pero solamente por señas y sin

pronunciar palabra. Y le pregunté: «¡Oh venerable jeique! ¿á qué se debe tu estancia en este sitio?» Tampoco me contestó; pero movió con aire triste la cabeza, y con la mano me hizo señas que significaban: «¡Te suplico que me cargues á tu espalda y atravieses el arroyo conmigo, porque quisiera coger frutas en la otra orilla!»

Entonces pensé: «¡Ciertamente, Sindbad, que verificarás una buena acción sirviendo así á este anciano!» Me incliné, pues, y me lo cargué sobre los hombros, atrayendo á mi pecho sus piernas, y con sus muslos él me rodeaba el cuello y la cabeza con sus brazos. Y le transporté por la otra orilla del arroyo hasta el lugar que hubo de designarme; luego me incliné nuevamente y le dije: «¡Baja con cuidado, ¡oh venerable jeique!» ¡Pero no se movió! Por el contrario, cada vez apretaba más sus muslos en torno de mi cuello, y se afianzaba á mis hombros con todas sus fuerzas.

Al darme cuenta de ello llegué al límite del asombro y miré con atención sus piernas. Me parecieron negras y velludas, y ásperas como la piel de un búfalo, y me dieron miedo. Así es que, haciendo un esfuerzo inmenso, quise desenlazarme de su abrazo y dejarle en tierra; pero entonces me apretó él la garganta tan fuertemente, que casi me estranguló y ante mí se obscureció el mundo. Todavía hice un último esfuerzo; pero perdí el conocimiento, casi ya sin respiración, y caí al suelo desvanecido.

Al cabo de algún tiempo volví en mí, observando que, á pesar de mi desvanecimiento, el anciano se mantenía siempre agarrado á mis hombros; sólo había aflojado sus piernas ligeramente para permitir que el aire penetrara en mi garganta.

Cuando me vió respirar, dióme dos puntapiés en el estómago para obligarme á que me incorporara de nuevo. El dolor me hizo obedecer, y me erguí sobre mis piernas, mientras él se afianzaba á mi cuello más que nunca. Con la mano me indicó que anduviera por debajo de los árboles, y se puso á coger frutas y á comerlas. Y cada vez que me paraba yo contra su voluntad ó andaba demasiado de prisa, me daba puntapiés tan violentos que veíame obligado á obedecerle.

Todo aquel día estuvo sobre mis hombros, haciéndome caminar como un animal de carga; y llegada la noche, me obligó á tenderme con él para dormir sujeto siempre á mi cuello. Y á la mañana me despertó de un puntapié en el vientre, obrando como la víspera.

Así permaneció afianzado á mis hombros día y noche sin tregua. Encima de mí hacía todas sus necesidades líquidas y sólidas, y sin piedad me obligaba á marchar, dándome puntapiés y puñetazos.

Jamás había yo sufrido en mi alma tantas humillaciones y en mi cuerpo tan malos tratos como al servicio forzoso de este anciano, más robusto que un joven y más despiadado que un arriero. Y ya no sabía yo de qué medio valerme para desembara-

zarme de él, y deploraba el caritativo impulso que me hizo compadecerle y subirle á mis hombros. Y desde aquel momento me deseé la muerte desde lo más profundo de mi corazón.

Hacía ya mucho tiempo que me veía reducido á tan deplorable estado, cuando un día aquel hombre me obligó á caminar bajo unos árboles de los que colgaban gruesas calabazas, y se me ocurrió la idea de aprovechar aquellas frutas secas para hacer con ellas recipientes. Recogí una gran calabaza seca que había caído del árbol tiempo atrás, la vacié por completo, la limpié, y fuí á una vid para cortar racimos de uvas, que exprimí dentro de la calabaza hasta llenarla. La tapé luego cuidadosamente y la puse al sol, dejándola allí varios días, hasta que el zumo de uvas convirtióse en vino puro. Entonces cogí la calabaza y bebí de su contenido la cantidad suficiente para reponer fuerzas y ayudarme á soportar las fatigas de la carga, pero no lo bastante para embriagarme. Al momento me sentí reanimado y alegre hasta tal punto, que por primera vez me puse á hacer piruetas en todos sentidos con mi carga, sin notarla ya, y á bailar cantando por entre los árboles. Incluso hube de dar palmadas para acompañar mi baile, riendo á carcajadas.

Cuando el anciano me vió en aquel estado inusitado y advirtió que mis fuerzas se multiplicaban hasta el extremo de conducirle sin fatiga, me ordenó por señas que le diese la calabaza. Me contra-

rió bastante la petición; pero le tenía tanto miedo, que no me atreví á negarme; me apresuré, pues, á darle la calabaza de muy mala gana. La tomó en sus manos, la llevó á sus labios, saboreó primero el líquido, para saber á qué atenerse, y como lo encontró agradable, se lo bebió, vaciando la calabaza hasta la última gota y arrojándola después lejos de sí.

En seguida se hizo sentir en su cerebro el efecto del vino; y como había bebido lo suficiente para embriagarse, no tardó en bailar á su manera en un principio, zarandeándose sobre mis hombros, para aplomarse luego con todos los músculos relajados, venciéndose á derecha y á izquierda y sosteniéndose sólo lo preciso para no caerse.

Entonces yo, al sentir que no me oprimía como de costumbre, desanudé de mi cuello sus piernas con un movimiento rápido, y por medio de una contracción de hombros le despedí á alguna distancia, haciéndole rodar por el suelo, en donde quedó sin movimiento. Salté sobre él entonces, y cogiendo de entre los árboles una piedra enorme, le sacudí con ella en la cabeza diversos golpes tan certeros, que le destrocé el cráneo y mezclé su sangre á su carne. ¡Murió! ¡Ojalá no haya tenido Alah nunca compasión de su alma!...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 308.ª NOCHE

Ella dijo:

...¡Ojalá no haya tenido Alah nunca compasión de su alma!

Á la vista de su cádaver, me sentí el alma todavía más aligerada que el cuerpo, y me puse á correr de alegría, y así llegué á la playa, al mismo sitio donde me arrojó el mar cuando el naufragio de mi navío. Quiso el Destino que precisamente en aquel momento se encontrasen allí unos marineros que desembarcaron de un navío anclado para buscar agua y frutas. Al verme, llegaron al límite del asombro, y me rodearon y me interrogaron después de mutuas zalemas. Y les conté lo que acababa de ocurrirme, cómo había naufragado y cómo estuve reducido al estado de perpetuo animal de carga para el jeique á quien hube de matar.

Estupefactos quedaron los marineros con el relato de mi historia, y exclamaron: «¡Es prodigioso que pudieras librarte de ese jeique, conocido por todos los navegantes con el nombre de Anciano del mar! Tú eres el primero á quien no estranguló, porque siempre ha ahogado entre sus muslos á cuantos tuvo á su servicio. ¡Bendito sea Alah, que te libró de él!»

Después de lo cual, me llevaron á su navío, donde su capitán me recibió cordialmente, y me dió vestidos con que cubrir mi desnudez; y luego que le hube contado mi aventura, me felicitó por mi salvación, y nos hicimos á la vela.

Tras varios días y varias noches de navegación, entramos en el puerto de una ciudad que tenía casas muy bien construídas junto al mar. Esta ciudad llamábase la Ciudad de los Monos, á causa de la cantidad prodigiosa de monos que habitaban en los árboles de las inmediaciones.

Bajé á tierra acompañado por uno de los mercaderes del navío, con objeto de visitar la ciudad y procurar hacer algún negocio. El mercader con quien entablé amistad me dió un saco de algodón, y me dijo: «Toma este saco, llénale de guijarros y agrégate á los habitantes de la ciudad que salen ahora de sus muros. Imita exactamente lo que les veas hacer. Y así ganarás muy bien tu vida.»

Entonces hice lo que él me aconsejaba; llené de guijarros mi saco, y cuando terminé aquel trabajo, vi salir de la ciudad á un tropel de personas, igualmente cargada cada cual con un saco parecido al mío. Mi amigo el mercader me recomendó á ellas cariñosamente, diciéndoles: «Es un hombre pobre y extranjero. ¡Llevadle con vosotros para enseñarle á ganarse aquí la vida! ¡Si le hacéis tal servicio, seréis recompensados pródigamente por el Retribuidor!» Ellos contestaron que escuchaban y obedecían, y me llevaron consigo.

Después de andar durante algún tiempo, llegamos á un gran valle, cubierto de árboles tan altos, que resultaba imposible subir á ellos; y estos árboles estaban poblados por los monos, y sus ramas aparecían cargadas de frutos de corteza dura llamados cocos de Indias.

Nos detuvimos al pie de aquellos árboles, y mis compañeros dejaron en tierra los sacos y pusiéronse á apedrear á los monos, tirándoles piedras. Y yo hice lo que ellos. Entonces, furiosos, los monos nos respondieron tirándonos desde lo alto de los árboles una cantidad enorme de cocos. Y nosotros, procurando resguardarnos, recogíamos aquellos frutos y llenábamos nuestros sacos con ellos.

Una vez llenos los sacos, nos los cargamos de nuevo á hombros, y volvimos á emprender el camino de la ciudad, en la cual un mercader me compró el saco, pagándome en dinero. Y de este modo continué acompañando todos los días á los recolectores de cocos y vendiendo en la ciudad aquellos frutos, y así estuve hasta que poco á poco, á fuerza de acumular lo que ganaba, adquirí una fortuna que engrosó por sí sola después de diversos cambios y compras, y me permitió embarcarme en un navío que salía para el Mar de las Perlas.

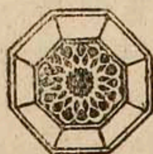
Como tuve cuidado de llevar conmigo una cantidad prodigiosa de cocos, no dejé de cambiarlos por mostaza y canela á mi llegada á diversas islas; y después vendí la mostaza y la canela, y con el dinero que gané me fuí al Mar de las Perlas, donde

contraté buzos por mi cuenta. Fué muy grande mi suerte en la pesca de perlas, pues me permitió realizar en poco tiempo una gran fortuna. Así es que no quise retrasar más mi regreso, y después de comprar, para mi uso personal, madera de áloe de la mejor calidad á los indígenas de aquel país descreído, me embarqué en un barco que se hacía á la vela para Bassra, adonde arribé felizmente después de una excelente navegación. Desde allí salí en seguida para Bagdad, y corrí á mi calle y á mi casa, donde me recibieron con grandes manifestaciones de alegría mis parientes y mis amigos.

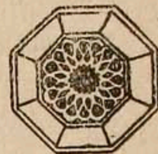
Como volvía más rico que jamás lo había estado, no dejé de repartir en torno mío el bienestar, haciendo muchas dádivas á los necesitados. Y viví en un reposo perfecto desde el seno de la alegría y los placeres.

Pero cenad en mi casa esta noche, ¡oh mis amigos! y no faltéis mañana para escuchar el relato de mi sexto viaje, porque es verdaderamente asombroso y os hará olvidar las aventuras que acabáis de oir, por muy extraordinarias que hayan sido.»

Luego, terminada esta historia, Sindbad el Marino, según su costumbre, hizo que entregaran las cien monedas de oro al cargador, que con los demás comensales retiróse maravillado, después de cenar. Y al día siguiente, después de un festín tan suntuoso como el de la víspera, Sindbad el Marino habló en los siguientes términos ante la misma asistencia:



La sexta historia de las historias de Sindbad el Marino, que trata del sexto viaje



«Sabed, ¡oh todos vosotros mis amigos, mis compañeros y mis queridos huéspedes! que al regreso de mi quinto viaje estaba yo un día sentado delante de mi puerta tomando el fresco, y he aquí que llegué al límite del asombro cuando vi pasar por la calle unos mercaderes que al parecer volvían de viaje. Al verlos recordé con satisfacción los días de mis retornos, la alegría que experimentaba al encontrar á mis parientes, amigos y antiguos compañeros, y la alegría, mayor aún, de volver á ver mi país natal; y este recuerdo incitó á mi alma al viaje y al comercio. Resolví, pues, viajar; compré ricas y valiosas mercaderías á propósito para el comercio por mar, mandé cargar los fardos y partí de la ciudad de Bagdad con dirección á la de Bassra. Allí encontré una gran nave llena de mercaderes y de notables, que llevaban consigo mercancías suntuosas. Hice embarcar mis fardos con los suyos á bordo de aquel navío, y abandonamos en paz la ciudad de Bassra...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 309.ª NOCHE

Ella dijo:

...y abandonamos en paz la ciudad de Bassra. No dejamos de navegar de pueblo en pueblo y de ciudad en ciudad, vendiendo, comprando y alegrando la vista con el espectáculo de los países de los hombres, viéndonos favorecidos constantemente por una feliz navegación, que aprovechábamos para gozar de la vida. Pero un día entre los días, cuando nos creíamos en completa seguridad, oímos gritos de desesperación. Era nuestro capitán quien los lanzaba. Al mismo tiempo le vimos tirar al suelo el turbante, golpearse el rostro, mesarse las barbas y dejarse caer en mitad del buque, presa de un pesar inconcebible.

Entonces todos los mercaderes y pasajeros le rodeamos, y le preguntamos: «¡Oh capitán! ¿qué sucede?» El capitán respondió: «Sabed, buena gente aquí reunida, que nos hemos extraviado con nuestro navío, y hemos salido del mar en que estábamos para entrar en otro mar cuya derrota no conocemos. Y si Alah no nos depara algo que nos salve de este mar, quedaremos aniquilados cuantos estamos aquí. ¡Por lo tanto, hay que suplicar á Alah el Altísimo que nos saque de este trance!»

Dicho esto, el capitán se levantó y subió al palo mayor, y quiso arreglar las velas; pero de pronto sopló con violencia el viento y echó al navío hacia atrás tan bruscamente, que se rompió el timón cuando estábamos cerca de una alta montaña. Entonces el capitán bajó del palo, y exclamó: «¡No hay fuerza ni recurso mas que en Alah el Altísimo y Todopoderoso! ¡Nadie puede detener al Destino! ¡Por Alah! ¡Hemos caído en una perdición espantosa, sin ninguna probabilidad de salvarnos!»

Al oir tales palabras, todos los pasajeros se echaron á llorar por propio impulso, y despidiéndose unos de otros, antes de que se acabase su existencia y se perdiera toda esperanza. Y de pronto el navío se inclinó hacia la montaña, y se estrelló y se dispersó en tablas por todas partes. Y cuantos estaban dentro se sumergieron. Y los mercaderes cayeron al mar. Y unos se ahogaron y otros se agarraron á la montaña consabida y pudieron salvarse. Yo fuí uno de los que pudieron agarrarse á la montaña.

Estaba la tal montaña situada en una isla muy grande, cuyas costas aparecían cubiertas por restos de buques naufragados y de toda clase de residuos. En el sitio en que tomamos tierra, vimos á nuestro alrededor una cantidad prodigiosa de fardos, y mercancías, y objetos valiosos de todas clases arrojados por el mar.

Y yo empecé á andar por en medio de aquellas cosas dispersas, y á los pocos pasos llegué á un

riachuelo de agua dulce que, al revés de todos los demás ríos que van á desaguar en el mar, salía de la montaña y se alejaba del mar, para internarse más adelante en una gruta situada al pie de aquella montaña y desaparecer por ella.

Pero había más. Observé que las orillas de aquel río estaban sembradas de piedras, de rubíes, de gemas de todos los colores, de pedrería de todas formas y de metales preciosos. Y todas aquellas piedras preciosas abundaban tanto como los guijarros en el cauce de un río. Así es que todo aquel terreno brillaba y centelleaba con mil reflejos y luces, de manera que los ojos no podían soportar su resplandor.

Noté también que aquella isla contenía la mejor calidad de madera de áloe chino y de áloe comarí.

También había en aquella isla una fuente de ámbar bruto líquido, del color del betún, que manaba como cera derretida por el suelo bajo la acción del sol y salían del mar grandes peces para devorarlo. Y se lo calentaban dentro y lo vomitaban al poco tiempo en la superficie del agua, y entonces se endurecía y cambiaba de naturaleza y color. Y las olas lo llevaban á la orilla, embalsamándola. En cuanto al ámbar que no tragaban los peces, se derretía bajo la acción de los rayos del sol, y esparcía por toda la isla un olor semejante al del almizcle.

He de deciros asimismo que todas aquellas ri-

quezas no le servían á nadie, puesto que nadie pudo llegar á aquella isla y salir de ella vivo ni muerto. En efecto, todo navío que se acercaba á sus costas estrellábase contra la montaña; y nadie podía subir á la montaña, porque era inaccesible.

De modo que los pasajeros que lograron salvarse del naufragio de nuestra nave, y yo entre ellos, quedamos muy perplejos, y estuvimos en la orilla, asombrados con todas las riquezas que teníamos á la vista, y con la mísera suerte que nos aguardaba en medio de tanta suntuosidad.

Así estuvimos durante bastante rato en la orilla, sin saber qué hacer, y después, como habíamos encontrado algunas provisiones, nos las repartimos con toda equidad. Y mis compañeros, que no estaban acostumbrados á las aventuras, se comieron su parte de una vez ó en dos; y no tardaron al cabo de cierto tiempo, variable según la resistencia de cada cual, en sucumbir uno tras otro por falta de alimento. Pero yo supe economizar con prudencia mis víveres y no comí mas que una vez al día, aparte de que había encontrado otras provisiones, de las cuales no dije palabra á mis compañeros.

Los primeros que murieron fueron enterrados por los demás después de lavarles y meterles en sudarios confeccionados con las telas recogidas en la orilla. Con las privaciones vino á complicarse una epidemia de dolores de vientre, originada por

el clima húmedo del mar. Así es que mis compañeros no tardaron en morir hasta el último, y yo abrí con mis manos la huesa del postrer camarada.

En aquel momento ya me quedaban muy pocas provisiones, á pesar de mi economía y prudencia, y como veía acercarse el momento de la muerte, empecé á llorar por mí, pensando: «¿Por qué no sucumbí antes que mis compañeros, que me hubieran rendido el último tributo, lavándome y sepultándome? ¡No hay recurso ni fuerza mas que en Alah el Omnipotente!» Y en seguida empecé á morderme las manos con desesperación...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 310.ª NOCHE

Ella dijo:

...empecé á morderme las manos con desesperación.

Me decidí entonces á levantarme, y empecé á abrir una fosa profunda, diciendo para mí: «Cuando sienta llegar mi último momento, me arrastraré hasta allí y me meteré en la fosa, donde moriré. ¡El viento se encargará de acumular poco á poco la arena encima de mi cabeza, y llenará el hoyo!»

Y mientras verificaba aquel trabajo, me echaba en cara mi falta de inteligencia y mi salida de mi país después de todo lo que me había ocurrido en mis diferentes viajes, y de lo que había experimentado la primera, y la segunda, y la tercera, y la cuarta, y la quinta vez, siendo cada prueba peor que la anterior. Y decía para mí: «¡Cuántas veces te arrepentiste para volver á empezar! ¿Qué necesidad tenías de viajar nuevamente? ¿No poseías en Bagdad riquezas bastantes para gastar sin cuento y sin temor á que se te acabaran nunca los fondos suficientes para dos existencias como la tuya?»

Á estos pensamientos sucedió pronto otra reflexión, sugerida por la vista del río. En efecto, pensé: ¡Por Alah! Ese río indudablemente ha de tener un principio y un fin. Desde aquí veo el principio, pero el fin es invisible. No obstante, ese río que se interna así por debajo de la montaña, sin remedio ha de salir al otro lado por algún sitio. De modo que la única idea práctica para escaparme de aquí, es construir una embarcación cualquiera, meterme en ella y dejarme llevar por la corriente del agua que entra en la gruta. Si es mi destino, ya encontraré de ese modo el medio de salvarme; ¡si no, moriré ahí dentro, y será menos espantoso que perecer de hambre en esta playa!

Me levanté, pues, algo animado por esta idea, y en seguida me puse á ejecutar mi proyecto. Junté grandes haces de madera de áloes comarí y chi-

no; los até sólidamente con cuerdas; coloqué encima grandes tablones recogidos de la orilla y procedentes de los barcos náufragos, y con todo confeccioné una balsa tan ancha como el río, ó mejor dicho, algo menos ancha, pero poco. Terminado este trabajo, cargué la balsa con algunos sacos grandes llenos de rubíes, perlas y toda clase de pedrerías, escogiendo las más gordas, que eran como guijarros, y cogí también algunos fardos de ámbar gris, que elegí muy bueno y libre de impurezas; y no dejé tampoco de llevarme las provisiones que me quedaban. Lo puse todo bien acondicionado sobre la balsa, que cuidé de proveer de dos tablas á guisa de remos, y acabé por embarcarme en ella, confiando en la voluntad de Alah y recordando estos versos del poeta:

¡Amigo, apártate de los lugares en que reina la opresión, y deja que resuene la morada con los gritos de duelo de quienes la construyeron!

¡Encontrarás tierra distinta de tu tierra; pero tu alma es una sola y no encontrarás otra!

¡Y no te aflijas ante los accidentes de las noches, pues por muy grandes que sean las desgracias, siempre tienen un término!

¡Y sabe que aquel cuya muerte fué decretada de antemano en una tierra, no podrá morir en otra!

¡Y en tu desgracia no envíes mensajes á ningún consejero; ningún consejero mejor que el alma propia!

La balsa fué, pues, arrastrada por la corriente bajo la bóveda de la gruta, donde empezó á rozar con aspereza contra las paredes, y también mi cabeza recibió varios choques, mientras que yo, espantado por la obscuridad completa en que me vi de pronto, quería ya volver á la playa. Pero no podía retroceder; la fuerte corriente me arrastraba cada vez más adentro, y el cauce del río tan pronto se estrechaba como se ensanchaba, en tanto que iban haciéndose más densas las tinieblas á mi alrededor, cansándome muchísimo. Entonces, soltando los remos, que por cierto no me servían para gran cosa, me tumbé boca abajo en la balsa, con objeto de no romperme el cráneo contra la bóveda, y no sé cómo fuí insensibilizándome en un profundo sueño.

Debió éste durar un año ó más, á juzgar por la pena que lo originó. El caso es que al despertarme me encontré en plena claridad. Abrí más los ojos y me encontré tendido en la hierba de una vasta campiña, y mi balsa estaba amarrada junto á un río; y alrededor de mí había indios y abisinios.

Cuando me vieron ya despierto aquellos hombres, se pusieron á hablarme, pero no entendí nada de su idioma y no les pude contestar. Empezaba á creer que era un sueño todo aquello, cuando advertí que hacia mí avanzaba un hombre, que me dijo en árabe: «¡La paz contigo, ¡oh hermano nuestro! ¿Quién eres, de dónde vienes y qué motivo te trajo á este país? Nosotros somos labradores que venimos

aquí á regar nuestros campos y plantaciones. Vimos la balsa en que te dormiste y la hemos sujetado y amarrado á la orilla. Después nos aguardamos á que despertaras tú solo, para no asustarte. ¡Cuéntanos ahora qué aventura te condujo á este lugar!» Pero yo contesté: «¡Por Alah sobre ti, ¡oh señor! dame primeramente de comer, porque tengo hambre, y pregúntame luego cuanto gustes!»

Al oir estas palabras, el hombre se apresuró á traerme alimento, y comí hasta que me encontré harto, y tranquilo, y reanimado. Entonces comprendí que recobraba el alma, y di gracias á Alah por lo ocurrido, y me felicité de haberme librado de aquel río subterráneo. Tras de lo cual conté á quienes me rodeaban todo lo que me aconteció, desde el principio hasta el fin.

Cuando hubieron oído mi relato, quedaron maravillosamente asombrados, y conversaron entre sí, y el que hablaba árabe me explicaba lo que se decían, como también les había hecho comprender mis palabras. Tan admirados estaban, que querían llevarme junto á su rey para que oyera mis aventuras. Yo consentí inmediatamente, y me llevaron. Y no dejaron tampoco de transportar la balsa como estaba, con sus fardos de ámbar y sus sacos llenos de pedrería.

El rey, al cual le contaron quién era yo, me recibió con mucha cordialidad, y después de recíprocas zalemas me pidió que yo mismo le contase mis aventuras. Al punto obedecí, y le narré cuanto

me había ocurrido, sin omitir nada. Pero no es necesario repetirlo.

Oído mi relato, el rey de aquella isla, que era la de Serendib, llegó al límite del asombro y me felicitó mucho por haber salvado la vida á pesar de tanto peligro corrido. En seguida quise demostrarle que los viajes me sirvieron de algo, y me apresuré á abrir en su presencia mis sacos y mis fardos.

Entonces el rey, que era muy inteligente en pedrería, admiró mucho mi colección, y yo, por deferencia á él, escogí un ejemplar muy hermoso de cada especie de piedra, como asimismo perlas grandes y pedazos enteros de oro y plata, y se los ofrecí de regalo. Avínose á aceptarlos, y en cambio me colmó de consideraciones y honores, y me rogó que habitara en su propio palacio. Así lo hice, y desde aquel día llegué á ser amigo del rey y uno de los personajes principales de la isla. Y todos me hacían preguntas acerca de mi país, y yo les contestaba y les interrogaba acerca del suyo, y me respondían. Así supe que la isla de Serendib tenía ochenta parasangas de longitud y ochenta de anchura; que poseía una montaña que era la más alta del mundo, en cuya cima había vivido nuestro padre Adán cierto tiempo; que encerraba muchas perlas y piedras preciosas, menos bellas, en realidad, que las de mis fardos, y muchos cocoteros...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 311.ª NOCHE

Ella dijo:

...y muchos cocoteros.

Un día, el rey de Serendib me interrogó acerca de los asuntos públicos de Bagdad y del modo que tenía de gobernar el califa Harún Al-Rachid. Y yo le conté cuán equitativo y magnánimo era el califa y le hablé extensamente de sus méritos y buenas cualidades. Y el rey de Serendib se maravilló y me dijo: «¡Por Alah! ¡Veo que el califa conoce verdaderamente la cordura y el arte de gobernar su Imperio, y acabas de hacer que le tome gran afecto! ¡De modo que desearía prepararle algún regalo digno de él, y enviárselo contigo!» Yo contesté en seguida: «¡Escucho y obedezco, ¡oh mi señor! ¡Ten la seguridad de que entregaré fielmente tu regalo al califa, que llegará al límite del encanto! ¡Y al mismo tiempo le diré cuán excelente amigo suyo eres y que puede contar con tu alianza!»

Oídas estas palabras, el rey de Serendib dió algunas órdenes á sus chambelanes, que se apresuraron á obedecer. Y he aquí en qué consistía el regalo que me dieron para el califa Harún Al-Rachid. Primeramente había una gran vasija talla-

da en un solo rubí de color admirable, que tenía medio pie de altura y un dedo de espesor. Esta vasija, en forma de copa, estaba completamente llena de perlas redondas y blancas, como una avellana cada una. Además, había una alfombra hecha con una enorme piel de serpiente, con escamas grandes como un dinar de oro, que tenía la virtud de curar de todas las enfermedades á quienes se acostaban en ella. En tercer lugar había doscientos granos de alcanfor exquisito, cada cual del tamaño de un alfónsigo. En cuarto lugar había dos colmillos de elefante, de doce codos de largo cada uno y dos de ancho en la base. Y por último había una hermosa joven de Serendib, cubierta de pedrerías.

Al mismo tiempo el rey me entregó una carta para el Emir de los Creyentes, diciéndome: «Discúlpame con el califa de lo poco que vale mi regalo. ¡Y has de decirle lo mucho que le quiero!» Y yo contesté: «¡Escucho y obedezco!» Y le besé la mano. Entonces me dijo: «De todos modos, Sindbad, si prefieres quedarte en mi reino, te tendré sobre mi cabeza y mis ojos; y en ese caso enviaré á otro en tu lugar junto al califa de Bagdad.» Entonces exclamé: «¡Por Alah! Tu esplendidez es gran esplendidez, y me has colmado de beneficios. ¡Pero precisamente hay un barco que va á salir para Bassra y mucho desearía embarcarme en él para volver á ver á mis parientes, á mis hijos y mi tierra!»

Oído esto, el rey no quiso insistir en que me quedase, y mandó llamar inmediatamente al capi-

tán del barco, así como á los mercaderes que iban á ir conmigo, y me recomendó mucho á ellos, encargándoles que me guardaran toda clase de consideraciones. Pagó el precio de mi pasaje y me regaló muchas preciosidades que conservo todavía, pues no pude decidirme á vender lo que me recuerda al excelente rey de Serendib.

Después de despedirme del rey y de todos los amigos que me hice durante mi estancia en aquella isla tan encantadora, me embarqué en la nave, que en seguida se dió á la vela. Partimos con viento favorable y navegamos de isla en isla y de mar en mar, hasta que, gracias á Alah, llegamos con toda seguridad á Bassra, desde donde me dirigí á Bagdad con mis riquezas y el presente destinado al califa.

De modo que lo primero que hice fué encaminarme al palacio del Emir de los Creyentes; me introdujeron en el salón de recepciones, y besé la tierra entre las manos del califa, entregándole la carta y los presentes, y contándole mi aventura con todos sus detalles.

Cuando el califa acabó de leer la carta del rey de Serendib y examinó los presentes, me preguntó si aquel rey era tan rico y poderoso como lo indicaban su carta y sus regalos. Yo contesté: «¡Oh Emir de los Creyentes! Puedo asegurar que el rey de Serendib no exagera. Además, á su poderío y su riqueza añade un gran sentimiento de justicia, y gobierna sabiamente á su pueblo. Es el único kadí

de su reino, cuyos habitantes son, por cierto, tan pacíficos, que nunca suelen tener litigios. ¡Verdaderamente, el rey es digno de tu amistad, ¡oh Emir de los Creyentes!»

El califa quedó satisfecho de mis palabras, y me dijo: «La carta que acabo de leer y tu discurso me demuestran que el rey de Serendib es un hombre excelente que no ignora los preceptos de la sabiduría y sabe vivir. ¡Dichoso el pueblo gobernado por él!» Después el califa me regaló un ropón de honor y ricos presentes, y me colmó de preeminencias y prerrogativas, y quiso que escribieran mi historia los escribas más hábiles para conservarla en los archivos del reino.

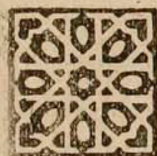
Y me retiré entonces, y corrí á mi calle y á mi casa, y viví en el seno de las riquezas y los honores, entre mis parientes y amigos, olvidando las pasadas tribulaciones y sin pensar mas que en extraer de la existencia cuantos bienes pudiera proporcionarme.

Y tal es mi historia durante el sexto viaje. Pero mañana, ¡oh huéspedes míos! os contaré la historia de mi séptimo viaje, que es más maravilloso, y más admirable, y más abundante en prodigios que los otros seis juntos.»

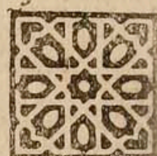
Y Sindbad el Marino mandó poner el mantel para el festín y dió de comer á sus huéspedes, incluso á Sindbad el Cargador, á quien mandó entregaran, antes de que se fuera, cien monedas de oro,

como los demás días. Y el cargador se retiró á su casa, maravillado de cuanto acababa de oir. Y al día siguiente hizo su oración de la mañana y volvió al palacio de Sindbad el Marino.

Cuando estuvieron reunidos todos los invitados, y comieron, y bebieron, y conversaron, y rieron, y oyeron los cantos y la música, se colocaron en corro, graves y silenciosos. Y habló así Sindbad el Marino:



La séptima historia de las historias de Sindbad el Marino, que trata de la 7.ª y última historia



«Sabed, ¡oh amigos míos! que al regreso del sexto viaje di resueltamente de lado á toda idea de emprender en lo sucesivo otros, pues aparte de que mi edad me impedía hacer excursiones lejanas, ya no tenía yo deseos de acometer nuevas aventuras, tras de tanto peligro corrido y tanto mal experimentado. Además, había llegado á ser el hombre más rico de Bagdad, y el califa me mandaba llamar con frecuencia para oir de mis labios el relato de las cosas extraordinarias que en mis viajes vi.

Un día que el califa ordenó que me llamaran, según costumbre, me disponía á contarle una, ó

dos, ó tres de mis aventuras, cuando me dijo: «Sindbad, hay que ir á ver al rey de Serendib para llevarle mi contestación y los regalos que le destino. ¡Nadie conoce como tú el camino de esa tierra, cuyo rey se alegrará mucho de volver á verte. ¡Prepárate, pues, á salir hoy mismo, porque no me estaría bien quedar en deuda con el rey de aquella isla, ni sería digno retrasar más la respuesta y el envío!»

Ante mi vista se ennegreció el mundo, y llegué al límite de la perplejidad y la sorpresa al oir estas palabras del califa. Pero logré dominarme, para no caer en su desagrado. Y aunque había hecho voto de no volver á salir de Bagdad, besé la tierra entre las manos del califa, y contesté oyendo y obedeciendo. Entonces ordenó que me dieran mil dinares de oro para mis gastos de viaje, y me entregó una carta de su puño y letra y los regalos destinados al rey de Serendib.

Y he aquí en qué consistían los regalos: en primer lugar una magnífica cama, completa, de terciopelo carmesí, que valía una cantidad enorme de dinares de oro; además, había otra cama de otro color, y otra de otro; había también cien trajes de tela fina y bordada de Kufa y Alejandría, y cincuenta de Bagdad. Había una vasija de cornalina blanca, procedente de tiempos muy remotos, en cuyo fondo figuraba un guerrero armado con su arco tirante contra un león. Y había otras muchas cosas que sería prolijo enumerar, y un tronco de caballos de la más pura raza árabe...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 312.ª NOCHE

Ella dijo:

...un tronco de caballos de la más pura raza árabe.

Entonces me vi obligado á partir, contra mi gusto aquella vez, y me embarqué en una nave que salía de Bassra.

Tanto nos favoreció el destino, que á los dos meses, día tras día, llegamos á Serendib con toda seguridad. Y me apresuré á llevar al rey la carta y los obsequios del Emir de los Creyentes.

Al verme, se alegró y satisfizo al rey, quedando muy complacido de la cortesía del califa. Quiso entonces retenerme á su lado una larga temporada, pero yo no accedí á quedarme mas que el tiempo preciso para descansar. Después de lo cual me despedí de él, y colmado de consideraciones y regalos, me apresuré á embarcarme de nuevo para tomar el camino de Bassra, por donde había ido.

Al principio nos fué favorable el viento, y el primer sitio á que arribamos fué una isla llamada la isla de Sin. Y realmente, hasta entonces habíamos estado contentísimos, y durante toda

la travesía hablábamos unos con otros, conversando tranquila y agradablemente acerca de mil cosas.

Pero un día, á la semana después de haber dejado la isla, en la cual los mercaderes habían hecho varios cambios y compras, mientras estábamos tendidos tranquilos, como de costumbre, estalló de pronto sobre nuestras cabezas una tormenta terrible y nos inundó una lluvia torrencial. Entonces nos apresuramos á tender tela de cáñamo encima de nuestros fardos y mercancías, para evitar que el agua los estropease, y empezamos á suplicar á Alah que alejase el peligro de nuestro camino.

En tanto permanecíamos en aquella situación, el capitán del buque se levantó, apretóse el cinturón á la cintura, se remangó las mangas y la ropa, y después subió al palo mayor, desde el cual estuvo mirando bastante tiempo á derecha é izquierda. Luego bajó con la cara muy amarilla, nos miró con aspecto completamente desesperado, y en silencio empezó á golpearse el rostro y á mesarse las barbas. Entonces corrimos hacia él muy asustados, y le preguntamos: «¿Qué ocurre?» Y él contestó: «¡Pedidle á Alah que nos saque del abismo en que hemos caído! ¡Ó más bien, llorad por todos y despedíos unos de otros! ¡Sabed que la corriente nos ha desviado de nuestro camino, arrojándonos á los confines de los mares del mundo!»

Y después de haber hablado así, el capitán abrió

un cajón, y sacó de él un saco de algodón, del cual extrajo polvo que parecía ceniza. Mojó el polvo con un poco de agua, esperó algunos momentos, y se puso luego á aspirar aquel producto. Después sacó del cajón un libro pequeño, leyó entre dientes algunas páginas, y acabó por decirnos: «Sabed, ¡oh pasajeros! que el libro prodigioso acaba de confirmar mis suposiciones. La tierra que se dibuja ante nosotros en lontananza es la tierra conocida con el nombre de Clima de los Reyes. Ahí se encuentra la tumba de nuestro señor Soleimán ben-Daúd. (¡Con ambos la plegaria y la paz!) Ahí se crían monstruos y serpientes de espantable catadura. Además, el mar en que nos encontramos está habitado por monstruos marinos que se pueden tragar de un bocado los navíos mayores con cargamento y pasajeros! ¡Ya estáis avisados! ¡Adiós!»

Cuando oímos estas palabras del capitán, quedamos de toda punto estupefactos, y nos preguntábamos qué espantosa catástrofe iría á pasar, cuando de pronto nos sentimos levantados con barco y todo, y después hundidos bruscamente, mientras se alzaba del mar un grito más terrible que el trueno. Tan espantados quedamos, que dijimos nuestra última oración, y permanecimos inertes como muertos. Y de improviso vimos que sobre el agua revuelta y delante de nosotros avanzaba hacia el barco un monstruo tan alto y tan grande como una montaña, y después otro monstruo mayor, y detrás otro tan enorme como los dos juntos. Este

último brincó de pronto por el mar, que se abría como una sima, mostró una boca más profunda que un abismo, y se tragó las tres cuartas partes del barco con cuanto contenía. Yo tuve el tiempo justo para retroceder hacia lo alto del buque y saltar al mar, mientras el monstruo acababa de tragarse la otra cuarta parte, y desaparecía en las profundidades con sus dos compañeros.

Logré agarrarme á uno de los tablones que habían saltado del barco al darle la dentellada el monstruo marino, y después de mil dificultades pude llegar á una isla que afortunadamente estaba cubierta de árboles frutales y regada por un río de agua excelente. Pero noté que la corriente del río era rápida hasta el punto de que el ruido que hacía oíase muy á lo lejos. Entonces, al recordar cómo me salvé de la muerte en la isla de las pedrerías, concebí la idea de construir una balsa igual á la anterior y dejarme llevar por la corriente. En efecto, á pesar de lo agradable de aquella isla nueva, yo pretendía volver á mi país. Y pensaba: «Si logro salvarme, todo irá bien, y haré voto de no pronunciar siquiera la palabra «viaje», y de no pensar en tal cosa durante el resto de mi vida. ¡En cambio, si perezco en la tentativa, todo irá bien asimismo, porque acabaré definitivamente con peligros y tribulaciones.»

Me levanté, pues, inmediatamente, y después de haber comido alguna fruta, recogí muchas ramas grandes, cuya especie ignoraba entonces, aunque

luego supe eran de sándalo, de la calidad más estimada por los mercaderes, á causa de su rareza. Después empecé á buscar cuerdas y cordeles, y al principio no los encontré; pero vi en los árboles unas plantas trepadoras y flexibles, muy fuertes, que podían servirme. Corté las que me hicieron falta, y las utilicé para atar entre sí las ramas grandes de sándalo. Preparé de este modo una enorme balsa, en la cual coloqué fruta en abundancia, y me embarqué, diciendo: «¡Si me salvo, lo habrá querido Alah!»

Apenas subí á la balsa y me hube separado de la orilla, me vi arrastrado con una rapidez espantosa por la corriente, y sentí vértigos, y caí desmayado encima del montón de fruta, exactamente igual que un pollo borracho.

Al recobrar el conocimiento, miré á mi alrededor, y quedé más inmóvil de espanto que nunca, y ensordecido por un ruido como el del trueno. El río no era mas que un torrente de espuma hirviente, y más veloz que el viento, que, chocando con estrépito contra las rocas, se lanzaba hacia un precipicio que adivinaba yo más que veía. ¡Indudablemente iba á hacerme pedazos en él, despeñándome sabe quién desde qué altura!

Ante esta idea aterradora, me agarré con todas mis fuerzas á las ramas de la balsa, y cerré los ojos instintivamente para no verme aplastado y destrozado, é invoqué el nombre de Alah antes de morir. Y de pronto, en vez de rodar hasta el

abismo, comprendí que la balsa se paraba bruscamente encima del agua, y abrí los ojos un minuto por saber á qué distancia estaba de la muerte, y no fué para verme estrellado contra los peñascos, sino cogido con mi balsa en una inmensa red que unos hombres echaron sobre mí desde la ribera. De esta suerte me hallé cogido y llevado á tierra, y allí me sacaron medio vivo y medio muerto de entre las mallas de la red, en tanto transportaban á la orilla mi balsa.

Mientras yo permanecía tendido, inerte y tiritando, se adelantó hacia mí un venerable jeique de barbas blancas, que empezó por desearme la bienvenida y por cubrirme con ropa caliente, que me sentó muy bien...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 313.ª NOCHE

Ella dijo.

...que me sentó muy bien.

Reanimado ya por las fricciones y el masaje que tuvo la bondad de darme el anciano, pude sentarme, pero sin recobrar todavía el uso de la palabra.

Entonces el anciano me cogió del brazo y me llevó suavemente al hammam, en donde me hizo tomar un baño excelente, que acabó de restituirme el alma; después me hizo aspirar perfumes exquisitos y me los echó por todo el cuerpo, y me llevó á su casa.

Cuando entré en la morada de aquel anciano, toda su familia se alegró mucho de mi llegada, y me recibió con gran cordialidad y demostraciones amistosas. El mismo anciano hizome sentar en medio del diván de la sala de recepción, y me dió á comer cosas de primer orden, y á beber un agua agradable perfumada con flores. Después quemaron incienso á mi alrededor, y los esclavos me trajeron agua caliente y aromatizada para lavarme las manos, y me presentaron servilletas ribeteadas de seda, para secarme los dedos, las barbas y la boca. Tras de lo cual, el anciano me llevó á una habitación muy bien amueblada, en donde quedé solo, porque se retiró con mucha discreción. Pero dejó á mis órdenes varios esclavos, que de cuando en cuando iban á verme por si necesitaba sus servicios.

Del propio modo me trataron durante tres días, sin que nadie me interrogase ni me dirigiera ninguna pregunta, y no dejaban que careciese de nada, cuidándome con mucho esmero, hasta que recobré completamente las fuerzas, y mi alma y mi corazón se calmaron y refrescaron. Entonces, ó sea la mañana del cuarto día, el anciano se sentó

á mi lado, y después de las zalemas, me dijo: «¡Oh huésped, cuánto placer y satisfacción hubo de proporcionarnos tu presencia! ¡Bendito sea Alah, que nos puso en tu camino para salvarte del abismo! ¿Quién eres y de dónde vienes?» Entonces di muchas gracias al anciano por el favor enorme que me había hecho salvándome la vida y luego dándome de comer excelentemente, y de beber excelentemente, y perfumándome excelentemente, y le dije: «¡Me llamo Sindbad el Marino! ¡Tengo este sobrenombre á consecuencia de mis grandes viajes por mar y de las cosas extraordinarias que me ocurrieron, y que si se escribieran con agujas en el ángulo de un ojo, servirían de lección á los lectores atentos!» Y le conté al anciano mi historia desde el principio hasta el fin, sin omitir detalle.

Quedó prodigiosamente asombrado entonces el jeique, y estuvo una hora sin poder hablar, conmovido por lo que acababa de oir. Luego levantó la cabeza, me reiteró la expresión de su alegría por haberme socorrido, y me dijo: «¡Ahora, ¡oh huésped mío! si quisieras oir mi consejo, venderías aquí tus mercancías, que valen mucho dinero por su rareza y calidad!»

Al oir las palabras del viejo, llegué al límite del asombro, y no sabiendo lo que quería decir ni de qué mercancías hablaba, pues yo estaba desprovisto de todo, empecé por callarme un rato, y como de ninguna manera quería dejar escapar una ocasión extraordinaria que se presentaba inesperada-

mente, me hice el enterado, y contesté: «¡Puede que sí!» Entonces el anciano me dijo: «No te preocupes, hijo mío, respecto á tus mercaderías. No tienes mas que levantarte y acompañarme al zoco. Yo me encargo de todo lo demás. Si la mercancía, subastada, produce un precio que nos convenga, lo aceptaremos, si no, te haré el favor de conservarla en mi almacén hasta que suba en el mercado. ¡Y en tiempo oportuno podremos sacar un precio más ventajoso!»

Entonces quedé interiormente cada vez más perplejo; pero no lo di á entender, sino que pensé: «¡Ten paciencia, Sindbad, y ya sabrás de qué se trata!» Y dije al anciano: «¡Oh mi venerable tío, escucho y obedezco! ¡Todo lo que tú dispongas me parecerá lleno de bendición! ¡Por mi parte, después de cuanto por mí hiciste, me conformaré con tu voluntad!» Y me levanté inmediatamente y le acompañé al zoco.

Cuando llegamos al centro del zoco en que se hacía la subasta pública, ¡cuál no sería mi asombro al ver mi balsa transportada allí y rodeada de una multitud de corredores y mercaderes que la miraban con respeto y moviendo la cabeza! Y por todas partes oía exclamaciones de admiración: «¡Ya Alah! ¡Qué maravillosa calidad de sándalo! ¡En ninguna parte del mundo la hay mejor!» Entonces comprendí cuál era la mercancía consabida, y creí conveniente para la venta tomar un aspecto digno y reservado.

Pero he aquí que en seguida el anciano protector mío, aproximándose al jefe de los corredores, le dijo: «¡Empiece la subasta!» Y se empezó con el precio de mil dinares por la balsa. Y el jefe corredor exclamó: «¡Á mil dinares la balsa de sándalo, ¡oh compradores!» Entonces gritó el anciano: «¡La compro en dos mil!» Y otro gritó: «¡En tres mil!» Y los mercaderes siguieron subiendo el precio hasta diez mil dinares. Entonces se encaró conmigo el jefe de los corredores y me dijo: «¡Son diez mil; ya no puja nadie!» Y yo dije: «¡No la vendo á ese precio!»

Entonces mi protector se me acercó y me dijo: «¡Hijo mío, el zoco, en estos tiempos, no anda muy próspero, y la mercancía ha perdido algo de su valor! Vale más que aceptes el precio que te ofrecen. Pero yo, si te parece, voy á pujar otros cien dinares más. ¿Quieres dejármelo en diez mil cien dinares?» Yo contesté: «¡Por Alah! mi buen tío, sólo por ti lo hago para agradecer tus beneficios. ¡Consiento en dejártelo por esa cantidad!» Oídas estas palabras, el anciano mandó á sus esclavos que transportaran todo el sándalo á sus almacenes de reserva, y me llevó á su casa, en la cual me contó inmediatamente los diez mil cien dinares, y los encerró en una caja sólida cuya llave me entregó, dándome encima las gracias por lo que había hecho en su favor.

Mandó en seguida poner el mantel, y comimos, y bebimos, y charlamos alegremente. Después nos la

vamos las manos y la boca, y por fin me dijo: «¡Hijo mío, quiero dirigirte una petición, que deseo mucho aceptes!» Yo le contesté: «¡Mi buen tío, todo te lo concederé á gusto!» Él me dijo: «Ya ves, hijo mío, que he llegado á una edad muy avanzada sin tener hijo varón que pueda heredar un día mis bienes. Pero he de decirte que tengo una hija, muy joven aún, llena de encanto y belleza, que será muy rica cuando yo me muera. Deseo dártela en matrimonio, siempre que consientas en habitar en nuestro país y vivir nuestra vida. Así serás el amo de cuanto poseo y de cuanto dirige mi mano. ¡Y me sustituirás en mi autoridad y en la posesión de mis bienes!»

Cuando oí estas palabras del anciano, bajé la cabeza en silencio y permanecí sin decir palabra. Entonces añadió: «¡Créeme, ¡oh hijo mío! que si me otorgas lo que te pido te atraerá la bendición! ¡Añadiré, para tranquilizar tu alma, que después de mi muerte podrás regresar á tu tierra, llevándote á tu esposa é hija mía! ¡No te exijo sino que permanezcas aquí el tiempo que me quede de vida!» Entonces contesté: «¡Por Alah, mi tío el jeique, eres como un padre para mí, y ante ti no puedo tener opinión ni tomar otra resolución que la que te convenga! Porque cada vez que en mi vida quise ejecutar un proyecto, no hube de sacar mas que desgracias y decepciones. ¡Estoy, pues, dispuesto á conformarme con tu voluntad!»

En seguida el anciano, extremadamente con-

tento con mi respuesta, mandó á sus esclavos que fueran á buscar al kadí y á los testigos, que no tardaron en llegar...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 314.ª NOCHE

Ella dijo:

...al kadí y á los testigos, que no tardaron en llegar. Y el anciano me casó con su hija, y nos dió un festín enorme, y celebró una boda espléndida. Después me llamó y me llevó junto á su hija, á la cual aún no había yo visto. Y la encontré perfecta en hermosura y gentileza, en esbeltez de cintura y en proporciones. Además, la vi adornada con suntuosas alhajas, sedas y brocados, joyas y pedrerías, y lo que llevaba encima valía millares y millares de monedas de oro, cuyo importe exacto nadie habría podido calcular.

Y cuando la tuve cerca, me gustó. Y nos enamoramos uno de otro. Y vivimos mucho tiempo juntos, en el colmo de las caricias y la felicidad.

El anciano padre de mi esposa falleció al poco tiempo en la paz y misericordia del Altísimo. Le hicimos unos grandes funerales y lo enterramos. Y

yo tomé posesión de todos sus bienes, y sus esclavos y servidores fueron mis esclavos y servidores, bajo mi única autoridad. Además, los mercaderes de la ciudad me nombraron su jefe, en lugar del difunto, y pude estudiar las costumbres de los habitantes de aquella población y su manera de vivir.

En efecto, un día noté con estupefacción que la gente de aquella ciudad experimentaba un cambio anual en primavera; de un día á otro mudaban de forma y aspecto: les brotaban alas de los hombros, y se convertían en volátiles. Podían volar entonces hasta lo más alto de la bóveda aérea, y se aprovechaban de su nuevo estado para volar todos fuera de la ciudad, dejando en ésta á los niños y mujeres, á quienes nunca brotaban alas.

Este descubrimiento me asombró al principio; pero acabé por acostumbrarme á tales cambios periódicos. Sin embargo, llegó un día en que empecé á avergonzarme de ser el único hombre sin alas, viéndome obligado á guardar yo solo la ciudad con las mujeres y los niños. Y por mucho que pregunté á los habitantes sobre el medio de que habría de valerme para que me saliesen alas en los hombros, nadie pudo ni quiso contestarme. Y me mortificó bastante no ser mas que Sindbad el Marino y no poder añadir á mi sobrenombre la condición de aéreo.

Un día, desesperando de conseguir nunca que me revelaran el secreto del crecimiento de las alas, me

dirigí á uno, á quien había hecho muchos favores, y cogiéndole del brazo, le dije: «Por Alah sobre ti! Hazme siquiera el favor, por los que te hecho yo á ti, de dejarme que me cuelgue de tu persona, y vuele contigo á través del aire. ¡Es un viaje que me tienta mucho, y quiero añadir á los que realicé por mar!» Al principio no quiso prestarme atención; pero á fuerza de súplicas acabé por moverle á que accediera. Tanto me encantó aquello, que ni siquiera me cuidé de avisar á mi mujer ni á mi servidumbre; me colgué de él abrazándole por la cintura, y me llevó por el aire, volando con las alas muy desplegadas.

Nuestra carrera por el aire empezó ascendiendo en línea recta durante un tiempo considerable. Y acabamos por llegar tan arriba en la bóveda celeste, que pude oir distintamente cantar á los ángeles y sus melodías debajo de la cúpula del cielo.

Al oir cantos tan maravillosos, llegué al límite de la emoción religiosa, y exclamé: «¡Loor á Alah en lo profundo del cielo! ¡Bendito y glorificado sea por todas las criaturas!»

Apenas formulé estas palabras, cuando mi portador lanzó un juramento tremendo, y bruscamente, entre el estrépito de un trueno precedido de terrible relámpago, bajó con tal rapidez que me faltaba el aire, y por poco me desmayo, soltándome de él con peligro de caer al abismo insondable. Y en un instante llegamos á la cima de una montaña, en la cual me abandonó mi portador dirigiéndome

una mirada infernal, y desapareció, tendiendo el vuelo por lo invisible.

Y quedé completamente solo en aquella montaña desierta, y no sabía dónde estaba, ni por dónde ir para reunirme con mi mujer, y exclamé en el colmo de la perplejidad: «¡No hay recurso ni fuerza mas que en Alah el Altísimo y Omnipotente! ¡Siempre que me libro de una calamidad caigo en otra peor! ¡En realidad, merezco todo lo que me sucede!»

Me senté entonces en un peñasco para reflexionar sobre el medio de librarme del mal presente, cuando de pronto vi adelantar hacia mí á dos muchachos de una belleza maravillosa, que parecían dos lunas. Cada uno llevaba en la mano un bastón de oro rojo, en el cual se apoyaba al andar. Entonces me levanté rápidamente, fui á su encuentro y les deseé la paz. Correspondieron con gentileza á mi saludo, lo cual me alentó á dirigirles la palabra, y les dije: «¡Por Alah sobre vosotros, ¡oh maravillosos jóvenes! decidme quiénes sois y qué hacéis!» Y me contestaron: «¡Somos adoradores del Dios verdadero!» Y uno de ellos, sin decir más, me hizo seña con la mano en cierta dirección, como invitándome á dirigir mis pasos por aquella parte, me entregó el bastón de oro, y cogiendo de la mano á su hermoso compañero, desapareció de mi vista.

Empuñé entonces el bastón de oro, y no vacilé en seguir el camino que se me había indicado, maravillándome al recordar á aquellos muchachos tan

hermosos. Llevaba algún tiempo andando, cuando vi salir súbitamente de detrás de un peñasco una serpiente gigantesca que llevaba en la boca á un hombre, cuyas tres cuartas partes se había ya tragado, y del cual no se veían mas que la cabeza y los brazos. Éstos se agitaban desesperadamente, y la cabeza gritaba: «¡Oh caminante! ¡Sálvame del furor de esta serpiente y no te arrepentirás de tal acción!» Corrí entonces detrás de la serpiente, y le di con el bastón de oro rojo un golpe tan afortunado, que quedó exánime en aquel momento. Y alargué la mano al hombre tragado y le ayudé á salir del vientre de la serpiente.

Cuando miré mejor la cara del hombre, llegué al límite de la sorpresa al conocer que era el volátil que me había llevado en su viaje aéreo y había acabado por precipitarse conmigo, á riesgo de matarme, desde lo alto de la bóveda del cielo hasta la cumbre de la montaña en la cual me había abandonado, exponiéndome á morir de hambre y sed. Pero ni siquiera quise demostrar rencor por su mala acción, y me conformé con decirle dulcemente: «¿Es así como obran los amigos con los amigos?» Él me contestó: «En primer lugar he de darte las gracias por lo que acabas de hacer en mi favor. Pero ignoras que fuiste tú, con tus invocaciones inoportunas pronunciando el Nombre, quien me precipitaste de lo alto contra mi voluntad. ¡El Nombre produce ese efecto en todos nosotros! ¡Por eso no lo pronunciamos jamás!» Entonces, yo, para

que me sacara de aquella montaña, le dijo: «¡Perdona y no me riñas; pues, en verdad, yo no podía adivinar las consecuencias funestas de mi homenaje al Nombre! ¡Te prometo no volverlo á pronunciar durante el trayecto, si quieres transportarme ahora á mi casa!»

Entonces el volátil se bajó, me cogió á cuestas, y en un abrir y cerrar de ojos me dejó en la azotea de mi casa y se fué á la suya.

Cuando mi mujer me vió bajar de la azotea y entrar en la casa después de tan larga ausencia, comprendió cuanto acababa de ocurrir, y bendijo á Alah que me había salvado una vez más de la perdición. Y tras las efusiones del regreso, me dijo: «Ya no debemos tratarnos con la gente de esta ciudad. ¡Son hermanos de los demonios!» Y yo le dije: «¿Y cómo vivía tu padre entre ellos?» Ella me contestó: «Mi padre no pertenecía á su casta, ni hacía nada como ellos, ni vivía su vida. De todos modos, si quieres seguir mi consejo, lo mejor que podemos hacer ahora que mi padre ha muerto...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 315.ª NOCHE

Ella dijo:

»...lo mejor que podemos hacer ahora que mi padre ha muerto es abandonar esta ciudad impía, no sin haber vendido nuestros bienes, casa y posesiones. Realiza eso lo mejor que puedas, compra buenas mercancías con parte de la cantidad que cobres, y vámonos juntos á Bagdad, tu patria, á ver á tus parientes y amigos, viviendo en paz y seguros, con el respeto debido á Alah el Altísimo.» Entonces contesté oyendo y obedeciendo.

En seguida empecé á vender lo mejor que pude, pieza por pieza y cada cosa en su tiempo, todos los bienes de mi tío el jeique, padre de mi esposa, ¡difunto á quien Alah haya recibido en su paz y misericordia! Y así realicé en monedas de oro cuanto nos pertenecía, como muebles y propiedades, y gané un ciento por uno.

Después de lo cual me llevé á mi esposa y las mercancías que había cuidado de comprar, fleté por mi cuenta un barco, que con la voluntad de Alah tuvo navegación feliz y fructuosa, de modo que de isla en isla, y de mar en mar, acabamos por llegar con seguridad á Bassra, en donde paramos

poco tiempo. Subimos el río y entramos en Bagdad, ciudad de paz.

Me dirigí entonces con mi esposa y mis riquezas hacia mi calle y mi casa, en donde mis parientes nos recibieron con grandes transportes de alegría, y quisieron mucho á mi esposa, la hija del jeique.

Yo me apresuré á poner en orden definitivo mis asuntos, almacené mis magníficas mercaderías, encerré mis riquezas, y pude por fin recibir en paz las felicitaciones de mis parientes y amigos, que calculando el tiempo que estuve ausente, vieron que este séptimo y último viaje mío había durado exactamente veintisiete años desde el principio hasta el fin. Y les conté con pormenores mis aventuras durante esta larga ausencia, é hice el voto, que cumplo escrupulosamente, como veis, de no emprender en toda mi vida ningún otro viaje ni por mar ni por tierra. Y no dejé de dar gracias al Altísimo que tantas veces, á pesar de mis reincidencias, me libró de tantos peligros y me reintegró entre mi familia y mis amigos.»

Cuando Sindbad el Marino terminó de esta suerte su relato entre los convidados silenciosos y maravillados, se volvió hacia Sindbad el Cargador y le dijo: «Ahora, Sindbad terrestre, considera los trabajos que pasé y las dificultades que vencí, gracias á Alah, y dime si tu suerte de cargador no ha sido mucho más favorable para una vida tranquila que la que me impuso el Destino. Verdad es

que sigues pobre y yo adquirí riquezas incalculables; pero ¿no es verdad también que á cada uno de nosotros se le retribuyó según su esfuerzo?» Al oir estas palabras, Sindbad el Cargador fué á besar la mano de Sindbad el Marino, y le dijo: «¡Por Alah sobre tí, ¡oh mi amo! perdona lo inconveniente de mi canción!»

Entonces Sindbad el Marino mandó poner el mantel para sus convidados, y les dió un festín que duró treinta noches. Y después quiso tener á su lado, como mayordomo de su casa, á Sindbad el Cargador. Y ambos vivieron en amistad perfecta y en el límite de la satisfacción, hasta que fué á visitarlos aquella que hace desvanecerse las delicias, rompe las amistades, destruye los palacios y levanta las tumbas, la amarga muerte. ¡Gloria al Eterno, que no muere jamás!»

Cuando Schahrazada, la hija del visir, acabó de contar la historia de Sindbad el Marino, sintióse un tanto fatigada, y como veía acercarse la mañana y no quería, por su discreción habitual, abusar del permiso concedido, se calló sonriendo.

Entonces la pequeña Doniazada, que maravillada y con los ojos muy abiertos había oído la historia pasmosa, se levantó de la alfombra en que estaba acurrucada, y corrió á abrazar á su hermana, diciéndole: «¡Oh Schahrazada, hermana mía! ¡cuán suaves, y puras, y gratas, y deliciosas para el paladar, y cuán sabrosas en su frescura, son tus palabras! ¡Y qué terrible, y prodigioso, y temerario era Sindbad el Marino!»

Y Schahrazada sonrió y dijo: «¡Sí, hermana mía; pero eso no es nada comparado con lo que os contaré á los dos la próxima noche, si vivo todavía por la gracia de Alah y la voluntad del rey!»

Y el rey Schahriar, que había encontrado los viajes de Sindbad mucho más largos que el que él había hecho con su hermano Schahzamán por la pradera al borde del mar, cuando se les apareció el genni cargado con el cajón, se volvió hacia Schahrazada y le dijo: «¡Verdaderamente, Schahrazada, no sé qué más historias me podrás contar! ¡De todos modos, quiero una que esté repleta de poemas! ¡Ya me la habías prometido, y parece que olvides que, si difieres más el cumplimiento de tu promesa, tu cabeza irá á juntarse con las cabezas de tus antecesoras!» Y Schahrazada dijo: «¡Sobre mis ojos! Precisamente la que te reservo, ¡oh rey afortunado! te satisfará por completo, y en verdad que es mucho más agradable que las que has oído. Puedes juzgar por el título, que es: HISTORIA DE LA BELLA ZUMURRUD (1) Y ALISCHAR, HIJO DE GLORIA.

Entonces el rey Schahriar dijo para sí: «¡No la mataré hasta después!» Y la cogió en brazos y pasó con ella el resto de la noche.

Por la mañana salió y se fué á la sala de justicia. Y el diván se llenó con la muchedumbre de visires, emires, chambelanes, guardias y gente de palacio. Y el último que entró fué el gran visir, padre de Schahrazada, que llevaba debajo del brazo el sudario destinado á su hija, á la cual creía aquella vez muerta de veras; pero el rey no le dijo nada de tal asunto, y siguió juzgando y nombrando para los empleos, y destituyendo, y gober-

(1) Zumurrud significa Esmeralda.

nando, y despachando los asuntos pendientes hasta terminar el día. Luego se levantó el diván, y el rey volvió á palacio, mientras el gran visir seguía perplejo y en el límite extremo del asombro.

Y cuando fué de noche, el rey penetró en la habitación de Schahrazada é hicieron juntos lo que solían.



Y ESTANDO EN LA 316.ª NOCHE

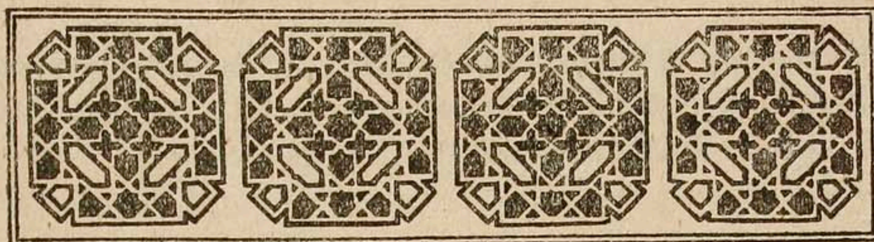
Concluída la cosa entre el rey y Schahrazada, la pequeña Doniazada exclamó desde el lugar en que estaba acurrucada:

«¡Te ruego, hermana, me digas á qué esperas para empezar la historia prometida de la bella Zumurrud y Alischar, hijo de Gloria!»

Y contestó Schahrazada sonriendo: «¡No espero mas que la venia de este rey bien educado y dotado de buenos modales!» Entonces contestó el rey Schahriar: «¡Concedida!»

Y dijo Schahrazada:





Historia de la bella Zumurrud y Alischar, hijo de Gloria



Se cuenta que en la antigüedad del tiempo, en lo pasado de la edad y del momento, había en el país del Khorasán un mercader muy rico que se llamaba Gloria, y tenía un hijo llamado Alischar y hermoso como la luna llena.

Y un día el rico mercader Gloria, ya de muy avanzada edad, se sintió atacado de mortal dolencia. Y llamó á su hijo junto á sí y le dijo: «¡Oh hijo mío! Como está muy próximo el término de mi destino, deseo hacerte un encargo.» Muy apesadumbrado, dijo Alischar: «¿Y cuál es, ¡oh padre mío!?» El mercader Gloria le dijo: «He de encargarte que no te crees nunca relaciones ni frecuentes la sociedad, porque el mundo se puede comparar á un herrero: si no te quema con el fuego de

la fragua, ó no te saca un ojo ó los dos con las chispas del yunque, seguramente te ahogará con el humo. Y además, ha dicho el poeta:

¡Ilusión! ¡No creas que, cuando el Destino te traicione, encontrarás amigos de corazón fiel en tu camino negro!

¡Oh soledad! ¡Cara soledad bendita, al que te cultiva enseñas la fuerza que no se desvía y el arte de no fiarse mas que de sí mismo!

»Otro dijo:

¡Si lo examina tu atención, verás que el mundo es nefasto por sus dos caras: una la constituye la hipocresía, y la otra la traición!

»Otro dijo:

¡En futilidades, tonterías y frases absurdas suele consistir el dominio del mundo! ¡Pero si el Destino coloca en tu camino un ser excepcional, trátale con frecuencia sólo para mejorarte!

Cuando el joven Alischar oyó estas palabras de su padre moribundo, contestó: «¡Oh padre mío, te escucho para obedecerte! ¿Qué más me aconsejas?» Y dijo Gloria el mercader: «Haz bien, si puedes. Y no esperes que te recompensen con la gratitud ó con un bien parecido. ¡Oh hijo mío! ¡Desgracia-

damente, no todos los días hay ocasión de hacer el bien!» Y Alischar respondió: «¡Escucho y obedezco! ¿Son esos todos tus encargos?» Gloria el mercader dijo: «No derroches las riquezas que te dejo; sólo te considerarán con arreglo al poder que tengas en la mano. Y ha dicho el poeta:

¡Cuando yo era pobre, no tenía amigos; y ahora pululan á mi puerta y me quitan el apetito!

¡Oh! ¡Á cuántos feroces enemigos les domó mi riqueza, y cuántos enemigos tendría si mi riqueza disminuyese!»

Después prosiguió el anciano: «No descuides los consejos de la gente de experiencia, ni creas inútil pedir consejo á quien pueda dártelo, pues el poeta ha dicho:

¡Junta tu idea con la idea del consejero, para asegurar mejor el resultado! ¡Cuando quieras mirarte el rostro, te bastará con un espejo; pero si quieres mirarte el trasero obscuro, no podrás verlo mas que con la combinación de dos espejos!

»Además, hijo mío, tengo que darte un último consejo: ¡huye del vino! Es causa de todos los males. Te expones á perder la razón y á ser objeto de befa y de desdén.

»Tales son mis encargos en el umbral de la muerte. ¡Oh hijo mío, acuérdate de mis palabras!

Sé un hijo excelente, y acompáñete mi bendición toda la vida.»

Y tras de hablar así el anciano mercader Gloria, cerró un momento los ojos y se recogió. Luego levantó el índice hasta la altura de los ojos y pronunció su acto de fe. Después de lo cual falleció en la misericordia del Altísimo.

Fué llorado por su hijo y por toda su familia, y le hicieron funerales, á los cuales asistieron los más altos y los más bajos, los más ricos y los más pobres. Y cuando se le enterró, inscribieron estos versos en la losa de su tumba:

¡Nací del polvo, al polvo vuelvo y polvo soy! ¡Es como si no hubiera vivido nunca!

Hasta aquí en cuanto al mercader Gloria. Ocupémonos ahora de Alischar, hijo de Gloria.

Muerto su padre, siguió Alischar comerciando en la tienda principal del zoco, y cumplió á conciencia los encargos paternales, especialmente en lo que se refería á sus relaciones con los demás. Pero al cabo de un año y un día, que transcurrieron con exactitud hora tras hora, se dejó tentar por jóvenes pérfidos, hijos de zorra, adulterinos sin vergüenza. Y alternó hasta el frenesí con ellos, y conoció á sus astutas madres y hermanas, hijas de perro. Y se sumergió hasta el cuello en el libertinaje, y nadó en el vino y en el despilfarro, caminando por vía bien opuesta al camino recto. Porque,

como no estaba á la sazón sano de espíritu, se hacía este menguado razonamiento: «Ya que mi padre me ha dejado todas sus riquezas, me conviene utilizarlas para que no las hereden otros. Y quiero aprovechar el momento y el placer que pasan, pues no he de vivir dos veces.»

Y le pareció tan bien este razonamiento, y siguió Alischar juntando con tanta regularidad la noche y el día por sus extremos, sin escatimar ningún exceso, que pronto vióse reducido á vender la tienda, la casa, los muebles y hasta la ropa, y no le quedó mas que lo que llevaba encima.

Entonces pudo ver claro y evidente cómo había procedido, y cerciorarse de la excelencia de los consejos de su padre Gloria. Todos los amigos á quienes trató con fastuosidad antes, y á cuya puerta fué á llamar sucesivamente, encontraron algún motivo para despedirle. Así es que, reducido al límite extremo de la miseria, se vió obligado, un día en que no había comido nada desde la víspera, á salir del miserable khan en que se alojaba, y á mendigar de puerta en puerta por las calles.

De este modo llegó á la plaza del mercado, en la cual vió una gran muchedumbre formando corro. Quiso acercarse para averiguar lo que ocurría, y en medio del círculo formado por mercaderes, corredores y compradores, vió...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 317.ª NOCHE

Ella dijo:

...en medio del círculo formado por mercaderes, corredores y compradores, vió á una joven esclava blanca, de elegante y delicioso aspecto, con una estatura de cinco palmos, con rosas por mejillas, pechos bien sentados, y ¡qué trasero! Sin temor á engañarse, se le podrían aplicar estos versos del poeta:

¡Ha salido sin defecto del molde de la Belleza! ¡Sus proporciones son admirables: ni muy alta ni muy baja; ni muy gruesa ni muy flaca; y redondeces por todas partes!

¡Así es que la misma Belleza se enamoró de su imagen, realzada por el ligero velo que sombreaba sus facciones modestas y altivas á la vez!

¡La luna es su rostro; la rama flexible que ondula, su cintura; y su aliento, el suave perfume del almizcle!

¡Parece formada de perlas líquidas; porque sus miembros son tan lisos, que reflejan la luna de su rostro, y también parecen formados por lunas!

Pero ¿dónde está la lengua que pudiera describir

el milagro de claridad que constituye su trasero brillante?...

Cuando Alischar dirigió sus miradas á la hermosa joven, quedó extremadamente maravillado, y ya fuese que permaneciera inmóvil de admiración, ya que quisiera olvidar por un momento su miseria con el espectáculo de la belleza, el caso fué que se metió entre la muchedumbre reunida que preparábase á la venta. Y los mercaderes y corredores que por allí se hallaban, é ignoraban aún la ruina del joven, supusieron que había ido á comprar la esclava, pues sabían que era muy rico por la herencia de su padre, el síndico Gloria.

Pero pronto se puso al lado de la esclava el jefe de los corredores, y por encima de las cabezas agrupadas, exclamó: «¡Oh mercaderes, dueños de riquezas, ciudadanos ó habitantes libres del desierto, el que abre la puerta de la subasta no ha de incurrir en censura! ¡He aquí ante vosotros la soberana de todas las lunas, la perla de las perlas, la virgen llena de pudor, la noble Zumurrud, incitadora de todos los deseos y jardín de todas las flores! ¡Abrid la subasta, ¡oh circunstantes! ¡Nadie censurará á quien abra la subasta! ¡He aquí ante vosotros á la soberana de todas las lunas, á la pudorosa virgen Zumurrud, jardín de todas las flores!»

En seguida uno de los mercaderes gritó: «¡Abro la subasta con quinientos dinares!» Otro dijo: «¡Diez

más!» Entonces gritó un viejo deforme y asqueroso, de ojos azules y bizcos, que se llamaba Rachideddín: «¡Cien más!» Pero dijo una voz: «¡Diez más todavía!» En aquel momento, el viejo de ojos azules y feos pujó mucho de pronto, gritando: «¡Mil dinares!»

Entonces los demás compradores encarcelaron su lengua y guardaron silencio. Y el pregonero se volvió hacia el dueño de la esclava joven y le preguntó si le convenía el precio ofrecido por el viejo y si había que cerrar el trato. Y el dueño de la esclava respondió: «¡Conforme! Pero antes tiene que consentir mi esclava también, pues le he jurado no cederla mas que al comprador que le guste. Por consiguiente, has de pedirle el consentimiento, ¡oh corredor!» Y el corredor se acercó á la hermosa Zumurrud, y le dijo: «¡Oh soberana de las lunas! ¿quieres pertenecer á ese venerable anciano, el jeique Rachideddín?»

Al oir estas palabras, la hermosa Zumurrud dirigió una mirada al individuo que le indicaba el corredor, y le encontró tal como acabamos de describirle. Y apartóse con un ademán de repugnancia, y exclamó: «¿No conoces, ¡oh jefe corredor! lo que decía un poeta viejo, aunque no tan repulsivo como éste? Pues escucha:

Le pedí un beso. Ella me miró. ¡Y su mirada no fué de odio ni de desdén, sino de indiferencia!

¡Sin embargo, sabía que yo era rico y considera-

do! Pasó, y cayeron de un pliegue de su boca estas palabras:

«¡No me agradan las canas; no me gusta poner entre mis labios algodón mojado!»

Al oir estos versos, dijo el corredor á Zumurrud: «¡Por Alah! ¡Razón tienes para rechazarle! ¡Además, mil dinares no son bastante precio! ¡En mi opinión, vales diez mil!» Volvióse luego hacia la multitud de compradores y preguntó si no deseaba otro á la esclava por el precio ya ofrecido. Entonces se acercó un mercader y dijo: «¡Yo!» Y la hermosa Zumurrud le miró, y vió que no era asqueroso como el viejo Rachideddín, y que sus ojos no eran azules ni bizcos; pero notó que se teñía de colorado la barba, á fin de parecer más joven de lo que era. Entonces exclamó: «¡Qué vergüenza enrojecer y ennegrecer así la faz de la ancianidad!» É inmediatamente improvisó estos versos:

¡Oh tú que estás enamorado de mi cintura y de mi rostro, no lograrás atraer mis miradas por mucho que te disfraces con colores ajenos!

¡Tiñes de oprobio tus canas, sin lograr ocultar tus defectos!

¡Cambias de barba como cambias de cara, y te conviertes en tal espantajo, que si te mirase una mujer preñada, abortaría!

Oídos estos versos por el jefe de los corredores,

le dijo á Zumurrud: «Por Alah! ¡La verdad está contigo!» Pero como no fué aceptada la segunda proposición, se adelantó un tercer mercader y dijo al corredor: «Ofrezco el mismo precio. ¡Pregúntale si me acepta!» Y el corredor interrogó á la hermosa joven, que miró entonces al hombre consabido. Y vió que era tuerto, y se echó á reir, diciendo: «¿No sabes, ¡oh corredor! las frases del poeta acerca del tuerto? Pues óyelas:

¡Créeme, amigo: no seas nunca compañero de un tuerto, y desconfía de sus embustes y de su falsedad!

¡Tan poco se ganará tratándole, que Alah cuidó de sacarle un ojo para que inspirara desconfianza!»

Entonces el corredor le indicó un cuarto comprador, y le preguntó: «¿Quieres á éste?» Zumurrud lo examinó, y vió que era un hombrecillo chico, con una barba que le llegaba al ombligo, y dijo en seguida: «¡En cuanto á ese barbudillo, mira cómo lo describe el poeta:

¡Tiene una barba prodigiosa, que es planta inútil y molesta, triste como una noche de invierno, larga, fría y obscura!»

Cuando el corredor vió que no aceptaba á ninguno de los que espontáneamente brindábanse á comprarla, dijo á Zumurrud: «¡Oh mi señora! mira á todos esos mercaderes y nobles compradores, y

dime cuál tiene la suerte de gustarte, para que te ofrezca á él en venta.»

Entonces la hermosa joven miró uno por uno con la mayor atención á todos los circunstantes, y acabó por fijar su mirada en Alischar, hijo de Gloria. Y el aspecto del joven la inflamó súbitamente con el amor más violento, porque Alischar, hijo de Gloria, era en verdad de una belleza extraordinaria, y nadie le podía ver sin sentirse inclinado hacia él con ardor. Así es que la joven Zumurrud se apresuró á señalárselo al corredor, y dijo: «¡Oh corredor! quiero á ese joven de rostro gentil y cintura ondulante, pues le encuentro delicioso y de sangre simpática, más ligera que la brisa del Norte; y de él dijo el poeta:

¡Oh jovencillo! ¿Cómo te olvidarán los que hayan visto tu belleza?

¡Dejen de mirarte quienes deploran los tormentos con que llenas el corazón!

¡Los que quieran preservarse de tus encantos peligrosos, cubran con un velo tu hechicera cara!

»Y también de él dijo otro poeta:

¡Oh señor mío, compréndelo! ¿Cómo no amarte? ¿No es esbelta tu cintura y combados tus riñones?

¡Compréndelo, ¡oh señor mío! ¿No es patrimonio de sabios, de gente exquisita y de espíritus delicados el amor á cosas tales?

»Un tercer poeta ha dicho:

¡Sus mejillas están llenas y lisas; su saliva, leche dulce al beberla, es un remedio para las enfermedades; su mirada hace soñar á los prosistas y á los poetas, y sus proporciones dejan perplejos á los arquitectos!

»Otro ha dicho:

¡El licor de sus labios es un vino enervante; su aliento tiene el perfume del ámbar y sus dientes son granos de alcanfor!

¡Por eso Raduán, guardián del Paraíso, le rogó que se fuera, temeroso de que sedujese á las huríes!

¡La gente tosca y de entendimiento torpe deplora sus gestos y su conducta! ¡Como si la luna no fuera bella en todos sus cuartos, como si su marcha no fuera armoniosa en todas las partes del cielo!

»Otro poeta ha dicho también:

¡Por fin consintió en conceder una cita ese cervatillo de cabellera rizada, de mejillas llenas de rosas y mirada encantadora! ¡Y aquí estoy, puntual, con el corazón alborotado y el mirar anhelante!

¡Me prometió esa cita, cerrando los ojos para decirme que sí! Pero si sus párpados están cerrados, ¿cómo podrán cumplir su promesa?

»Dijo de él otro, por último:

Tengo amigos poco sagaces, que me han preguntado: «¿Cómo puedes querer apasionadamente á un joven cuyas mejillas sombrea ya un bozo tan fuerte?»

Yo les dije: «¡Cuán grande es vuestra ignorancia! ¡Los frutos del jardín del Edén se cogieron en sus hermosas mejillas! ¿Cómo hubieran podido dar esas mejillas tan hermosos frutos, si no fueran ya frondosas?»

Maravilladísimo quedó el corredor al advertir tanto talento en esclava tan joven, y expresó su asombro al propietario, que le dijo: «Comprendo que te pasmen tanta belleza y tan agudo ingenio. Pero sabe que esta milagrosa adolescente, que avergüenza á los astros y al sol, no se contenta con conocer los poetas más delicados y complicados, ni con ser una constructora de estrofas, sino que además sabe escribir con siete plumas los siete caracteres diferentes, y sus manos son más preciosas que todo un tesoro. Conoce, en efecto, el arte del bordado y de tejer la seda, y toda alfombra ó cortinaje que sale de sus manos se tasa en el zoco á cincuenta dinares. Observa también que en ocho días tiene tiempo sobrado para terminar la alfombra más hermosa ó el más suntuoso cortinaje. ¡De modo que, sin duda alguna, quien la compre habrá recuperado á los pocos meses su dinero!»

Oídas estas palabras, el corredor levantó los

brazos admirado, y exclamó: «¡Oh, dichoso aquel que tenga esta perla en su morada, y la conserve como el tesoro más oculto!» Y se acercó á Alischar, hijo de Gloria, señalado por la joven, se inclinó ante él hasta el suelo, le cogió la mano y se la besó, y luego le dijo...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 319.ª NOCHE

Ella dijo:

...se inclinó ante él hasta el suelo, le cogió la mano y se la besó, y luego le dijo: «¡En verdad, ¡oh mi señor! que es mucha tu suerte al poder comprar este tesoro por la centésima parte de su valor, y el Donador no te ha escatimado sus dones! ¡Tráigate, pues, esta joven la felicidad!»

Al oir estas palabras, Alischar bajó la cabeza, y no pudo dejar de reirse interiormente de la ironía del Destino, y dijo para sí: «¡Por Alah! ¡No tengo con qué comprar un pedazo de pan, y me creen bastante rico para adquirir esta esclava! ¡De todos modos, no diré que sí ni que no, para no cubrirme de vergüenza delante de todos los mercaderes!» Y bajó la vista y no dijo palabra.

Como no se movía, Zumurrud le miró para alentarle á la compra; pero él seguía con los ojos bajos y sin verla. Entonces ella dijo al corredor: «Cógeme de la mano y llévame junto á él, que quiero hablarle personalmente y determinarle á que me compre, pues he resuelto pertenecer á él sólo, y no á otro.» Y el corredor la cogió de la mano y la llevó junto á Alischar, hijo de Gloria.

La joven se quedó de pie, alardeando de su belleza, delante del mozo, y le dijo: «¡Oh amado dueño mío! ¡oh joven que haces arder mis entrañas! ¿Por qué no ofreces el precio de compra? ¿Ó por qué no calculas tú el valor que te parezca más equitativo? ¡Quiero ser tu esclava á cualquier precio!» Alischar levantó la cabeza, meneándola con tristeza, y dijo: «La venta y la compra nunca son obligatorias.» Zumurrud exclamó: «¡Ya veo, ¡oh dueño muy amado! que encuentras muy alto el precio de mil dinares! ¡No ofrezcas mas que novecientos, y te pertenezco!» Bajó Alischar la cabeza, y nada contestó. Ella dijo: «¡Cómprame entonces por ochocientos!» Él bajó la cabeza. Ella añadió: «¡Por setecientos!» Y él bajó otra vez la cabeza. Zumurrud siguió rebajando hasta que le dijo: «¡Sólo por cien dinares!» Entonces le dijo: «¡Ni siquiera tengo los cien dinares completos!» Ella se echó á reir, y le dijo: «¿Cuánto te falta para reunir la cantidad de cien dinares? Pues si hoy no los tienes todos, ya pagarás otro día lo que falte.» Él contestó: «¡Oh dueña mía! ¡sabe, por fin, que no tengo ni cien dina-

res ni uno! ¡Por Alah! No poseo ni una moneda blanca, ni una roja, ni un dinar de oro, ni un dracma de plata. De modo que no pierdas más tiempo conmigo y busca otro comprador.»

Cuando Zumurrud comprendió que el joven carecía de dinero, le dijo: «¡De todos modos, cierra el trato! ¡Dame la mano, envuélveme en tu manto y pasa un brazo alrededor de mi cintura, que es, como sabes, la señal de aceptación!» Alischar, que ya no tenía motivo para negarse, se apresuró entonces á hacer lo que le mandó Zumurrud, y ésta sacó al momento de su faltriquera un bolsillo, que le entregó, y le dijo: «¡Ahí dentro hay mil dinares; tienes que ofrecer novecientos á mi amo, y conservar los otros cien para nuestras necesidades más apremiantes!» Y en seguida Alischar entregó al mercader los novecientos dinares, y se apresuró á coger á la esclava de la mano y llevársela á su casa.

Cuando llegaron á la casa, Zumurrud se sorprendió al ver que la habitación se reducía á un miserable cuarto, cuyo único mueblaje consistía en una mala estera vieja y rota por varias partes. Se apresuró á dar á Alischar otro bolsillo con mil dinares más, y le dijo: «Corre pronto al zoco, para comprar todos los muebles y alfombras que hagan falta, y comida y bebida. ¡Y escoge lo mejor que haya en el zoco! Además, tráeme una gran pieza de seda de Damasco de la mejor clase, de color de granate, y carretes de hilo de oro, y carretes de

hilo de plata, y carretes de hilo de seda, de siete colores diferentes. Y no olvides comprar agujas grandes, y también un dedal de oro.» Y Alischar ejecutó en seguida sus órdenes, y llevó todo aquello á Zumurrud. Entonces ella tendió por el suelo las alfombras, arregló los colchones y divanes, lo colocó todo en orden, y puso el mantel, después de haber encendido los candelabros.

Se sentaron entonces ambos, y comieron y bebieron, y se pusieron muy contentos. Tras de lo cual, se tendieron en su cama nueva y se satisfacieron mutuamente. Y pasaron toda la noche estrechamente enlazados, entre las más puras delicias y los más alegres retozos, hasta por la mañana. Y su amor se consolidó con pruebas indudables y se grabó en su corazón de manera indeleble.

Sin perder tiempo, la diligente Zumurrud se puso en seguida á la labor.

Cogió la pieza de seda de Damasco color de granate, y en pocos días hizo con ella un cortinaje, en cuyo contorno representó con arte infinito figuras de aves y animales, y no hubo un animal en el mundo, pequeño ni grande, que no quedara representado en aquella tela. Y la ejecución era tan asombrosa de parecido y de vida, que se diría movíanse los animales de cuatro pies y se creía oir cantar á las aves. En medio de la cortina estaban bordados grandes árboles cargados de fruta, y de sombra tan hermosa, que con verla se sentía una gran frescura. ¡Y todo aquello fué ejecutado en ocho días,

ni más ni menos! ¡Gloria al que da tanta habilidad á los dedos de sus criaturas!

Terminada la cortina, Zumurrud le dió brillo, la planchó, la dobló y se la entregó á Alischar, diciéndole: «Ve á llevarla al zoco y véndesela á cualquier mercader con tienda abierta, y no por menos de cincuenta dinares. Pero guárdate muy bien de cedérsela á cualquier mercader de paso que no sea conocido en el zoco, pues eso sería causa de una cruel separación entre nosotros. Porque tenemos enemigos que nos acechan. ¡Desconfía de los caminantes!» Y Alischar respondió: «¡Escucho y obedezco!» Y fué al zoco y vendió por cincuenta dinares á un mercader con tienda abierta la consabida cortina maravillosa...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 320.ª NOCHE

Ella dijo:

...y vendió por cincuenta dinares á un mercader con tienda abierta la consabida cortina maravillosa. Después compró otra vez seda é hilo de oro y plata, en cantidad suficiente para una nueva cortina ó una alfombra de gusto, y se lo llevó todo á

Zumurrud, que volvió á poner manos á la obra, y en otros ocho días ejecutó una cortina más hermosa aún que la anterior, y que también produjo la cantidad de cincuenta dinares. Y durante el espacio de un año vivieron de tal suerte, comiendo, bebiendo y sin carecer de nada ni dejar de satisfacer su mutuo amor, más ardiente cada día.

Un día salió Alischar de la casa, llevando, según costumbre, un paquete que contenía un tapiz ejecutado por Zumurrud, y emprendió el camino del zoco para presentárselo á los mercaderes por mediación del pregonero, como siempre. Llegado al zoco, se lo entregó al pregonero, que empezó á pregonarlo delante de las tiendas de los mercaderes, cuando acertó á pasar un cristiano, uno de esos individuos que pululan á la entrada de los zocos, asediando á los parroquianos con sus ofrecimientos.

Este cristiano se aproximó al pregonero y á Alischar, y les ofreció sesenta dinares por el tapiz, en vez de los cincuenta por que se pregonaba. Pero Alischar, que sentía aversión y desconfianza hacia aquella clase de individuos, y recordaba, además, el encargo de Zumurrud, no quiso vendérselo. Entonces el cristiano aumentó su oferta y acabó por proponer cien dinares, y el pregonero le dijo al oído á Alischar: «¡Verdaderamente, no desaproveches esta excelente ocasión!» Porque el pregonero ya había sido sobornado secretamente por el cristiano con diez dinares. Y maniobró tan bien sobre el espíritu de Alischar, que le decidió á entregar el ta-

piz al cristiano, mediante la cantidad convenida. Y lo hizo no sin gran aprensión, cobrando los cien dinares, y volvió á emprender el camino de su casa.

Conforme iba andando, al volver una esquina notó que le seguía el cristiano. Se paró y le preguntó: «¿Cristiano, qué tienes que hacer en este barrio en donde no entra la gente de tu clase?» Éste dijo: «Perdona, ¡oh señor! pero tengo un encargo que hacer al final de esta calleja. ¡Alah te conserve!» Alischar siguió su camino, y llegó á la puerta de su casa. Y allí notó que el cristiano, después de haber dado un rodeo, había vuelto por el otro extremo de la calle y llegaba á su puerta al mismo tiempo que él. Y le gritó, lleno de ira: «¡Maldito cristiano! ¿Á qué me sigues de esa manera por donde voy?» El otro contestó: «¡Oh señor mío! ¡créeme que me encontraste aquí por casualidad! ¡Pero te ruego que me des un trago de agua, y Alah te recompensará, porque la sed me quema interiormente!» Y Alischar pensó: «¡Por Alah! ¡No se dirá que un musulmán se ha negado á dar de beber á un perro sediento! ¡Voy á darle un poco de agua!» Y entró en su casa, cogió un cántaro de agua, é iba á salir para dársela al cristiano, cuando Zumurrud le oyó levantar el pestillo y salió á su encuentro, conmovida por su ausencia prolongada. Y le dijo, besándole: «¿Cómo tardaste tanto en volver hoy? ¿Vendiste al fin el tapiz, y ha sido á un mercader con tienda, ó á un transeunte?» Él respondió, visi-

blemente turbado: «He tardado un poco porque el zoco estaba lleno, pero de todos modos acabé por vendérselo á un mercader.» Ella dijo con cierta duda en la voz: «¡Por Alah! Mi corazón no está tranquilo. Pero ¿adónde vas con ese cántaro?» Él dijo: «Voy á dar de beber al pregonero del zoco, que me ha acompañado hasta aquí.» Pero no la satisfizo esta respuesta, y mientras salía Alischar, recitó, muy ansiosa, estos versos del poeta:

¡Oh corazón mío, que piensas en el amado; pobre corazón lleno de esperanza y que crees eterno el beso! ¿no ves que á tu cabecera vela, con los brazos tendidos, la Separadora, y que en la sombra te acecha, pérfido, el Destino?

Cuando Alischar se dirigía hacia afuera, encontróse con el cristiano, que ya había entrado en el zaguán por la puerta abierta. Al verlo, el mundo se ennegreció delante de sus ojos, y exclamó: «¿Qué haces ahí, perro, hijo de perro? ¿y cómo osaste penetrar en mi casa sin mi permiso?» El otro contestó: «¡Por favor, ¡oh mi señor! perdóname! Cansado de haber andado todo el día y sin poderme ya tener de pie, me vi obligado á pasar el umbral, pues al cabo no hay tanta diferencia entre la puerta y el zaguán. ¡Además, no pido mas que el tiempo suficiente para tomar aliento y me voy! ¡No me rechaces, y Alah no te rechazará!» Y cogió el cántaro que sostenía Alischar muy perplejo, bebió

lo necesario y se lo devolvió. Y Alischar se quedó de pie enfrente, esperando que se fuera. Pero pasó una hora, y el cristiano no se movía. Entonces, Alischar, sofocado, le gritó: «¿Quieres marcharte ahora mismo y seguir tu camino?» Pero el cristiano le contestó: «¡Oh señor mío! No serás de aquellos que hacen un beneficio á alguien para obligarle estar lamentándolo toda la vida, ni de aquellos de quienes dijo el poeta:

¡Se desvaneció la raza generosa de los que, sin contar, llenaban la mano del pobre antes de que se les tendiese!

¡Ahora hay una raza vil de usureros, que calculan el interés de un poco de agua prestada al pobre del camino!

»Yo, mi señor, ya he apagado la sed con el agua de tu casa; pero ahora me atormenta de tal manera el hambre, que me contentaría con lo que te haya quedado de la comida, aunque fuera un pedazo de pan seco y una cebolla, nada más.» Alischar, cada vez más enfurecido, le gritó: «¡Vaya, vaya! ¡Fuera de aquí! ¡Basta de citas poéticas! ¡No queda nada en la casa!» El otro contestó sin moverse del sitio: «¡Señor, perdóname! Pero si no hay nada en tu casa, tienes encima los cien dinares que te ha producido el tapiz. Te ruego, pues, por Alah, que vayas al zoco más cercano á comprarme una torta de trigo, para que no se diga que abandoné tu

casa sin que se haya partido entre nosotros el pan y la sal.»

Cuando Alischar oyó estas palabras, dijo para sí: «No hay duda posible. Este maldito cristiano es un loco y un extravagante. Y lo voy á echar á la calle y á azuzar contra él á los perros vagabundos.» Y cuando se preparaba á empujarle afuera, el cristiano, inmóvil, le dijo: «¡Oh mi señor! ¡es un solo pedazo de pan el que deseo, y una sola cebolla para poder matar el hambre! ¡De modo que no hagas mucho gasto por mí, que sería demasiado! Porque el prudente se contenta con poco; y como dice el poeta:

¡Un pan seco basta para apagar el hambre que tortura al sabio, cuando el mundo no bastaría para saciar el falso apetito del tragón!

Cuando Alischar vió que no le quedaba más remedio que ceder, dijo al cristiano: «¡Voy al zoco á buscar de comer! ¡Espérame aquí sin moverte!» Y salió de la casa después de haber cerrado la puerta, y sacó la llave de la cerradura para metérsela en el bolsillo. Fué apresuradamente al zoco, compró queso asado con miel, pepinos, plátanos, hojaldre y pan recién salido del horno, y se lo trajo todo al cristiano, diciéndole: «¡Come!» Pero éste se negó, diciendo: «¡Oh mi señor! ¡qué generosidad la tuya! ¡Lo que traes basta para alimentar á diez personas! ¡Es demasiado, á menos que quieras honrar-

me comiendo conmigo!» Alischar respondió: «Yo estoy harto. ¡Come solo!» El otro exclamó: «¡Oh mi señor, la sabiduría de las naciones nos enseña que el que se niega á comer con su huésped es indudablemente un bastardo adulterino!...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 321.ª NOCHE

Ella dijo:

»...el que se niega á comer con su huésped es indudablemente un bastardo adulterino!» Estas palabras no tenían réplica posible. Alischar no se atrevió á negarse, y se sentó al lado del cristiano, y se puso á comer con él distraídamente. Y el cristiano se aprovechó de la distracción de su huésped para mondar un plátano, partirlo, y deslizar en él con destreza banj puro mezclado con extracto de opio, en dosis suficiente para derribar á un elefante y dormirlo durante un año. Mojó el plátano en la miel blanca, en la cual nadaba el excelente queso asado, y se lo ofreció á Alischar, diciéndole: «¡Oh mi señor! ¡Por la verdad de la fe, acepta de mi mano este suculento plátano que mondé para ti!» Alischar, que tenía prisa por acabar, cogió el plátano y se lo tragó.

Apenas había llegado el plátano á su estómago, cayó Alischar al suelo, dando con la cabeza antes que con los pies, privado de sentido. Entonces el cristiano brincó como un lobo pelado y se precipitó afuera, pues en la calleja de enfrente permanecían en acecho varios hombres con un mulo, y á su cabeza estaba el viejo Rachideddín, el miserable de los ojos azules al cual no había querido pertenecer Zumurrud, y que había jurado poseerla á la fuerza á todo trance. Este Rachideddín no era mas que un innoble cristiano, que profesaba exteriormente el islamismo para gozar sus privilegios cerca de los mercaderes, y era el propio hermano del cristiano que acababa de traicionar á Alischar, y que se llamaba Barssum.

Este Barssum corrió, pues, á avisar á su miserable hermano del resultado de su ardid, y los dos, seguidos por sus hombres, penetraron en la casa de Alischar, se precipitaron en la inmediata habitación, alquilada por Alischar para harem de Zumurrud, lanzáronse sobre la hermosa joven, á la cual amordazaron y agarraron para transportarla en un momento á lomos del mulo, que pusieron al galope, á fin de llegar en pocos instantes, sin que nadie les molestara en el camino, á casa del viejo Rachideddín.

El viejo miserable de ojos azules y bizcos mandó entonces llevar á Zumurrud á la estancia más apartada de la casa, y se sentó cerca de ella, después de haberle quitado la mordaza, y le dijo:

«Hete aquí ya en mi poder, bella Zumurrud, y no será el bribón de Alischar quien venga ahora á sacarte de mis manos. Empieza, pues, antes de acostarte en mis brazos y de experimentar mi valentía en el combate, por abjurar de tu descreída fe y consentir en ser cristiana, como yo soy cristiano. ¡Por el Mesías y la Virgen! ¡Si no te rindes inmediatamente á mi doble deseo, te someteré á los peores tormentos y te haré más desdichada que una perra!»

Al oir estas palabras del miserable cristiano, los ojos de la joven se llenaron de lágrimas, que rodaron por sus mejillas, y sus labios se estremecieron y exclamó: «¡Oh malvado de barbas blancas! ¡por Alah! ¡podrás hacer que me corten en pedazos, pero no conseguirás que abjure de mi fe; podrás apoderarte de mi cuerpo por la violencia, como el cabrón en celo con la cabra joven, pero no someterás mi espíritu á la impureza compartida! ¡Y Alah sabrá pedirte cuenta de tus ignominias tarde ó temprano!»

Cuando el anciano vió que no podía convencerla con palabras, llamó á sus esclavos y les dijo: «¡Echadla al suelo, y sujetadla boca abajo fuertemente!» Y los esclavos la echaron al suelo boca abajo. Entonces aquel miserable cristiano viejo agarró un látigo y empezó á azotarla con crueldad en sus hermosas partes redondeadas, de modo que cada golpe dejaba una larga raya roja en la blancura de las nalgas. Y Zumurrud, á cada golpe que recibía, en vez de debilitarse en la fe, exclamaba:

«¡No hay más Dios que Alah, y Mohamed es el enviado de Alah!» Y el otro no dejó de azotarla hasta que no pudo ya levantar el brazo. Entonces mandó á sus esclavos que la llevasen á la cocina con las criadas y que no le dieran de comer ni de beber. ¡Esto en cuanto á ellos dos!

En cuanto á Alischar, quedó tendido sin sentido en el zaguán de su casa hasta el día siguiente. Entonces volvió en sí y abrió los ojos, disipada ya la embriaguez del banj y desaparecidos de su cabeza los vapores del opio. Se sentó entonces en el suelo, y con todas sus fuerzas llamó: «¡Ya Zumurrud!» Pero no le contestó nadie. Levantóse anhelante y entró en la habitación, que encontró vacía y silenciosa, y con los velos y chal de Zumurrud tirados por el suelo. Se acordó del cristiano importuno, y como también éste había desaparecido, ya no dudó del rapto de su amada Zumurrud. Entonces se tiró al suelo, dándose golpes en la cabeza y sollozando; después se desgarró los vestidos, y lloró todas las lágrimas de la desolación; y en el límite de la desesperanza, se lanzó fuera de su casa, recogió dos piedras grandes, una con cada mano, y empezó á recorrer enloquecido todas las calles, golpeándose el pecho con las piedras y gritando: «¡Ya Zumurrud, Zumurrud!» Y los chiquillos le rodearon, corriendo como él y gritando: «¡Un loco, un loco!» Y los conocidos que le encontraban le miraban con lástima y lamentaban la pérdida de su razón, diciendo: «¡Es el hijo de Gloria! ¡Pobre Alischar!»

Y siguió vagando de aquel modo y haciéndose sonar el pecho á guijarrazos, cuando le encontró una buena vieja, que le dijo: «Hijo mío, ¡así goces de la seguridad y la razón! ¿Desde cuándo estás loco?» Y Alischar le contestó con estos versos:

¡La ausencia de una mujer me hizo perder la razón! ¡Oh vosotros que creéis en mi locura, traedme á la que hubo de causarla, y daréis á mi espíritu la frescura de un díctamo!

Al oir tales versos y al mirar más atentamente á Alischar, la buena anciana comprendió que debía ser un enamorado infeliz, y le dijo: «¡Hijo mío, no temas contarme tus penas y tu infortunio! ¡Acaso me haya puesto Alah en tu senda para ayudarte!» Entonces Alischar le contó su aventura con Barssum el cristiano.

Enterada la buena vieja, estuvo reflexionando una hora, y luego levantó la cabeza y le dijo á Alischar: «¡Levántate, hijo mío, y ve pronto á comprarme un cesto de buhonero, en el cual colocarás, después de adquirirlos en el zoco, pulseras de cristal de colores, anillos de cobre plateado, pendientes, dijes y otras varias cosas como las que venden las piadosas por las casas á las mujeres. Y yo me pondré el cesto en la cabeza, y recorreré las casas de la ciudad, vendiendo esas cosas á las mujeres. Y así podré hacer averiguaciones que nos orientarán, y si Alah quiere, contribui-

rán á que encontremos á tu amada Sett Zumurrud!...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 322.ª NOCHE

Ella dijo:

»...encontremos á tu amada Sett Zumurrud.» Y Alischar se puso á llorar de alegría. Y después de haber besado las manos á la buena vieja, se apresuró á comprar y entregarle lo que le había indicado.

Entonces la vieja se fué á vestirse á su casa. Se tapó la cara con un velo color de miel obscuro, se cubrió la cabeza con un pañuelo de cachemira, se envolvió en un velo grande de seda negra, se puso en la cabeza la consabida cesta, y cogiendo un bastón para sostener su respetable vejez, empezó á recorrer lentamente los harems de personajes y mercaderes por los distintos barrios, y no tardó en llegar á la casa del viejo Rachideddín, el miserable cristiano que pasaba por musulmán, el maldito á quien Alah confunda y abrase en el fuego del infierno y atormente hasta la extinción del tiempo. ¡Amin!

Y llegó precisamente en el momento en que la desventurada joven, arrojada entre las esclavas y criadas de la cocina, y dolorida aún de los golpes que había recibido, yacía medio muerta en una mala estera.

Llamó á la puerta la vieja, y una esclava abrió y la saludó amistosamente. Y la vieja le dijo: «Hija mía, tengo cosas bonitas que vender. ¿Hay en casa quien las compre?» La criada dijo: «¡Ya lo creo!» Y la llevó á la cocina, en donde la vieja se sentó con gran compostura, rodeándola en seguida las esclavas. Fué muy benévola en la venta, y les cedió, por precios muy módicos, pulseras, sortijas y pendientes, de modo que se granjeó su confianza y ganó sus simpatías por su lenguaje virtuoso y la dulzura de sus modales.

Pero al volver la cabeza vió á Zumurrud tendida, é interrogó á las esclavas, que le dijeron cuanto sabían. É inmediatamente comprendió que estaba en presencia de la que buscaba. Se acercó á la joven y le dijo: «¡Hija mía! ¡aléjese de ti todo mal! ¡Alah me envía para socorrerte! ¡Eres Zumurrud, la esclava amada de Alischar, hijo de Gloria!» Y la enteró del objeto de su venida, disfrazada de vendedora, y le dijo: «Mañana por la noche estate dispuesta á dejarte raptar; asómate á la ventana de la cocina que da á la calle, y cuando veas que alguien, entre la obscuridad, se pone á silbar, esa será la seña. Responde silbando también, y salta sin temor á la calle. ¡Alischar en persona estará

allí y te salvará!» Y Zumurrud besó las manos á la vieja, que se apresuró á salir y enterar á Alischar de lo que acababa de suceder, añadiendo: «Irás allá, al pie de la ventana de la cocina de ese maldito, y harás tal y cual cosa.»

Entonces Alischar dió mil gracias á la vieja por sus favores, y quiso hacerle un regalo; pero no lo aceptó ella, y se fué deseándole buen éxito y felicidades, y le dejó recitando versos sobre la amargura de la separación.

Á la noche siguiente, Alischar se encaminó á la casa descrita por la buena vieja y acabó por encontrarla. Se sentó al pie de la pared y aguardó que llegara la hora de silbar. Pero cuando llevaba allí un rato, como había pasado dos noches de insomnio, le venció de pronto el cansancio y se durmió. ¡Glorificado sea el Único, que nunca duerme!

Mientras Alischar permanecía aletargado al pie de la pared, el Destino envió hacia allí, en busca de alguna ganga, á un ladrón entre los ladrones audaces, que, después de dar vuelta á la casa sin encontrar salida, llegó al sitio en que dormía Alischar. Y se inclinó hacia éste, y tentado por la riqueza de su traje, le robó hábilmente el hermoso turbante y el albornoz, y se los puso en seguida. En el mismo momento vió que se abría la ventana y oyó silbar á alguien. Miró, y vió una forma de mujer que le hacía señas y silbaba. Era Zumurrud, que le tomaba por Alischar.

Al ver aquello, el ladrón, aunque sin saber lo que significaba, pensó: «¡Me convendrá contestar!» Y silbó. En seguida salió Zumurrud por la ventana y saltó á la calle con ayuda de una cuerda. Y el ladrón, que era un mozo robusto, la cogió á cuestas y se alejó con la rapidez del relámpago.

Cuando Zumurrud vió que su acompañante tenía tanta fuerza, se asombró mucho, y le dijo: «Amado Alischar, la vieja me había dicho que apenas podías moverte por lo que te habían debilitado la pena y el temor. ¡Pero veo que estás más fuerte que un caballo!» Pero como el ladrón no contestaba y corría con mayor celeridad, Zumurrud le pasó la mano por la cara y se la encontró erizada de pelos más duros que la escoba del hammam, de tal modo que parecía un cerdo que se hubiera tragado una gallina, cuyas plumas se le salieran por la boca. Al encontrarse con aquello, la joven sintió un terror espantoso, y empezó á darle golpes en la cara, gritando: «¿Quién eres y qué eres?» Y como en aquel momento estaban ya lejos de las casas, en campo raso invadido por la noche y la soledad, el ladrón se detuvo un momento, dejó en el suelo á la joven, y gritó: «¡Soy Djiwán el kurdo, el compañero más terrible de la gavilla de Ahmad Ed-Danaf! ¡Somos cuarenta mozos que llevamos mucho tiempo privados de carne fresca! ¡La noche próxima será la más bendita de tus noches, pues todos te cabalgaremos sucesivamente, y te pisaremos el vientre, y nos revolcare-

mos entre tus muslos, y le haremos dar vueltas á tu capullo hasta por la mañana!»

Cuando Zumurrud oyó semejantes palabras de su raptor, comprendió todo lo horrible de su situación, y se echó á llorar, golpeándose el rostro y deplorando el error que la había entregado á aquel bandido perpetrador de violencias y á sus cuarenta compañeros. Y después, viendo que su destino aciago la perseguía y que no podía luchar contra él, se dejó llevar de nuevo por su raptor sin oponer resistencia y se contentó con suspirar: «¡No hay más Dios que Alah! ¡Me refugio en Él! ¡Cada cual lleva su Destino atado al cuello, y haga lo que quiera, no puede alejarse de él!...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 323.ª NOCHE

Ella dijo:

»...¡Cada cual lleva su Destino atado al cuello, y haga lo que quiera, no puede alejarse de él!»

El terrible kurdo Djiwán se echó de nuevo á cuestas á la joven, y siguió corriendo hasta una caverna oculta entre rocas, donde habían estable-

cido su domicilio la gavilla de los cuarenta y su jefe. Arreglaba allí la casa de los ladrones y les preparaba la comida una vieja, que era precisamente la madre del raptor de Zumurrud. Ella fué la que al oir la seña convenida salió á la entrada de la caverna á recibir á su hijo con la capturada. Djiwán entregó la persona de Zumurrud á su madre, y le dijo: «Cuida bien de esta gacela hasta mi regreso, pues voy á buscar á mis compañeros para que la cabalguen conmigo. Pero como no hemos de volver hasta mañana á mediodía, porque tenemos que realizar algunas proezas, te ruego que la alimentes bien, para que pueda soportar nuestras cargas y nuestros asaltos.» Y se fué.

Entonces la vieja se acercó á Zumurrud y le dió de beber, y le dijo: «Hija mía, ¡qué dichosa serás cuando penetren pronto en tu centro cuarenta mozos robustos, sin contar al jefe, que él solo es tan fuerte como todos los demás juntos! ¡Por Alah! ¡qué suerte tienes con ser joven y deseable!» Zumurrud no pudo contestar, y envolviéndose la cabeza con el velo, se tendió en el suelo y así permaneció hasta por la mañana.

La noche la había hecho reflexionar, cobró ánimos y dijo para sí: «¿En qué indiferencia condenable caigo al presente? ¿Voy á aguardar sin moverme la llegada de esos cuarenta bandidos perforadores, que me estropearán al taladrarme y me llenarán como el agua llena un buque hasta hundirlo en el fondo del mar? ¡No, por Alah! ¡Salvaré mi

alma y no les entregaré mi cuerpo!» Y como ya era día claro, se acercó á la vieja, y besándole la mano, le dijo: «Esta noche he descansado bien, mi buena madre, y me siento con muchos ánimos y dispuesta á honrar á mis huéspedes. ¿Qué haremos ahora para pasar el tiempo hasta que lleguen? ¿Quieres, por ejemplo, venir conmigo al sol, y dejar que te despioje y te peine el pelo, buena madre?» La vieja contestó: «¡Por Alah! ¡Excelente ocurrencia, hija mía, pues desde que estoy en esta caverna no me he podido lavar la cabeza, y sirve ahora de habitación á todas las clases de piojos que se alojan en la cabellera de las personas y en los pelos de los animales! ¡Y cuando anochece, salen de mi cabeza y circulan en tropel por todo mi cuerpo! ¡Y los tengo blancos y negros, grandes y chicos! ¡Hay algunos, hija mía, que tienen un rabo muy largo, y se pasean hacia atrás, y otros de olor más fétido que los follones y los cuescos más hediondos! ¡Si consigues librarme de esos animales maléficos, tu vida conmigo será muy dichosa!» Y salió con Zumurrud fuera de la caverna y se acurrucó al sol, quitándose el pañuelo que llevaba á la cabeza. Y entonces pudo ver Zumurrud que había allí todas las variedades de piojos conocidas y otras más. Sin perder valor, empezó á quitarlos á puñados, y á peinar los cabellos por la raíz con espinas gordas; y cuando no quedó mas que una cantidad normal de aquellos piojos, se puso á buscarlos con dedos ágiles y numerosos y á aplastar-

los entre dos uñas, según se acostumbra. Y alisó la cabellera con suavidad, con tanta suavidad, que la vieja se sintió invadida de un modo delicioso por la tranquilidad de su propia piel limpia, y acabó por dormirse profundamente.

Sin perder tiempo, Zumurrud se levantó y corrió á la caverna, en la cual cogió y se puso ropa de hombre; y se rodeó la cabeza con un turbante hermoso, que procedía de un robo hecho por los cuarenta, y salió á escape para dirigirse á un caballo, robado también, que por allí pacía con los pies trabados; le puso silla y riendas, saltó encima á horcajadas y salió á galope en línea recta, invocando al Dueño de la salvación.

Galopó sin descanso hasta que anocheció; y al amanecer siguiente reanudó la carrera, sin parar mas que alguna que otra vez para descansar, comer alguna raíz y dejar pacer al caballo. Y así prosiguió durante diez días y diez noches.

Por la mañana del día undécimo, salió al cabo del desierto que acababa de atravesar y llegó á una verde pradera por donde corrían hermosas aguas y alegraba la vista el espectáculo de frondosos árboles, de umbrías, y de rosas y flores que un clima primaveral hacía brotar á millares; allí jugueteaban también aves de la creación y pastaban rebaños de gacelas y de animales muy lindos.

Zumurrud descansó una hora en aquel sitio delicioso, y luego montó de nuevo á caballo, y siguió un camino muy hermoso que corría por entre ma-

sas de verdor y llevaba á una gran ciudad, cuyos alminares brillaban al sol en lontananza.

Cuando estuvo cerca de los muros y de la puerta de la ciudad, vió una muchedumbre inmensa, que al distinguirla empezó á lanzar gritos delirantes de alegría y triunfo, y en seguida salieron de la puerta y fueron á su encuentro emires á caballo y personajes y jefes de soldados, que se prosternaron y besaron la tierra con muestras de sumisión de súbditos á su rey, mientras por todas partes brotaba este clamor inmenso de la multitud delirante: «¡Dé Alah la victoria á nuestro sultán! ¡Traiga tu feliz venida la bendición al pueblo de los musulmanes, ¡oh rey del universo! ¡Consolide Alah tu reinado, ¡oh rey nuestro!» Y al mismo tiempo millares de guerreros á caballo se formaron en dos filas para separar y contener á las masas en el límite del entusiasmo, y un pregonero público, encaramado en un camello ricamente enjaezado, anunciaba al pueblo á toda voz la feliz llegada de su rey.

Pero Zumurrud, disfrazada de caballero, no entendía lo que podía significar todo aquello, y acabó por preguntar á los grandes dignatarios, que habían cogido por cada lado las riendas del caballo: «¿Qué pasa, distinguidos señores, en vuestra ciudad? ¿Y qué me queréis?» Entonces, de entre todos ellos se adelantó un gran chambelán, que, tras de inclinarse hasta el suelo, dijo á Zumurrud: «El Donador, ¡oh dueño nuestro! no contó sus gracias al otorgártelas! ¡Loor se le dé! ¡Te trae de la mano hasta nos-

otros para colocarte como nuestro rey sobre el trono de este reino! ¡Loor á Él, que nos da un rey tan joven y tan bello, de la noble raza de los hijos de los turcos de rostro brillante! ¡Gloria á Él! Porque si nos hubiera enviado algún mendigo ó cualquiera otra persona de poco más ó menos, nos habríamos visto obligados también á aceptarlo por nuestro rey y á rendirle pleito homenaje. Sabe, en efecto...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 324.ª NOCHE

Ella dijo.

»...Sabe, en efecto, que la costumbre de los habitantes de esta ciudad cuando muere nuestro rey sin dejar hijo varón, es dirigirnos á esta carretera y aguardar la llegada del primer caminante que nos envíe el Destino para elegirle como rey y saludarle como á tal. ¡Y hoy hemos tenido la dicha de encontrarte á ti, el más hermoso de los reyes de la tierra y el único de tu siglo y de todos los siglos!»

Y Zumurrud, que era una mujer de seso y de excelentes ideas, no se desconcertó con noticia tan extraordinaria, y dijo al gran chambelán y á los demás dignatarios: «¡Oh vosotros todos, fieles súbditos míos desde ahora, no creáis de todos modos que

yo soy algún turco de obscuro nacimiento ó hijo de algún plebeyo. ¡Al contrario! ¡Tenéis delante de vosotros á un turco de elevada estirpe que ha huído de su país y de su casa después de haber reñido con su familia, y ha resuelto recorrer el mundo buscando aventuras! ¡Y como precisamente el Destino me hace dar con una ocasión bastante propicia para ver algo nuevo, consiento en ser vuestro rey!»

Y en seguida se puso á la cabeza de la comitiva, y entre las aclamaciones y gritos de júbilo de todo el pueblo, hizo su entrada triunfal en la ciudad.

Al llegar á la puerta principal de palacio, los emires y chambelanes se apearon, y la sostuvieron por debajo de los brazos, y la ayudaron á bajar del caballo, y la llevaron en brazos al gran salón de recepciones; y después de revestirla con los atributos regios, la hicieron sentar en el trono de oro de los antiguos reyes. Y todos juntos se prosternaron y besaron el suelo entre sus manos, pronunciando el juramento de sumisión.

Entonces Zumurrud inauguró su reinado mandando abrir los tesoros regios acumulados durante siglos, y mandó sacar cantidades considerables, que repartió entre los soldados, los pobres y los indigentes. Así es que el pueblo la amó é hizo votos por la duración de su reinado. Y además Zumurrud tampoco se olvidó de regalar gran cantidad de ropas de honor á los dignatarios de palacio, y otorgar mercedes á los emires y chambelanes, así como á

sus esposas y á todas las mujeres del harem. Además, abolió el cobro de impuestos, los consumos y las contribuciones, y mandó libertar á los presos, y corrigió todos los males. Y de tal modo ganó el afecto de grandes y chicos, que todos la tenían por hombre, y se maravillaban de su continencia y castidad cuando supieron que nunca entraba en el harem ni se acostaba jamás con sus mujeres. En efecto, no quiso tener de noche más servicio particular que el de sus lindos eunucos, que dormían atravesados delante de su puerta.

Lejos de ser dichosa, Zumurrud no hacía mas que pensar en su amado Alischar, de quien no tuvo noticias, no obstante todas las investigaciones que mandó hacer secretamente. Y no cesaba de llorar cuando estaba sola, ni de rezar y ayunar para atraer la bendición de Alah sobre Alischar y lograr volverle á ver sano y salvo después de la ausencia. Y así pasó un año; y todas las mujeres del palacio levantaban los brazos, desesperadas, y exclamaban: «¡Qué desgracia para nosotras que el rey sea tan devoto y casto!»

Al cabo del año, Zumurrud tuvo una idea y quiso ejecutarla inmediatamente. Mandó llamar á visires y chambelanes, y les ordenó que los arquitectos é ingenieros abrieran un vasto meidán, de una parasanga de ancho y largo, y que construyeran en medio un magnífico pabellón con cúpula, que había de tapizarse ricamente para colocar un trono, y tantos asientos como dignatarios había en palacio.

Se ejecutaron en muy poco tiempo las órdenes de Zumurrud. Y trazado el meidán, y levantado el pabellón, y dispuestos el trono y los asientos en el orden jerárquico, Zumurrud convocó á todos los grandes de la ciudad y del palacio, y les ofreció un banquete tal, que ningún anciano recordaba de otro parecido. Y al final del festín, Zumurrud se volvió hacia los invitados y les dijo: «¡En adelante, durante todo mi reinado, os convocaré en este pabellón á principios de cada mes, y os sentaréis en vuestros sitios, y convocaré asimismo á todo el pueblo, para que tome parte en el banquete, y coma y beba, y dé gracias al Donador por sus dones!» Y todos le contestaron oyendo y obedeciendo. Y entonces añadió: «¡Los pregoneros públicos llamarán á mi pueblo al festín y les advertirán que será ahorcado quien se niegue á venir!»

Y al principio del mes los pregoneros públicos recorrieron las calles, gritando: «¡Oh vosotros todos, mercaderes y compradores, ricos y pobres, hambrientos y hartos, por orden de nuesto señor el rey, acudid al pabellón del meidán! ¡Comeréis y beberéis y bendeciréis al Bienhechor! ¡Y será ahorcado quien no vaya! ¡Cerrad las tiendas y dejad de vender y comprar! ¡El que se niegue será ahorcado!»

Á esta invitación, la muchedumbre acudió y se hacinó en el pabellón, estrujándose en medio del salón unos á otros, mientras el rey permanecía sentado en el trono, y á su alrededor, en los sitios res-

pectivos, aparecían colocados jerárquicamente los grandes y dignatarios. Y todos empezaron á comer toda clase de cosas excelentes, como carneros asados, arroz con manteca, y sobre todo el excelente manjar llamado «kisck», preparado con trigo pulverizado y leche fermentada. Y mientras comían, el rey los examinaba atentamente uno tras otro, y durante tanto tiempo, que cada cual decía á su vecino: «¡Por Alah! ¡No sé por qué me mira el rey con esa obstinación!» Y entretanto, los grandes y dignatarios no dejaban de alentar á toda aquella gente, diciéndole: «¡Comed sin cortedad y hartaos! ¡El mayor gusto que le podéis dar al rey es demostrarle vuestro apetito!» Y ellos decían: «¡Por Alah! ¡En toda la vida hemos visto un rey que quisiera tan bien á su pueblo!»

Y entre los glotones que comían con más ardiente voracidad, haciendo desaparecer en su garganta fuentes enteras, estaba el miserable cristiano Barssum que durmió á Alischar y raptó á Zumurrud, ayudado por su hermano el viejo Rachideddín. Cuando Barssum acabó de comer la carne y los manjares con manteca ó grasa, vió una fuente colocada fuera de su alcance, llena de un admirable arroz con leche cubierto de azúcar fino y canela; atropelló á todos los vecinos y agarró la fuente, que atrajo á sí y colocó debajo de su mano, y cogió un enorme pedazo, que se metió en la boca. Escandalizado entonces uno de sus vecinos, le dijo...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 325.ª NOCHE

Ella dijo:

...Escandalizado entonces uno de sus vecinos, le dijo: «¿No te da vergüenza tender la mano hacia lo que está lejos de tu alcance, ni apoderarte de una fuente tan grande para ti solo? ¿Ignoras que la educación nos enseña á no comer mas que lo que tenemos delante?» Y otro añadió: «¡Ojalá que ese manjar te pese en la barriga y te trastorne las tripas!» Y otro muy chistoso, gran aficionado al haschich, le dijo: «¡Eh, por Alah! ¡Repartamos! ¡Acerca eso, que tome yo un bocado, ó dos ó tres!» Pero Barssum le dirigió una mirada despreciativa, y le gritó con violencia: «¡Ah maldito devorador de haschich! ¡Este noble manjar no se ha hecho para tus mandíbulas! ¡Está destinado al paladar de los emires y gente delicada!» Y se preparaba á meter otra vez los dedos en la deliciosa pasta, cuando Zumurrud, que lo observaba hacía un rato, le conoció, y mandó hacia él á cuatro guardias diciéndoles: «¡Id en seguida á apoderaros de ese individuo que come arroz con leche, y traédmelo!» Y los cuatro guardias se precipitaron sobre Barssum, le

arrancaron de entre los dedos el bocado que iba á tragar, le echaron de cara contra el suelo y le arrastraron por las piernas hasta delante del rey, entre los espectadores asombrados, que en seguida dejaron de comer, cuchicheando unos junto á otros: «¡Eso es lo que se saca por ser glotón y apoderarse de la comida de los demás!» Y el comedor de haschich dijo á los que le rodeaban: «¡Por Alah! ¡qué bien he hecho en no comer con él ese excelente arroz con leche! ¿Quién sabe el castigo que le darán?» Y todos empezaron á mirar atentamente lo que iba á ocurrir.

Zumurrud, con los ojos encendidos por dentro, preguntó al hombre: «Dime, hombre de malos ojos azules, ¿cómo te llamas y cuál es el motivo de tu venida á este país?» El miserable cristiano, que se había puesto turbante blanco, privilegio de los musulmanes, dijo: «¡Oh nuestro señor el rey, me llamo Alí y tengo el oficio de pasamanero. He venido á este país á ejercer mi oficio y á ganarme la vida con el trabajo de mis manos!»

Entonces Zumurrud dijo á uno de sus eunucos: «¡Ve pronto á buscar en mi mesa la arena adivinatoria y la pluma de cobre que me sirve para trazar las líneas geománticas!» Y en cuanto se ejecutó su orden, Zumurrud extendió cuidadosamente la arena adivinatoria en la superficie plana de la mesa, y con la pluma de cobre trazó la figura de un mono y algunos renglones de caracteres desconocidos. Después de lo cual recapacitó pro-

fundamente un rato, levantó de pronto la cabeza, y con voz terrible que fué oída por toda la muchedumbre, le gritó al miserable: «¡Oh perro! ¿cómo te atreves á mentir á los reyes? ¿No eres cristiano y no te llamas Barssum? ¿Y no has venido á este país para buscar una esclava raptada por ti en otro tiempo? ¡Ah perro! ¡Ah maldito! ¡Ahora mismo vas á confesar la verdad que me acaba de revelar tan claramente la arena adivinatoria!»

Aterrado el cristiano al oir estas palabras, se cayó al suelo juntando las manos, y dijo: «¡Perdón, ¡oh rey del tiempo! no te engañas! ¡En efecto (preservado seas de todo mal), soy un innoble cristiano y vine aquí con la intención de apoderarme de una musulmana á quien rapté y que huyó de nuestra casa!»

Entonces Zumurrud—en medio de los murmullos de admiración de todo el pueblo, que decía: «¡Ualah! ¡no hay en el mundo un geomántico lector de arena comparable con nuestro rey!»—llamó al verdugo y á sus ayudantes y les dijo: «¡Llevaos á ese miserable perro fuera de la ciudad, desolladle vivo, rellenadle con hierba de la peor calidad, y volved y clavad la piel en la puerta del meidán! En cuanto al cadáver, hay que quemarlo con excrementos secos y enterrar en el albañal lo que sobre.» Y contestaron oyendo y obedeciendo, y se llevaron al cristiano, y lo ejecutaron según la sentencia, que al pueblo le pareció llena de justicia y cordura.

Los vecinos que habían visto al miserable comer el arroz con leche no pudieron dejar de comunicarse mutuamente sus impresiones. Uno dijo: «¡Ualah! ¡En mi vida volveré á dejarme tentar por ese plato, aunque me gusta en extremo! ¡Trae mala sombra!» Y el comedor de haschich exclamó, agarrándose el vientre porque tenía cólico de terror: «¡Ualah! ¡Mi buen destino me ha librado de tocar á ese maldito arroz con canela!» ¡Y todos juraron no volver á pronunciar ni el nombre del arroz con leche!

Á todo esto, entró un hombre de aspecto repulsivo, que se adelantó rápidamente, atropellando á todo el que hallaba al paso, y viendo todos los sitios ocupados menos alrededor de la fuente del arroz con leche, se acurrucó delante de ella y en medio del espanto general se dispuso á tender la mano para comerlo.

Y Zumurrud en seguida conoció que aquel hombre era su raptor, el terrible Djiwán el kurdo, uno de los cuarenta de la gavilla de Ahmad Ed-Danaf. El motivo que lo llevaba á la ciudad no era otro que buscar á la joven, cuya fuga le había inspirado un furor espantoso cuando estaba ya preparado á cabalgarla con sus compañeros. Y se había mordido la mano de desesperación y había jurado que la encontraría, aunque estuviera escondida detrás del monte Cáucaso, ú oculta como el alfónsigo en la cáscara. Y había salido á buscarla, y había acabado por llegar á la ciudad consabida, y por entrar

con los demás en el pabellón para que no le ahorcaran...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 326.ª NOCHE

Ella dijo:

...y entrar con los demás en el pabellón para que no le ahorcaran.

Sentóse, pues, ante la fuente de arroz con leche y metió toda la mano en medio. Y entonces por todas partes le gritaron: «¡Eh! ¿Qué vas á hacer? ¡Ten cuidado! ¡Te van á desollar vivo! ¡No toques á esa fuente, que es de mala sombra!» Pero el hombre les dirigió miradas terribles y les gritó: «¡Callaos vosotros! ¡Quiero comer de este plato y llenarme la barriga! ¡Me gusta el arroz con leche!» Y le dijeron otra vez: «¡Que te ahorcarán y te desollarán!» Y por toda contestación se acercó más á la fuente, en la cual ya había metido la mano, y se inclinó hacia ella. Al verlo el comedor de haschich, que era el que tenía más cerca, se escapó asustado y libre ya de los vapores del haschich, para sentarse más lejos, protestando de que no tenía nada que ver con lo que ocurriera.

Y Djiwán el kurdo, después de haber metido en la fuente la mano negra como la pata del cuervo, la sacó enorme y pesada como el pie de un camello. Redondeó en la palma el prodigioso pedazo que había sacado, hizo con él una bola tan gorda como una cidra, y con un movimiento giratorio se la arrojó al fondo de la garganta, en donde se hundió con el estruendo de un trueno ó con el ruido de una cascada en una caverna sonora, hasta el punto de que la cúpula del pabellón resonó con un eco sonoro que hubo de repercutir saltando y rebotando. ¡Y fué tal la huella dejada en la masa de donde se sacó el pedazo, que se vió el fondo de la enorme fuente!

Al percibir aquello, el comedor de haschich levantó los brazos y exclamó: «¡Alah nos proteja! ¡Se ha tragado la fuente de un solo bocado! ¡Gracias á Alah que no me creó arroz con leche ó canela ú otra cosa semejante entre sus manos!» Y añadió: «¡Dejémosle comer á su gusto, pues ya veo que se le dibuja en la frente la imagen del desollado y ahorcado que ha de ser!» Y se puso más lejos del alcance de la mano del kurdo, gritándole: «¡Así se te pare la digestión y te ahogue, espantoso abismo!» Pero el kurdo, sin hacer caso de lo que decían á su alrededor, metió otra vez los dedos, gordos como estacas, en la masa tierna, que se entreabrió con un crujido sordo, y los sacó con una bola como una calabaza en las puntas, y ya le estaba dando vueltas en la palma antes de tragarla, cuando Zumurrud

dijo á los guardias: «¡Traedme pronto al del arroz, antes de que se trague el bocado!» Y los guardias saltaron sobre el kurdo, que no los veía por tener la mitad del cuerpo encorvado encima de la fuente. Y le derribaron con agilidad, le ataron las manos á la espalda y le llevaron á presencia del rey, mientras decían los circunstantes: «Él se empeñó en perderse. ¡Ya le habíamos aconsejado que se abstuviera de tocar á ese nefasto arroz con leche!»

Cuando le tuvo delante, Zumurrud le preguntó: «¿Cuál es tu nombre? ¿Cuál es tu oficio? ¿Y qué causa te ha impulsado á venir á esta ciudad?» El otro contestó: «Me llamo Othmán, y soy jardinero. Respecto al motivo de mi venida, busco un jardín en donde trabajar para comer.» Zumurrud exclamó: «¡Que me traigan la mesa de arena y la pluma de cobre!» Y cuando tuvo ambos objetos, trazó caracteres y figuras con la pluma en la arena extendida, reflexionó y calculó una hora, después levantó la cabeza y dijo: «¡Desdicha sobre ti, miserable embustero! Mis cálculos sobre la mesa de arena me enteran de que en realidad te llamas Dj wán el kurdo, y que tu oficio es el de bandolero, ladrón y asesino! ¡Ah cerdo, hijo de perro y de mil zorras! ¡Confiesa en seguida la verdad ó lo harás á golpes!»

Al oir estas palabras del rey—del cual no podía sospechar que fuese la joven robada poco antes por él—, palideció, le temblaron las mandíbulas y los labios se le contrajeron, dejando al descubierto unos dientes que parecían de lobo ó de otra alimaña sil-

vestre. Después intentó salvar la cabeza declarando la verdad, y dijo: «¡Cierto es cuanto dices, ¡oh rey! ¡Pero me arrepiento ante ti ahora mismo, y en adelante seguiré el buen camino!» Mas Zumurrud le dijo: «¡Me es imposible dejar vivir en el camino de los musulmanes á una fiera dañina!» Después ordenó: «Que se lo lleven y le desuellen vivo y le rellenen de paja para clavarle á la puerta del pabellón, y sufra su cadáver la misma suerte que el del cristiano!»

Cuando el comedor de haschich vió que los guardias se llevaban á aquel hombre, se levantó y se volvió de espaldas á la fuente de arroz, y dijo: «¡Oh arroz con leche, salpicado con azúcar y canela, te vuelvo la espalda, porque no te juzgo, malhadado manjar, digno de mis miradas, ni casi de mi trasero...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 327.ª NOCHE

Ella dijo:

»...porque no te juzgo, malhadado manjar, digno de mis miradas, ni casi de mi trasero! ¡Te escupo encima y abomino de ti!» Y nada más por lo que á él respecta.

Veamos en cuanto al tercer festín. Como en las dos circunstancias anteriores, los pregoneros vocearon el mismo anuncio, y se hicieron iguales preparativos; y el pueblo se congregó en el pabellón, los guardias se colocaron ordenadamente y el rey se sentó en el trono. Y todo el mundo se puso á comer, á beber y á regocijarse, y la multitud se amontonaba por todas partes, menos delante de la fuente de arroz con leche, que permanecía intacta en medio del salón, mientras todos los comensales le volvían la espalda. Y de pronto entró un hombre de barbas blancas, que, al ver vacíos los alrededores de la fuente, se dirigió hacia aquel lado y se sentó para comer, á fin de que no le ahorcaran. Y Zumurrud le miró, y vió que era el viejo Rachideddín, el miserable cristiano que la había hecho raptar por su hermano Barssum.

Efectivamente; como Rachideddin vió que pasaba un mes sin que volviera su hermano, al cual había enviado en busca de la joven desaparecida, resolvió partir en persona para tratar de dar con ella, y el Destino le llevó á aquella ciudad hasta aquel pabellón, delante de la fuente de arroz con leche.

Al reconocer al maldito cristiano, Zumurrud dijo para sí: «¡Por Alah! ¡Este arroz con leche es un manjar bendito, pues me hace encontrar á todos los seres maléficos! Tengo que mandarlo pregonar algún día por toda la ciudad como manjar obligatorio para todos los ciudadanos. ¡Y mandaré ahorcar á quienes no les guste! ¡Entretanto, voy á

emprenderla con ese viejo criminal!» Y dijo á los guardias: «¡Traedme al del arroz!» Y los guardias, acostumbrados ya, vieron al hombre, en seguida se precipitaron sobre él y le arrastraron por las barbas á presencia del rey, que le preguntó: «¿Cómo te llamas? ¿Cuál es tu profesión? ¿Y por qué has venido aquí?» Él contestó: «¡Oh rey afortunado, me llamo Rustem, pero no tengo más profesión que la de pobre, la de derviche!» Zumurrud gritó: «¡Tráiganme la arena y la pluma!» Y se las llevaron. Y después de haber extendido ella la arena y haber trazado figuras y caracteres, estuvo reflexionando una hora, al cabo de la cual levantó la cabeza y dijo: «¡Mientes delante del rey, maldito! ¡Te llamas Rachideddín, y tu profesión consiste en mandar raptar traidoramente á las mujeres de los musulmanes para encerrarlas en tu casa; en apariencia profesas la fe del Islam, pero en el fondo del corazón eres un miserable cristiano corrompido por los vicios! ¡Confiesa la verdad, ó tu cabeza saltará ahora mismo á tus pies!» Y el miserable, aterrado, creyó salvar la cabeza confesando sus crímenes y actos vergonzosos. Entonces, Zumurrud dijo á los guardias: «¡Echadle al suelo y dadle mil palos en cada planta de los pies!» Y así se hizo inmediatamente. Entonces dijo Zumurrud: «¡Ahora lleváosle, desolladle, rellenadle con hierba podrida y clavadle con los otros dos á la entrada del pabellón! ¡Y sufra su cadáver la misma suerte que los de los otros dos perros!» Y en el acto se ejecutó todo.

Después, todo el mundo reanudó la comida, haciéndose lenguas de la sabiduría y ciencia adivinatoria del rey y ponderando su justicia y equidad.

Terminado el festín, el pueblo se fué y la reina Zumurrud volvió á palacio. Pero no era feliz en su intimidad, y decía para sí: «¡Gracias á Alah, que me ha apaciguado el corazón ayudándome á vengarme de quienes me hicieron daño! ¡Pero todo ello no me devuelve á mi amado Alischar! ¡Sin embargo, el Altísimo es al mismo tiempo el Todopoderoso, y puede hacer cuanto quiera en beneficio de quienes le adoran y lo reconocen como único Dios!» Y conmovida al recordar á su amado, derramó abundantes lágrimas toda la noche, y después se encerró sola con su dolor hasta principios del mes siguiente.

Entonces el pueblo se reunió otra vez para el banquete acostumbrado, y el rey y los dignatarios tomaron asiento, como solían, bajo la cúpula. Y había empezado ya el banquete, y Zumurrud había perdido la esperanza de volver á ver á su amado, y rezaba interiormente esta oración: «¡Oh tú que devolviste á Iussuf á su anciano padre Jacob, que curaste las llagas incurables del santo Ayub, abrígame en tu bondad, que vuelva á ver también á mi amado Alischar! ¡Eres el Omnipotente, ¡oh señor del universo! ¡Tú que llevas al buen camino á quienes se descarrían, tú que escuchas todas las voces, y atiendes á todos los votos, y haces que el

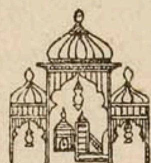
día suceda á la noche, devuélveme á tu esclavo Alischar!»

Apenas formuló Zumurrud interiormente aquella invocación, entró un joven por la puerta del meidán, y su cintura flexible se plegaba como se balancea la rama del sauce á impulso de la brisa. Era hermoso cual la luz es hermosa, pero parecía delicado y algo fatigado y pálido. Buscó por doquiera un sitio para sentarse y no encontró libre mas que el cercano á la fuente del consabido arroz con leche. Y allí se sentó, y le seguían las miradas espantadas de quienes le creían perdido, y ya lo veían desollado y ahorcado.

Y á la primera mirada conoció Zumurrud á Alischar. Y el corazón le empezó á palpitar apresuradamente y le faltó poco para exhalar un grito de júbilo. Pero logró vencer aquel movimiento irreflexivo para no traicionarse á sí misma delante del pueblo. Sin embargo, era presa de intensa emoción, y las entrañas se le agitaban y el corazón le latía cada vez con más fuerza. Y quiso tranquilizarse por completo antes de llamar á Alischar.

He aquí lo ocurrido á éste. Cuando se despertó...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 328.ª NOCHE

Ella dijo:

...Cuando se despertó ya era de dia, y los mercaderes empezaban á abrir el zoco. Asombrado Alischar al verse tendido en aquella calle, se llevó la mano á la frente, y vió que había desaparecido el turbante, lo mismo que el albornoz. Entonces empezó á comprender la realidad, y corrió muy alborotado á contar su desventura á la buena vieja, á quien rogó que fuera á averiguar noticias. Ella consintió de grado, y salió para volver al cabo de una hora con la cara y la cabellera trastornada, á enterarle de la desaparición de Zumurrud y decirle: «Creo, hijo mío, que ya puedes renunciar á volver á ver á tu amada. ¡En las calamidades, no hay fuerza ni recurso mas que en Alah Omnipotente! ¡Todo lo que te ocurre es por culpa tuya!»

Al oír esto, Alischar vió que la luz se convertía en tinieblas á sus ojos, y desesperó de la vida, y deseó morir, y se echó á llorar y sollozar en brazos de la buena vieja, hasta que se desmayó. Después, á fuerza de cuidados, recobró el sentido; pero fué para meterse en la cama, presa de una grave enfermedad que le hizo padecer insomnios, y sin

duda le habría llevado directamente á la tumba, si la buena anciana no le hubiera querido, cuidado y alentado. Muy enfermo estuvo un año entero, sin que la vieja le dejara un momento; le daba las medicinas, y le cocía el alimento, y le hacía respirar los perfumes vivificadores. Y en un estado de debilidad extrema, se dejaba cuidar, y recitaba versos muy tristes sobre la separación, como éstos entre otros mil:

¡Acumúlanse las zozobras, se aparta el amor, corren las lágrimas y el corazón arde!

¡El peso del dolor cae sobre una espalda que no puede soportarlo, sobre un corazón extenuado por el deseo de amar, por la pasión sin rumbo y por las continuadas vigilias!

¡Señor! ¿queda algún medio de ayudarme? ¡Apresúrate á socorrerme, antes de que el último aliento de vida se exhale de un cuerpo agotado!

En tal estado permaneció Alischar sin esperanza de restablecerse, lo mismo que sin esperanza de volver á ver á Zumurrud, y la buena vieja no sabía cómo sacarle de aquel letargo, hasta que un día le dijo: «¡Hijo mío, el modo de volver á encontrar á tu amiga no es seguir lamentándote sin salir de casa! Si quieres hacerme caso, levántate y repón tus fuerzas, y sal á buscarla por las ciudades y comarcas. ¡Nadie sabe por qué camino puede venir la salvación!» Y no dejó de alentarle de tal manera

ni de darle esperanza, hasta que le obligó á levantarse y á entrar en el hammam, en el cual ella misma le bañó, y le hizo tomar sorbetes y comerse un pollo. Y le estuvo cuidando de la misma manera un mes, hasta que le dejó en situación de poder viajar. Entonces Alischar se despidió de la anciana, después de haber terminado sus preparativos de marcha, y se puso en camino para buscar á Zumurrud. Y así fué como acabó por llegar á la ciudad en donde Zumurrud era rey, y por entrar en el pabellón del festín, y sentarse delante de la fuente de arroz con leche salpicado de azúcar y canela.

Como tenía mucha hambre, se levantó las mangas hasta los codos, dijo la fórmula «Bismilah», y se dispuso á comer. Entonces, sus vecinos, compadecidos al ver el peligro á que se exponía, le advirtieron que seguramente le ocurriría alguna desgracia si tenía la mala suerte de tocar aquel manjar. Y como se empeñaba en ello, el comedor de haschich le dijo: «¡Mira que te desollarán y ahorcarán!» Y Alischar contestó: «¡Bendita sea la muerte que me libre de una vida llena de infortunios! ¡Pero antes probaré este arroz con leche!» Y alargó la mano y empezó á comer con gran apetito.

Eso fué todo. Y Zumurrud, que lo observaba muy conmovida, dijo para sí: «¡Quiero empezar por dejarlo saciar el hambre antes de llamarle!» Y cuando vió que había acabado de comer y que había pronunciado la fórmula «¡Gracias á Alah!», dijo á los guardias: «Id á buscar afablemente á ese

joven que está sentado delante de la fuente de arroz con leche, y rogadle con muy buenos modales que venga á hablar conmigo, diciéndole: «¡El rey te llama para hacerte una pregunta y una respuesta nada más!» Y los guardias fueron y se inclinaron ante Alischar, y le dijeron: «¡Señor, nuestro rey te llama para hacerte una pregunta y una respuesta nada más!» Alischar contestó: «¡Escucho y obedezco!» Y se levantó y les acompañó junto al rey.

En tanto, la gente del pueblo hacía entre sí mil conjeturas. Unos decían: «¡Qué desgracia para su juventud! ¡Dios sabe lo que le ocurrirá!» Pero otros contestaban: «Si fueran á hacerle algo malo, el rey no le habría dejado comer hasta hartarse. ¡Le hubiera mandado prender al segundo bocado!» Y otros decían: «¡Los guardias no le llevaron arrastrándole por los pies ni por la ropa! ¡Le acompañaron siguiéndole respetuosamente á distancia!»

Entretanto, Alischar se presentaba delante del rey. Allí se inclinó y besó la tierra entre las manos del rey, que le preguntó con voz temblorosa y muy dulce: «¿Cómo te llamas, ¡oh hermoso joven!? ¿Cuál es tu oficio? ¿Y qué motivo te ha obligado á dejar tu país por estas comarcas lejanas?» Él contestó: «¡Oh rey afortunado! me llamo Alischar, hijo de Gloria, y soy vástago de un mercader en el país de Khorasán. Mi profesión era la de mi padre; pero hace tiempo que las calamidades me hicieron renunciar á ella. En cuanto al motivo de mi venida á este país...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 329.ª NOCHE

Ella dijo:

»...En cuanto al motivo de mi venida á este país, ha sido la busca de una persona amada á quien he perdido, y á quien quería más que á mi vista, á mis oídos y á mi alma! ¡Y desde que me la quitaron, vivo como un sonámbulo! ¡Y tal es mi lamentable historia!» Y Alischar, al terminar estas palabras, prorrumpió en llanto, y se puso tan malo, que se desmayó.

Entonces, Zumurrud, en el límite del enternecimiento, mandó á sus dos eunucos que le rociaran la cara con agua de rosas. Y los dos esclavos ejecutaron en seguida la orden, y Alischar volvió en sí al oler el agua de rosas. Entonces Zumurrud dijo: «¡Ahora que me traigan la mesa de arena y la pluma de cobre!» Y cogió la mesa y la pluma, y después de haber trazado renglones y caracteres, reflexionó durante una hora, y dijo con dulzura, pero de modo que todo el pueblo lo oyera: «¡Oh Alischar, hijo de Gloria! la arena adivinatoria confirma tus palabras. Dices la verdad. Por eso puedo predecirte que Alah te hará encontrar pronto á tu

amada! ¡Apacígüese tu alma y refrésquese tu corazón!» Después levantó la sesión y mandó á los esclavos que condujeran á Alischar al hammam, y después del baño le pusieran un traje del armario regio, y montándole en un caballo de las caballerizas reales, se lo volvieran á presentar al anochecer. Y los dos eunucos contestaron oyendo y obedeciendo, y se apresuraron á ejecutar las órdenes del rey.

En cuanto á la gente del pueblo, que había presenciado toda aquella escena y oído las órdenes dadas, se preguntaban unos á otros: «¿Qué oculta causa habrá movido al rey á tratar á ese hermoso joven con tanta consideración y dulzura?» Y otros contestaban: «¡Por Alah! El motivo está bien claro: ¡el muchacho es muy hermoso!» Y otros dijeron: «Hemos previsto lo que iba á pasar sólo con ver al rey dejarle saciar el hambre en aquella fuente de arroz con leche, ¡Ualah! ¡Nunca habíamos oído decir que el arroz con leche pudiera producir semejantes prodigios!» Y se marcharon, diciendo cada cual lo que le parecía ó insinuando una frase picaresca.

Volviendo á Zumurrud, aguardó con una impaciencia indecible que llegase la noche para poder al fin aislarse con el amado de su corazón. De modo que apenas desapareció el sol y los almuédanos llamaron á los creyentes á la oración, Zumurrud se desnudó y se tendió en la cama, sin más ropa que su camisa de seda. Y bajó las cortinas para quedar

á obscuras, y mandó á los dos eunucos que hicieran entrar á Alischar, el cual aguardaba en el vestíbulo.

Por lo que respecta á los chambelanes y dignatarios de palacio, ya no dudaron de las intenciones del rey al verle tratar de aquel modo desacostumbrado al hermoso Alischar. Y se dijeron: «Bien claro está que el rey se prendó de ese joven. ¡Y seguramente, después de pasar la noche con él, mañana le nombrará chambelán ó general de ejército!» Eso en cuanto á ellos.

He aquí, por lo que se refiere á Alischar. Cuando estuvo en presencia del rey, besó la tierra entre sus manos, ofreciéndole sus homenajes y sus votos, y aguardó que le interrogaran. Entonces Zumurrud dijo para sí: «No puedo revelarle de pronto quién soy, pues si me conociera de improviso, se moriría de emoción.» Por consiguiente, se volvió hacia él, y le dijo: «¡Oh gentil joven! ¡Ven más cerca de mí! Dime: ¿has estado en el hammam?» Él contestó: «¡Sí, oh señor mío!» Ella preguntó: «¿Te has lavado, y refrescado, y perfumado por todas partes?» Él contestó: «¡Sí, oh señor mío!» Ella preguntó: «¡Seguramente el baño te habrá excitado el apetito, ¡oh Alischar! Al alcance de tu mano, en ese taburete, hay una bandeja llena de pollos y pasteles. ¡Empieza por aplacar el hambre!» Entonces Alischar respondió oyendo y obedeciendo, y comió lo que le hacía falta, y se puso contento. Y Zumurrud le dijo: «¡Ahora debes de tener sed! Ahí en otro

segundo taburete, está la bandeja de las bebidas. Bebe cuanto desees y luego acércate más á mí.» Y Alischar se bebió una taza de cada frasco, y muy tímidamente se acercó á la cama del rey.

Entonces el rey le cogió de la mano, y le dijo: «¡Me gustas mucho, ¡oh joven! ¡Tienes la cara muy linda, y á mí me gustan las caras hermosas! Agáchate y empieza por darme masaje en los pies.»

Al cabo de un rato, el rey le dijo: «¡Ahora dame masaje en las piernas y en los muslos!» Y Alischar, hijo de Gloria, empezó á dar masaje en las piernas y en los muslos del rey. Y se asombró y maravilló á la vez de encontrarlas suaves y flexibles, y blancas hasta el extremo. Y decía para sí: «¡Ualah! ¡Los muslos de los reyes son muy blancos! ¡Y además no tienen pelos!»

En este momento, Zumurrud le dijo: «¡Oh lindo joven de manos tan expertas para el masaje, prolonga los movimientos hasta el ombligo, pasando por el centro!» Pero Alischar se paró de pronto en su masaje, y muy intimidado, dijo: «Dispénsame, señor, pero no sé hacer el masaje del cuerpo mas que hasta los muslos. Ya he hecho cuanto sabía...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 330.ª NOCHE

Ella dijo:

»...mas que hasta los muslos. Ya he hecho cuanto sabía.»

Al oir estas palabras, Zumurrud exclamó con acento muy duro: «¡Cómo! ¿Te atreves á desobedecerme? ¡Por Alah! ¡Como vaciles otra vez, la noche será bien nefasta para tu cabeza! ¡Apresúrate, pues, á inclinarte y á satisfacer mi deseo! ¡Y yo, en cambio, te convertiré en mi amante titular, y te nombraré emir entre los emires, y jefe de ejército entre mis jefes de ejército!» Alischar preguntó: «No comprendo exactamente lo que quieres, ¡oh rey! ¿Qué he de hacer para obedecerte?» Ella contestó: «¡Desátate el calzón y tiéndete boca abajo!» Alischar exclamó: «¡Se trata de una cosa que no he hecho en mi vida, y si me quieres obligar á cometerla, te pediré cuenta de ello el día de la Resurrección! ¡Por lo tanto, déjame salir de aqui y marcharme á mi tierra!» Pero Zumurrud replicó con tono más furioso: «¡Te ordeno que te quites el calzón y te tiendas boca abajo, si no, inmediatamente mandaré que te corten la cabeza! ¡Ven en seguida, ¡oh joven! y acuéstate conmigo! ¡No te arrepentirás de ello!»

Entonces, desesperado Alischar, no tuvo más remedio que obedecer. Y se desató el calzón y se echó boca abajo. En seguida Zumurrud le cogió entre sus brazos, y subiéndose encima de él, se tendió á la larga sobre la espalda de Alischar.

Cuando Alischar sintió que el rey le pesaba con aquella impetuosidad sobre su espalda, dijo para sí: «¡Va á estropearme sin remedio!» Pero pronto notó encima de él ligeramente algo suave que le acariciaba como seda ó terciopelo, algo á la vez tierno y redondo, blando y firme al tacto á la vez, y dijo para sí: «¡Ualah! Este rey tiene una piel preferible á la de todas las mujeres.» Y aguardó el momento temible. Pero al cabo de una hora de estar en aquella postura sin sentir nada espantoso ni perforador, vió que el rey se separaba de pronto de él, y se echaba de espaldas á su lado. Y pensó: «¡Bendito y glorificado sea Alah, que no ha permitido que el zib se enarbolase! ¡Qué habría sido de mí en otro caso!» Y empezaba á respirar más á gusto, cuando el rey le dijo: «¡Sabe, ¡oh Alischar! que mi zib no acostumbra á encabritarse como no lo acaricien con los dedos! ¡Por lo tanto, tienes que acariciarlo, ó eres hombre muerto! ¡Vamos, venga la mano!» Y tendida de espaldas, Zumurrud le cogió la mano á Alischar, hijo de Gloria, y se la colocó suavemente sobre la redondez de su historia. Y Alischar, al tocar aquello, notó una exuberancia alta como un trono, y gruesa como un pichón, y más caliente que la garganta de un palomo, y

más abrasadora que un corazón quemado por la pasión; y aquella exuberancia era lisa y blanca, y suave y amplia. Y de pronto sintió que al contacto de sus dedos se encabritaba aquello como un mulo pinchado en los hocicos, ó como un asno aguijado en mitad del lomo.

Al comprobarlo, Alischar dijo para sí, en el límite del asombro: «¡Este rey tiene hendidura! ¡Es la cosa más prodigiosa de todos los prodigios!» Y alentado por este hallazgo, que le quitaba los últimos escrúpulos, empezó á notar que el zib se le sublevaba hasta el extremo límite de la erección.

¡Y Zumurrud no aguardaba mas que aquel momento! Y de pronto se echó á reir de tal modo, que se habría caído de espaldas si no estuviera ya echada. Después le dijo á Alischar: «¿Cómo es que no conoces á tu servidora, ¡oh mi dueño amado!?» Pero Alischar todavía no lo entendía, y preguntó: «¿Qué servidora ni qué dueño, ¡oh rey del tiempo!?» Ella contestó: «¡Oh Alischar, soy Zumurrud tu esclava! ¿No me conoces en todas estas señas?»

Al oir tales palabras, Alischar miró más atentamente al rey, y conoció á su amada Zumurrud. Y la cogió en brazos y la besó con los mayores transportes de alegría. Y Zumurrud le preguntó: «¿Opondrás todavía resistencia?» Y Alischar, por toda respuesta, se echó encima de ella como el león sobre la oveja, y reconociendo el camino, metió el palo del pastor en el saco de provisiones, y echó adelante sin importarle lo estrecho del sen-

dero. Y llegado al término del camino, permaneció largo tiempo tieso y rígido, como portero de aquella puerta é imán de aquel mihrab. Y ella, por su parte, nô se separaba ni un dedo de él, y con él se alzaba, y se arrodillaba, y rodaba, y se erguía, y jadeaba, siguiendo el movimiento. Y al amor respondía el amor, y á un arrebato un segundo arrebato, y diversas caricias y distintos juegos. Y se contestaban con tales suspiros y gritos, que los dos pequeños eunucos, atraídos por el ruido, levantaron el tapiz para ver si el rey necesitaba sus servicios. Y ante sus ojos espantados apareció el espectáculo de su rey tendido de espaldas, con el joven cubriéndole íntimamente, en diversas posturas agitadas, contestando á ronquidos con ronquidos, á los asaltos con lanzazos, á las incrustaciones con golpes de cincel, y á los movimientos con sacudidas.

Al ver aquello, los dos eunucos...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 331.ª NOCHE

Ella dijo:

...Al ver aquello, los dos eunucos se apresuraron á alejarse silenciosamente, diciendo: «¡La ver-

dad es que esta manera de obrar del rey no es propia de un hombre, sino de una mujer delirante!» Pero se guardaron muy bien de propalar el secreto.

Por la mañana, Zumurrud se puso su traje regio, y mandó reunir en el patio principal de palacio á sus visires, chambelanes, consejeros, emires, jefes de ejército y personajes notables de la ciudad, y les dijo: «Os permito á vosotros todos, mis súbditos fieles, que vayáis hoy mismo á la carretera en que me habéis encontrado y busquéis á alguien á quien nombrar rey en mi lugar. ¡Pues he resuelto abdicar la realeza é irme á vivir al país de este joven, al cual he elegido por amigo para toda la vida, pues quiero consagrarle todas mis horas, como le he consagrado mi afecto! ¡Uasalam!»

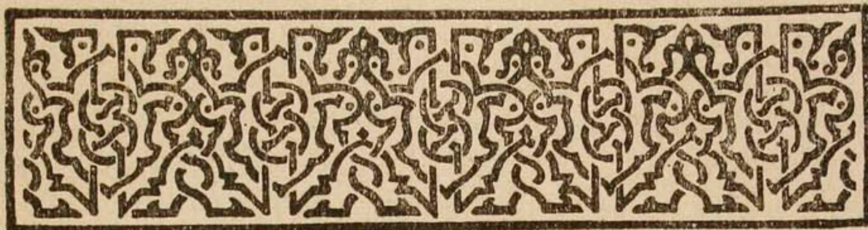
Á estas palabras, los circunstantes contestaron oyendo y obedeciendo, y los esclavos se apresuraron, rivalizando en celo, á hacer los preparativos de marcha, y llenaron para el camino cajones y cajones de provisiones, de riquezas, de alhajas, de ropas, de cosas suntuosas, de oro y de plata, y las cargaron en mulos y camellos. Y en cuanto estuvo todo dispuesto, Zumurrud y Alischar subieron á un palanquín de terciopelo y brocado colocado en un dromedario, y sin más séquito que los dos eunucos volvieron al Khorasán, la ciudad en que se encontraban su casa y sus parientes. Y llegaron con toda felicidad. Y Alischar, hijo de Gloria, no dejó de repartir grandes limosnas á los pobres, las

viudas y los huérfanos, ni de entregar regalos extraordinarios á sus amigos, conocidos y vecinos. Y ambos vivieron muchos años, con muchos hijos que les otorgó el Donador. ¡Y llegaron al límite de las alegrías y felicidades, hasta que los visitó la Destructora de placeres y la Separadora de los amantes! ¡Gloria á Aquel que permanece en su eternidad! ¡Y bendito sea Alah en todas ocasiones!

Pero—prosiguió Schahrazada dirigiéndose al rey Schahriar—no creas ni un momento que esta historia sea más deliciosa que la HISTORIA DE LAS SEIS JÓVENES DE DISTINTOS COLORES. ¡Y si sus versos no son mucho más admirables que los que ya has oído, mándame cortar la cabeza sin demora!

Y dijo Schahrazada:





INDICE